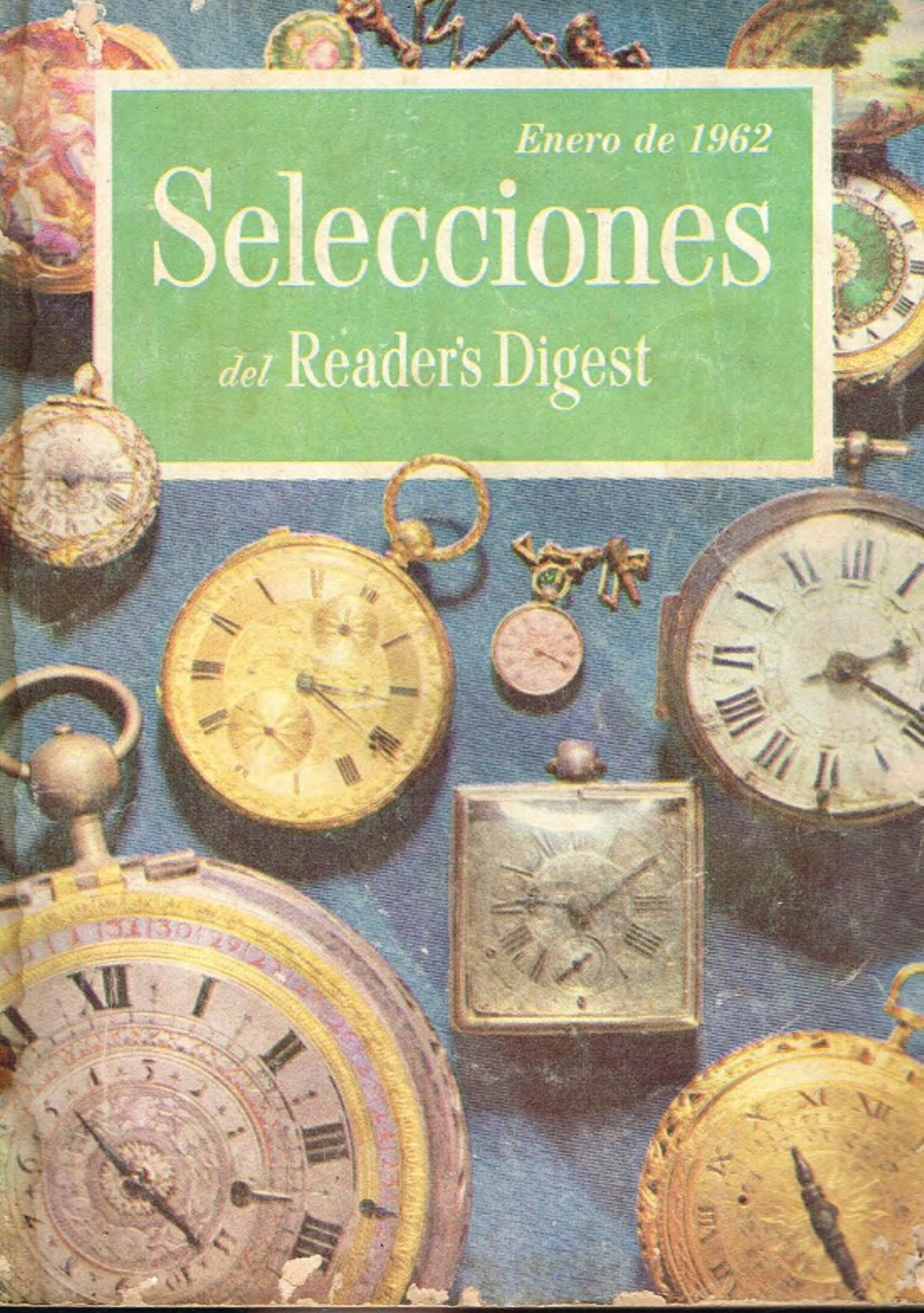

Enero de 1962
Selecciones
del Reader's Digest



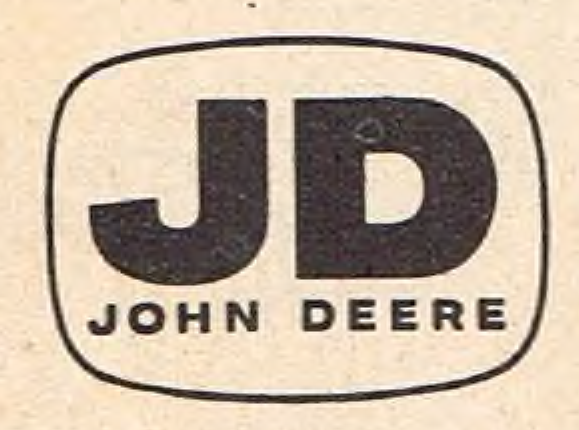
Cuando se hace una pausa...¡Coca-Cola refresca mejor!

FRIO, VIVIFICANTE, RESPLANDECIENTE como la nieve . . . ¡tal es el efervescente y chispeante sabor de Coca-Cola! Solamente Coca-Cola le da esa nueva sensación de frescura . . . esa reanimante alegría en cada delicioso y burbujeante sorbo. ¡Coca-Cola siempre refresca mejor!

Coca-Cola
Coke

para LA PAUSA QUE REFRESCA

Nuestra trayectoria de progreso circunda la tierra



Transitamos por una vía que sirve a la industria fundamental: la agricultura.

Nuestras fábricas producen más de 350 implementos agrícolas distintos y muchos modelos de tractores para tirarlos. Rápidamente nos estamos familiarizando con los problemas agrícolas de otros países por medio de nuestra red mundial de distribuidores y sus clientes. El resultado es un producto mejor adaptado a las condiciones de cada región. Cualquiera sea el producto, o el lugar donde se fabrique, requisitos de un servicio superior dictan las mismas normas rígidas de calidad

Extienda la vista por el campo y verá la prueba palpable del progreso de John Deere a lo largo de esta senda que circunda la tierra.

Establece nuevas normas agrícolas EN EL MUNDO ENTERO



Hoy los agricultores disponen de un implemento que les permite producir heno con máxima seguridad: el Acondicionador de Heno John Deere. Estruja y quiebra los tallos del pasto para que se sequen a la par de las hojas... éstas no se pierden... conservan sus nutrientes y la calidad del heno resulta mejor.

JOHN DEERE ARGENTINA, S.A.I.C.

Avda. Alberdi 600 - Rosario, Sta. Fe

Distribuidores de los tractores y equipos agrícolas John Deere en la Argentina: AGAR CROSS & CO. LTD. - Buenos Aires - Rosario - Bahía Blanca - Tucumán - Mendo.



AHORA!
para
afeitadora
eléctrica...

Afeitadas sin tirones

con williams Lectric Shave

ANTES DE AFEITARSE:

- Lectric Shave evapora la transpiración, permitiendo así afeitadas más suaves.
- Estira la piel y endereza la barba para lograr afeitadas más a ras.
- Lubrica la piel haciendo las afeitadas más cómodas y mucho más rápidas.



Pan American tiene la Experiencia de más de 60.000 vuelos a través del Pacífico.

Ud. llega mañana mismo a Tokio en un Jet de PAN AM

¡Usted podría encontrarse en el Lejano Oriente al día siguiente de haber salido de Argentina! Pan American le ofrece diversas rutas jet y salidas más frecuentes a Los Angeles y San Francisco. Sólo Pan American vuela de California al Japón en 13 horas sin escalas... además de sus servicios diarios a Tokio vía Hawai.

Una vez en Tokio, ¿por qué no dar la vuelta al mundo? Hasta el Japón usted ha caminado la mitad del globo... ¡Visite la otra mitad, pues la Experiencia de Pan Am le acompañará *todo el trayecto* y hará de su viaje una experiencia fabulosa!

Llame a su agente de viajes y pídale informes sobre las *Excursiones Fabulosas* a Japón, el Pacífico Sur y Alrededor del Mundo.

¡VUELE AHORA - PAGUE DESPUES!

PAN AMERICAN

LA LINEA AEREA DE MAYOR EXPERIENCIA EN EL MUNDO



SELECCIONES
del Reader's Digest

Tomo XLIII, Nº 254 Enero de 1962

Publicada mensualmente por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A. Bartolomé Mitre 688, Buenos Aires.

Director . . . . Jorge Cárdenas Nannetti
Presidente . . . . Roberto C. Sánchez
Vicepresidente . . . . Douglas W. London
Gerente . . . . Carlos Escallón
Gerente de Publicidad . . . . . Carlos Aldao Quesada

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Pablo Morales, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers-Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Tesorero*: Raúl Sánchez Ortiz. *Promoción*: Gustavo González Lewis.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra (T. G. M. Harman, *administrador*; Michael Randolph, *director*, Londres); en el Canadá (Douglas How, *director*, Montreal); y en Australia (Philip Calow, *director*, Sydney). Ediciones en otras lenguas: EDICIÓN EN ALEMÁN (Stuttgart) Anne Mörike, *directora*; EDICIÓN EN ÁRABE (Cairo) M. Zaki Abdel Kader, *director*; EDICIÓN EN DANÉS (Copenhague) Onni Kyster, *director*; EDICIÓN EN FINLANDÉS (Helsinki) Seere Salminen, *directora*; EDICIONES EN FRANCÉS (París) Pierre Dénoyer, *director*; (Montreal) Pierre Ranger, *director*; EDICIÓN EN HOLANDÉS (Amsterdam) Aad van Leeuwen, *director*; EDICIÓN EN ITALIANO (Milán) Mario Ghisalberti, *director*; EDICIÓN EN JAPONÉS (Tokio) Seiichi Fukuoka, *director*; EDICIÓN EN NORUEGO (Oslo) Astrid Øverbye, *directora*; EDICIÓN EN PORTUGUÉS (Río Janeiro) Tito Leite, *director*; EDICIÓN EN SUECO (Estocolmo) Olle Gustafson, *director*.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 20,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($1,50*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34, Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,25*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Cuba (20 cts.*) — Agencia de Publicaciones Madiedo, Consulado 108, La Habana.
Chile (E° 0.25*)—Sociedad General de Publicaciones, Casilla de Correo 3141, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,20*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Ciudad Trujillo.
Ecuador (4,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., Aguirre 717 y Boyacá, Guayaquil.
El Salvador (50 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,20*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (40 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($2,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,50*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,20*)—J. Meléndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay — Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/5,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (20 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,00*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,00*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

*(*Precio por número suelto)*



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLIII, Nº 254, January 1962. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bartolomé Mitre 688, Buenos Aires. Subscription price: US $3.00 per year in Latin America, US $3.85 per year in the United States. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

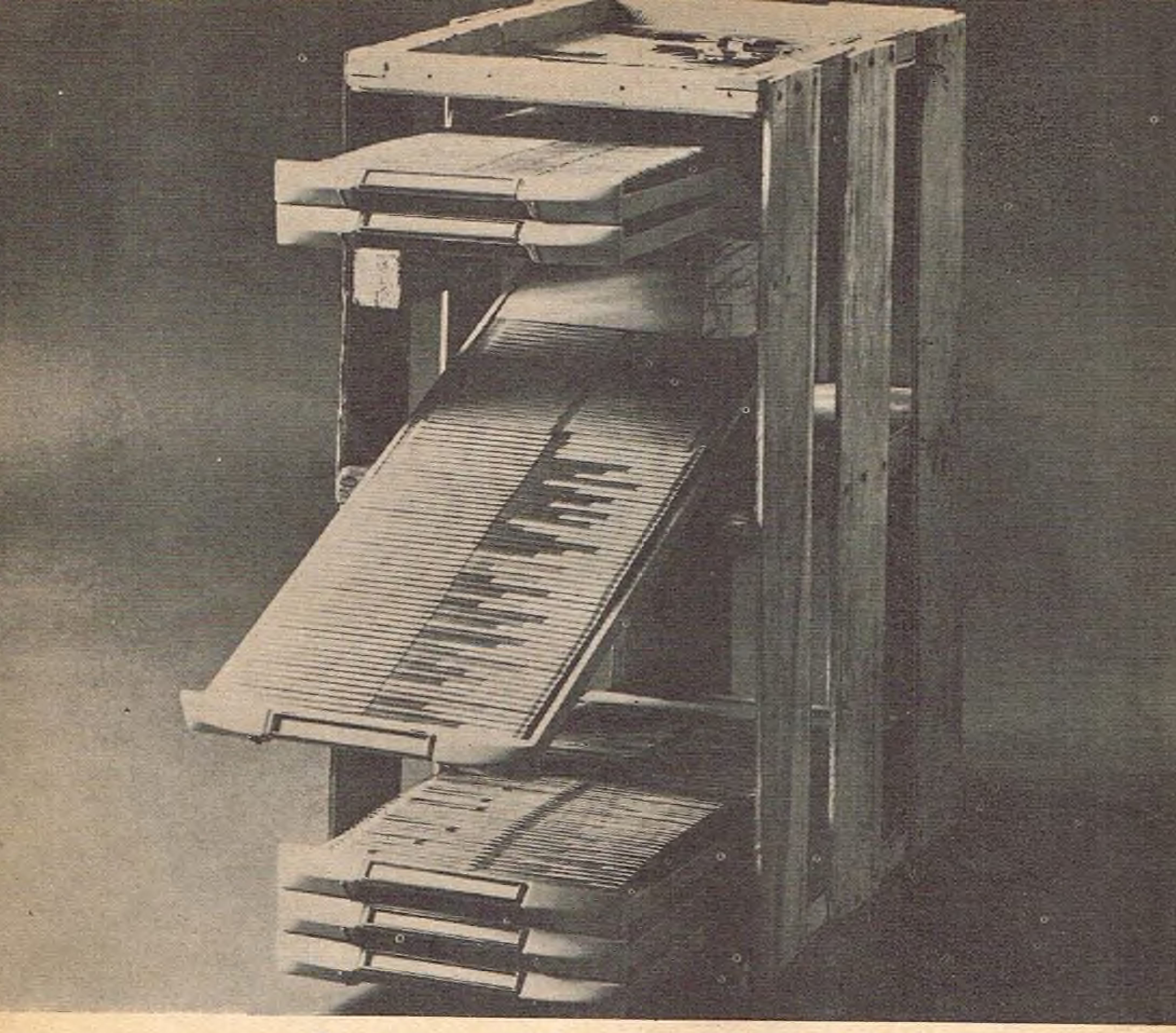
Impreso en la Argentina · GUILLERMO KRAFT LTDA. · Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144


hasta
da gusto
lavarla !
¡MAS
SE USA!
¡MAS LUCE!
vajilla
RIGOPAL
LA VAJILLA FINA DE MESA,
COMPLETA, ¡MAS ECONOMICA!
● MODELO MARIA ANTONIETA
(FACETADO) MARFIL ●
MODELO FLORENCIA (TOR-
CINADO) MARFIL O VERDE
NILO ● CREACION EX-
CLUSIVA DE
CRISTALERIAS
RIGOLLEAU S. A.
RIGOPAL



¡Lo que vale está dentro!

Este es un utilísimo registro de información para el perfecto control de su negocio.

Utilísimo porque la información está dentro.

Y Ud. puede conseguirla en un instante.

Un buen sistema de registro depende de lo que Ud. ponga dentro. La clase de mueble no importa para nada.

Los Sistemas Kardex® de Remington Rand no son una simple colección de gabinetes. Por el contrario, están individualmente diseñados para proporcionar el mejor control de su negocio.

Estas son unas cuantas ventajas que ofrece un buen sistema: Puede reducir el tiempo de la contabilidad en una mitad. Puede hacer que una sola tarjeta le realice el trabajo de diez. Puede hacer que dos gabinetes le rindan el servicio de una docena. Puede decirle a Ud. lo que está pasando . . . lo que no está pasando . . . ¡y la fecha además!

¿Cuánto tendría que pagar a un perito para preparar todo esto?

Nada. Nosotros nos encargamos de eso.

El interior de este sistema Kardex presta el mismo servicio en una caja de madera como en su propio gabinete.

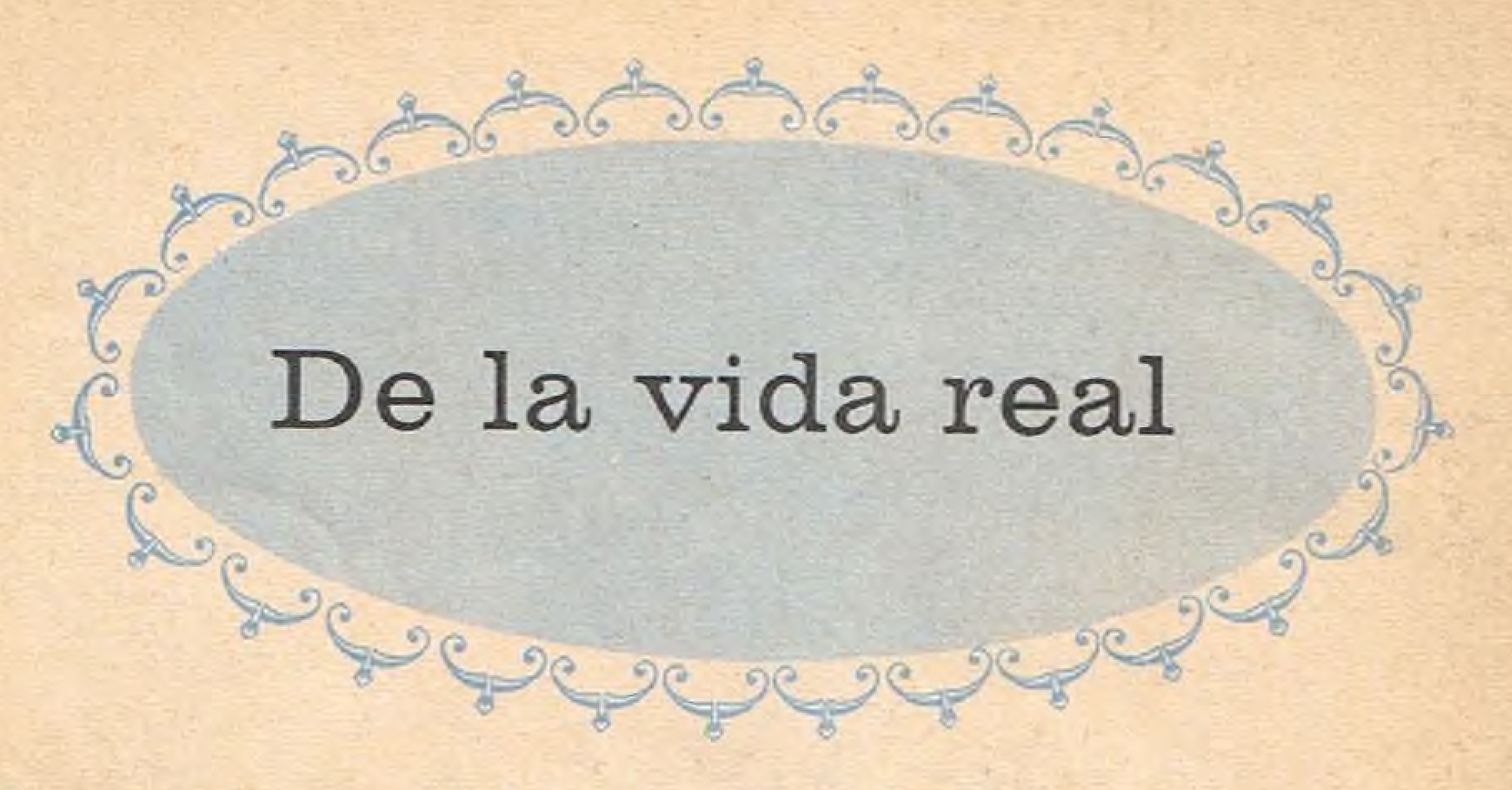
Ahora bien, si Ud. insiste, le dejaremos que nos compre el gabinete también.

PARA MAS DETALLES, COMUNIQUESE CON EL REPRESENTANTE DE LA

Remington Rand

SUDAMERICANA

Tucumán 829 - T. E. 35-0066/69 - Buenos Aires



En la sala de maternidad del hospital donde trabajo sonó un día el teléfono. Una voz muy agitada exclamó:

—Habla Pablo Hernández. Voy en seguida para allá con mi señora que va a dar a luz.

—Por favor, señor: un poco más despacio. Necesito que me dé primero algunos informes. ¿Tiene ya dolores?

—Sí . . . le habla Pablo Hernández. Mi mujer . . .

—¿Es su primer hijo?

—¡No, soy el marido! —V. L.

Cierto día muy caluroso del verano me encontraba en una remota granja, tratando de vender una aspiradora. Por las ventanas abiertas de par en par entraban y salían a gusto las moscas que zumbaban como aviones de bombardeo. Por el suelo correteaba de cuarto en cuarto un perro persiguiendo a un gato. Sobre la mesa del comedor se había echado a dormir un gallo. El ama de casa, haciendo caso omiso de todo ello, escuchaba con atención mi plática ponderando las excelencias del instrumento. De repente una voz de niño gritó desde la cocina:

—¡Mamá! Daniel está echando agua por todo el piso . . .

Pensé que eso seguramente iría a distraer a mi clienta. Pero ella, sin perder el aplomo, contestó:

—Échale jabón, hijito. Dentro de un rato tendré que fregar el suelo. —M. E. B.

Mi hijo Tomás, de nueve años, había ido por primera vez a pasar el verano en un campamento de vacaciones. Temiendo que sintiera nostalgia, pedí a la familia que le escribiera por turnos, de manera que no se quedara sin carta un solo día. Él, como era de esperarse, nunca se molestó en contestarnos. A los pocos días de haber regresado a casa, como lo viera examinando unos papeles, le pregunté qué leía.

—Es mi correspondencia —contestó—. En el campamento no me quedaba tiempo para leerla. C. G.

¡Nada de ingredientes secretos!

...Royal los hace perfectos!

Usted debe ver qué ingredientes usa cuando prepara su masa de repostería. *Asegurarse* de que sean frescos y de buena calidad. Y *confiar el éxito completo* a Polvo para Hornear Royal. Todo será más rico, más digestible, más livianito con Royal, además ¡todo resulta más económico!

Pida
POLVO PARA HORNEAR

ROYAL

¡Nunca falla!

Recetas tan interesantes como éstas, las encontrará en el Nuevo Recetario Royal.
¡Pídalo! Escriba a Polvo Royal, Asamblea 1176, Buenos Aires.



Otras ayudas de ROYAL en la cocina

EL PURE DE PAPAS queda más suave y esponjoso con una pizca de Royal.

EL SOUFFLE resulta más liviano y delicado con Royal y no se aplasta.



Selecciones
TOMO XLIII No. 254 — *del* Reader's Digest — ENERO de 1962
Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

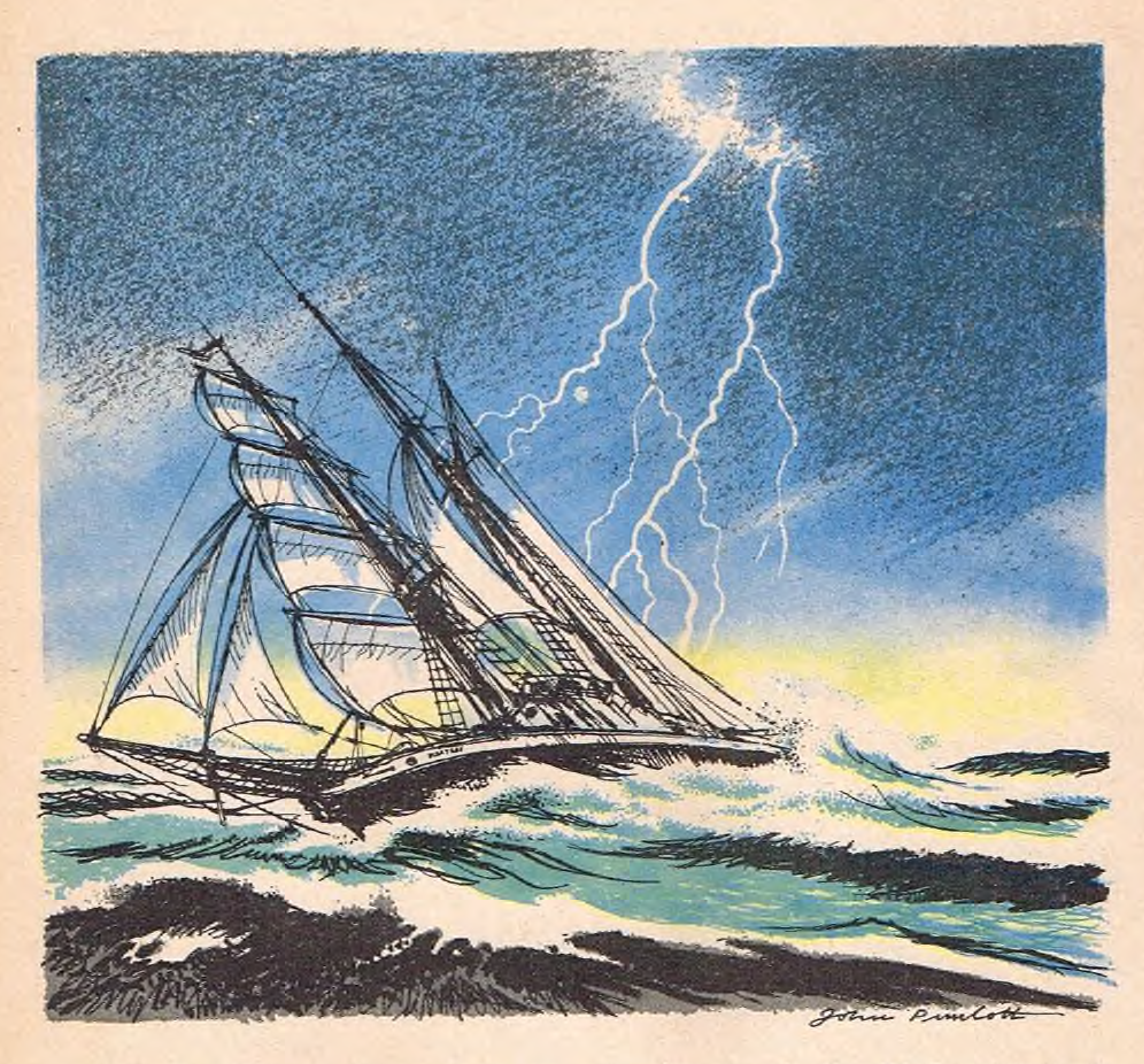
Naufragio del Albatross

Por Richard Langford

AQUELLA madrugada de mayo de 1961 me tocó estar de guardia desde la medianoche hasta las cuatro. Hacia el norte abundaban los relámpagos y se pintaba una nube borrascosa, alargada y oscura. Anoté en el libro de bitácora: "El cielo nos mandó esta noche fuegos artificiales a granel... se avecina una tormenta". Sin embargo, nadie se preocupó gran cosa; por el contrario, esperábamos que la borrasca levantara un poco de viento.

Navegábamos en el velero *Albatross*, rumbo a nuestro puerto al cabo de un crucero de 15.000 kilómetros, con 14 estudiantes de secundaria que habían pasado ocho meses de estudio y trabajo a bordo. Después de tocar en muchas de las Antillas habíamos atravesado el Canal de Panamá para permanecer algunas semanas en las extrañas islas Galápagos, en el Pacífico, estudiando formas primitivas de vida en plena naturaleza. Ya de regreso, nos hallábamos a unos 300 kilómetros al oeste del extremo de la Florida, impacientes por llegar a Nassau, en las Bahamas, donde los chicos habían de hacer sus exámenes finales, para dirigirnos después hacia Mystic (Connecticut). Como no había viento, el *Albatross* avanzaba a fuerza de máquina a una velocidad de cinco nudos.

Para cuantos iban a bordo, el *Albatross* era un barco de ensueño: un bergantín de aparejo cuadrado, de 28 metros de eslora, construído en Holanda en 1921 para el servicio de los prácticos en las borrascosas aguas del mar del Norte. Por ser



uno de los últimos buques de su porte y clase reunía óptimas condiciones marineras y de solidez. Su capitán, Cristóbal Sheldon, lo había comprado en 1959 para convertirlo en escuela oficialmente reconocida para muchachos de segundo y tercer año de secundaria. Lo llamaba Academia del Océano.

En este capitán, hombre de 34 años, se aunaban de modo único y eminente un sabio y un lobo de mar. Era bachiller en teología del Seminario de la Universidad de Princeton (Nueva Jersey) y doctor en filosofía (sección de literatura) de la Universidad de Madrid. Con su talla de 1,85, su peso de 100 kilos, su voz resonante y sus extraordinarios ojos azules de vivo mirar, hacía gran figura a bordo. Se sabía de memoria su *Albatross*. Lo conocía al dedillo: plancha por plancha, perno por perno, trepidación por trepidación. Calculaba con exactitud matemática lo que el barco era capaz

y lo que no era capaz de hacer.

Su esposa, la doctora Alicia Sheldon, era una mujer risueña y feliz. Había abandonado el ejercicio de la medicina al casarse para acompañar a su marido en el *Albatross*, y los chicos la querían mucho. Les enseñaba biología, les curaba los rasguños y las cortaduras y les pegaba los botones. Para el capitán y su esposa el *Albatross* era su mundo y su hogar, su vocación y su recreo.

Además de los Sheldon, el claustro y la tripulación del *Albatross* se componían de tres hombres más. John Perry, de 27 años, profesor de matemáticas, había sido paracaidista. Aunque un tanto brusco, era muy cordial, y los chicos lo tenían por excelente sujeto. Yo, de 35 años, era el profesor de literatura y gramática. Tenía licencia de un año de mi universidad para hacer el viaje. El cocinero de a bordo, George Ptacnik, apodado el Duende, por ser el alma romántica del barco, se había graduado en literatura y sabía varias lenguas.

Al Duende le gustaba el mar, pero le tenía un poquitín de miedo. Más de una vez me dijo: "Tengo el presentimiento de que cualquier día de estos me voy a ver atrapado para siempre bajo el agua".

Hoy me arrepiento de haber acogido invariablemente con una carcajada esas palabras agoreras.

Terminada mi guardia, bajé a descabezar un sueño. Me despertaron a las 7:30 para el desayuno. Cuando me incorporé en la litera, advertí que avanzábamos más aprisa y que nos inclinábamos a estribor. Íbamos a la vela, y yo oía claramente el roce del mar con las planchas de acero del casco, a pocos centímetros de mi cabeza.

Durante el desayuno el *Albatross* empezó a moverse bastante, sacudido por un mar que se picaba cada vez más. Los rayos caían más cerca y escuchábamos ya a corta distancia el sordo retumbo de la tronada. Al capitán le cayó una gota en la nariz. Levantó los ojos, miró por la escotilla y dijo: "Me figuro que vamos a tener un poco de jaleo dentro de un ratito".

Concluído el desayuno, me dirigí a mi litera —en el camarote de proa— para preparar una lección. Dos muchachos, Tom Laile y Bob Brett, estudiaban en la misma pieza. John Perry estaba en la litera situada justamente detrás de la mía. El barco se inclinó más aún a estribor y a mis oídos llegó el ruido del agua barriendo la cubierta.

De pronto el *Albatross* escoró violentamente a estribor y me bañó un grueso chorro de agua verdosa. Le grité a John Perry: "¡Estoy calado hasta los huesos . . . mi litera . . . todos mis libros!" John asomó la cabeza fuera de su litera para ver lo que ocurría. Abrió los ojos asombrado cuando vio que el agua inundaba rápidamente nuestro camarote.

Creo que los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo del peligro que corríamos. Nos bajamos de las literas y nos paramos en medio del

agua gorgoteante, en ropa interior, haciendo esfuerzos por tenernos en pie, aguardando a que el *Albatross* se enderezase. ¡Qué engañados estábamos! El barco, derribado por el brutal manotazo de una ráfaga de viento en las gavias, yacía tumbado sobre un mar cada vez más embravecido.

En el preciso instante en que el *Albatross* se acostó sobre el agua, Charles Sahler, que venía del salón, irrumpió en nuestro camarote. Entonces Charles, Tom Laile, Bob Brett, John y yo tratamos de salir en fila por un angostísimo pasadizo, con la esperanza de llegar a la escotilla del pañol de proa. Nos abrimos paso, casi a gatas, por sobre máquinas de escribir, latas de conservas y ropa de cama que el agua zarandeaba a su antojo. Yo era el último de la fila y, al dar comienzo a nuestra jornada, oí a John que decía: "¡Adelante; que nadie se acobarde!"

El mar se precipitaba por todas las escotillas con fragor de catarata y el barco se inundaba a toda prisa. Cuando llegamos, por fin, al pañol de proa, el agua nos daba ya por la cintura. Bob Brett fue el primero en alcanzar la escotilla, pero la presión exterior del agua mantenía herméticamente cerradas las dos diminutas portezuelas. Las forzó con el empuje de sus recios puños, y el torrente de agua que entró nos lanzó contra los costados y llenó el pañol en un abrir y cerrar de ojos.

Apenas si podíamos respirar. Bob y Tom se las compusieron para acercarse de nuevo a la escotilla y salir. John los siguió inmediatamente. Charles Sahler, asfixiándose, logró alcanzar el salvador boquete.

El torrencial chorro me había arrojado a un lado de la pieza. Tenía la cabeza oprimida contra un bao de acero. Perdido todo sentido de orientación, miraba con desesperado afán en torno mío buscando la escotilla. Cuando empezó a llegarme el agua hasta los hombros, grité: "¡Dios mío, me ahogo!"

Pero el instinto de conservación me empujó a ensayar otra vez mis fuerzas. Se me ocurrió que acaso podría desandar el camino y escapar por una de las escotillas del centro del barco, pero no podía ver el pasadizo. El barco entero estaba ya lleno de agua, y había cesado toda presión; pero en el interior de la nave apenas quedaba espacio para respirar. Flotaba yo a merced de los vaivenes del agua, aporreándome la cabeza con el bao. El *Albatross* se iba hundiendo más y más.

Me dije a mí mismo: *¡No debes darte por vencido! ¡Busca la escotilla!* Lo hice, y, al volver la cabeza, creí percibir a unos pasos un vago rayo de luz. De pronto comprendí lo que había ocurrido: el barco había cambiado de posición. Se había ido enderezando a medida que se hundía. Las velas habían obrado a manera de timón, y el casco, lleno de lastre, había hecho que el *Albatross* fuese recobrando su posición vertical ¡debajo del agua!

A compás con el cambio de po-

sición, el vago rayo de luz que yo había vislumbrado fue perfilando el contorno de la escotilla. Me sentía demasiado abotagado por la falta de aire para coordinar mis movimientos, pero no sé cómo conseguí impulsarme débilmente con las manos. Me acerqué flotando a la mancha de luz. Era la escotilla abierta. Saqué la cabeza por la abertura; pero el resto del cuerpo se me quedó trabado. Exhalé la mitad del aire de mis pulmones, pasé el brazo por la abertura, me aupé con todo el vigor que pude y me encontré fuera del barco.

Estaba casi inconsciente. El último pensamiento de que guardo claro recuerdo fue éste: *No trates de nadar: contén la respiración y saldrás a la superficie.*

Apretando los dientes, me propuse no abrir la boca. Aunque me parecía que no me movía, comprendí que iba subiendo lentamente porque iba pasando por lo que se me antojó ser una maraña de cuerdas. Estaba tan próximo a desmayarme, que no sentí siquiera temor de verme enredado en ellas.

Interminable me pareció la subida. Sólo me hice cargo de que estaba ya en la superficie cuando sentí la lluvia azotándome la espalda. Levanté la cabeza, aspiré una gran bocanada de aire, y hasta el cielo, tan gris, feo y anubarrado, me pareció iluminado por deslumbradora claridad.

No COLUMBRÉ señal de barco alguno cuando paseé la mirada en mi derredor por las ondas coronadas de espuma. ¿Qué se había hecho del gallardo *Albatross*? ¿Qué de la alegre muchachada que iba rumbo al hogar al final de un crucero lleno de inolvidables peripecias? Todo lo que vi fue un guacal de legumbres, varias latas y botellas, velas flotantes y palos rotos.

Allá a lo lejos, a sotavento de donde se había ido a pique el *Albatross*, pude ver a varios de la tripulación asidos a uno de los botes del barco, que estaba con la quilla hacia arriba. Vi a Chuck Gieg, cuyo rojo cabello parecía anaranjado a aquella distancia. Y a John Perry, con la cabeza semicalva brillando por la humedad. Nadé hacia ellos y, cuando estuve bastante cerca, grité: "John, no creí que saldría con bien de esto". Me respondió: "No cantes victoria. Te falta mucho todavía". Y tenía razón. Nuestro barco había desaparecido. Estábamos nadando en alta mar, lejos de todo humano socorro. Nadie en este mundo sabía lo que nos había ocurrido.

Mientras nadaba hacia el bote, vi al capitán Sheldon afanado en desplegar una balsa salvavidas de caucho que se había salido de su cajón en la popa del *Albatross* y había subido a la superficie. Los cartuchos de CO_2 estaban en buenas condiciones y la amarilla balsa nos parecía un rico tesoro a medida que iba cobrando forma en el agua.

El capitán instaló a un par de los chicos más débiles en la balsa. Los demás nos quedamos ocupados en enderezar el bote. De pronto me di

cuenta de que la doctora Alicia no estaba entre nosotros. El capitán había perdido su barco, su hogar y su mujer: todo, en el relampagueante espacio de dos minutos.

Miré alrededor en busca de mi mejor amigo de a bordo.

—¿Dónde está el Duende?— le pregunté a John Perry.

—No pudo salvarse.

Pasé en silencio revista a los nadadores. Eran trece. Faltaban seis: la doctora Alicia, el Duende y cuatro chicos. Cada uno de los sobrevivientes había hecho la misma cuenta con sus propios ojos, mas nadie dijo una sola palabra acerca de los ausentes.

"El mar es uno de los grandes modeladores del carácter", había escrito el capitán Sheldon en uno de los folletos descriptivos de su Academia del Océano que enviaba a los padres de sus futuros alumnos. Ahora iba a darnos él mismo elocuente testimonio de esa verdad.

Sheldon se portó como todo un capitán: se hizo cargo del mando al instante y todos trabajamos juntos para enderezar el bote y sacarle el agua utilizando dos baldes de plástico que flotaban procedentes de la cocina del barco. En ningún momento comentó acerca de su inmensa desgracia. Concentró toda su atención y toda su energía en salvar a los sobrevivientes.

De repente, vimos subir a la superficie el segundo bote del *Albatross*, que se había soltado de su pescante después del hundimiento del barco. Era como un presente de las profundidades marinas.

Pasamos revista a los cajones estancos de ambos botes y vimos que teníamos agua y víveres suficientes para tres semanas. Entonces, dirigidos por el capitán, subimos a los botes. En uno íbamos cinco muchachos y yo; en el otro, el capitán, Perry y cinco chicos.

Determinamos poner rumbo a la costa occidental de la Florida. Al izar velas, Tim Barrow, un chico tranquilo e inteligente, le gritó al capitán desde mi bote: "¿No cree usted que debiéramos quedarnos un rato aquí al pairo a ver si podemos recoger algo más?"

El capitán y todos nosotros nos hicimos cargo de la intención de Tom: ¿no era posible que alguien saliera todavía de la profunda sima?

El capitán se irguió en su bote; con el rostro impasible, paseó la mirada por el mudo mar, tumba de todo cuanto quería y poseía en el mundo. No vio nada más que unos cuantos trozos inútiles de madera, unos jirones de lona y el caparazón de una enorme tortuga que uno de los chicos había puesto a secar en cubierta. Tras aquella larga ojeada dijo: "No. Todo lo que había de subir, ha subido ya".

Pusieron los dos botes proa al norte. Uno de los chicos aventuró con tono atribulado esta pregunta:

—¿Qué fue lo que nos tumbó?

—Debe haber sido un tornado —respondió otro de los muchachos.

—No —dijo el capitán con toda calma—. Fue una galerna.

Todd Johnstone, que estaba al timón del *Albatross* en el momento del desastre, observó con tono incrédulo:

—No sentí ni pizca de viento en cubierta.

Todos nos quedamos cavilando en silencio sobre aquella palabra: "galerna". Este fenómeno tiene ribetes de legendario en los anales del mar: es una ráfaga súbita de viento que azota sin previa señal y pasa rápidamente dejando el mar y la atmósfera como antes. ¿Qué otra cosa pudo haber destruído el *Albatross* con tal fulminante rapidez?

Nadie tenía ánimos para hablar de lo que había ocurrido; pero cada uno de nosotros iba dejando caer acá y allá una palabra, una frase a medias, que, reunidas, formaron al cabo de unas horas el trágico cuadro de los fatídicos minutos. La galerna no rozó siquiera la cubierta. Su ramalazo pasó silbando por sobre el casco, se enroscó en las gavias y tumbó el barco de un lado en el mar, en la misma forma en que un huracán dobla un árbol hasta el suelo. Las anchas velas se pandearon, se llenaron en su concavidad de toneladas de agua y no pudieron volver a alzarse.

John Goodlett, un muchacho de 18 años, el mejor nadador de a bordo, trató de cortar con su cuchillo las cuerdas que sujetaban un bote al pescante. Lo probable es que el bote que él se esforzaba en librar de sus amarras le diera un golpe en la cabeza y lo dejara sin conocimiento. John se hundió con el barco, mas su sacrificio nos proporcionó el segundo bote surgido del agua.

La doctora Alicia y el Duende estaban sentados en el cuarto de derrota haciendo una lista de las provisiones que se necesitaban. Al volcarse el barco, la presión del agua cerró las puertas del cuarto. Johnstone y Le Boutillier forcejearon desesperadamente por abrirlas, pero no lo consiguieron.

Bajo cubierta, en la cámara principal que servía de comedor y de aula, y hasta de dormitorio de algunos estudiantes, había seis muchachos. Tuvieron que escaparse en fila india por un estrecho pasillo y subir una escala de más de dos metros. Tres de ellos perecieron.

Evitábamos hablar de nuestros compañeros muertos. El capitán había dado el ejemplo. Teníamos una tarea: llegar a puerto. Los botes danzaban a más y mejor en un mar agitado. Una llovizna fría nos hacía tiritar. Tiburones descomunales, asomando sus aletas 25 centímetros por fuera del agua, nos daban interesada escolta.

Cada uno de nosotros tenía su obligación: montar guardia, manejar las velas y el aparejo, cuidar de la caña, o achicar el agua del fondo del bote. Se nos rompió el timón y gobernábamos con un remo.

A eso de las diez de aquella noche Chuck Gieg se imaginó que veía un aeroplano; pero resultó ser uno de los satélites artificiales de la Tierra describiendo su órbita a lo

largo del cielo. Una hora después, uno de los chicos que iban con el capitán avistó una luz. Gracias a la claridad del plenilunio y a la limpidez del cielo vimos dibujarse gradualmente la silueta de un buque petrolero que llevaba rumbo norte.

Cuando el petrolero estuvo a kilómetro y medio de distancia, nuestro capitán disparó un cohete que no subió más allá de 15 metros. Se quemó encima del agua, cubriendo con la pátina azul de su reflejo las caras tensas y ansiosas de los chicos. El capitán lanzó a los aires dos antorchas muy potentes. El barco siguió alejándose lentamente.

Nadie despegó los labios mientras contemplábamos cómo se desvanecía en el horizonte la luz verde de estribor del petrolero. El único sonido que se percibía era el crujido de los mástiles y el gorgoteo de las olas al chocar con el bote.

El capitán rompió, por fin, el silencio diciendo:

—Esto debe darnos ánimo. Ahora sabemos que hay barcos por estos parajes.

Ya avanzada la segunda mañana, un chico de la dotación del capitán gritó:

—¡Barco a estribor!

Nos pusimos en pie como movidos por un resorte para seguir con la vista la dirección que marcaba su índice. En efecto, hacia nosotros navegaba un barco. Era el carguero holandés *Gran Río*, que describió lentamente un círculo en torno nuestro, se paró y echó por la borda una escala de cuerda. Llenos de profunda gratitud subimos por ella.

Teníamos el corazón y la memoria todavía llenos de luto y congoja por la pérdida de nuestros camaradas. La tripulación del *Gran Río*, en la que había hombres que llevaban 30 años en el mar, comprendió y compartió nuestro dolor. Minutos antes de arrimar al muelle de Tampa, en la Florida, el cocinero me hizo una seña y me llevó a su reducida despensa. Accionando con un cucharón, me habló así:

—No le guardes rencor al mar. No lo acuses. Es como es. Si viajas por sus caminos, tienes que aceptar lo que venga y portarte lo mejor que puedas.

Nosotros, los náufragos del *Albatross*, habíamos aceptado lo que el mar nos trajo y cada uno de nosotros, los vivos y los muertos, se había portado como mejor supo y pudo.

Y tuve la suerte de saber que había otras personas de la misma opinión. Cuando fondeamos en Tampa, le entregaron un puñado de telegramas al capitán Sheldon, que ya había manifestado su propósito de visitar a los padres de cada uno de los chicos muertos. Me alargó uno de los despachos:

—Me figuro que lo confortará leer esto —me dijo, en un tono que yo no le había oído nunca.

El telegrama era del padre de uno de los chicos ahogados: "Sea para usted mi primera y más sentida expresión de condolencia. Gracias por haber hecho vivir a mi hijo el año más feliz de su vida".

Otra victoria contra el catarro

Ya se está acorralando el virus del catarro y parece hallarse próximo el día en que se acabe con este padecimiento que, año tras año, atormenta a millones de personas.

Por J. D. Ratcliff
Condensado de "Today's Health",
publicado por la Asociación Médica Norteamericana

EN LA población de Salisbury, Inglaterra, los hombres de ciencia parecen estar a punto de lograr, después de años de esfuerzos, un objetivo por largo tiempo soñado: la prevención y cura de la enfermedad más difundida y costosa, el catarro.

Ahora podemos esperar, sin pecar de excesivo optimismo, que esté cercano el fin de esa aflicción. En los tres años últimos los investigadores ingleses han logrado lo que nunca antes se había conseguido: acorralar el resfriado en el laboratorio, es decir, que lo han encerrado en un tubo de ensayo para estudiarlo minuciosamente. Además, han realizado grandes progresos para elaborar una vacuna y han producido una sustancia que puede muy bien ser el descubrimiento médico más importante desde la penicilina. Pero, a diferencia de la penicilina y de otros antibióticos que son activos principalmente contra las bacterias, la nueva sustancia, llamada "interferona", combate los virus. De ella podrá derivarse, si se realizan las esperanzas iniciales, una inyección o una pastilla que rápidamente actúe contra los resfriados, la influenza, la poliomielitis y toda una serie de enfermedades producidas por virus que atormentan al mundo, tanto animal como humano.

En 1946 comenzó la labor del

Grupo de Investigación del Catarro Común, en un sitio poco atractivo: un hospital compuesto por 22 edificios prefabricados, más una serie de barracas diseminadas en las colinas de las afueras de Salisbury. Este hospital, destinado al estudio de enfermedades contagiosas, fue establecido, completamente dotado y luego regalado a Inglaterra por la Universidad de Harvard y la Cruz Roja de los Estados Unidos. Posteriormente el ejército norteamericano lo utilizó como centro de investigaciones médicas en Europa durante la guerra.

Al terminar la guerra se trasfirió la propiedad al Consejo Británico de Investigaciones Médicas. Sir Christopher Andrewes, afamado virólogo y descubridor del primer virus de la influenza, decidió trasformar a Salisbury en el centro de operaciones de la campaña más importante emprendida hasta entonces contra el resfriado.

Los problemas que debía afrontar el grupo reunido por Andrewes eran formidables. No cabe duda de que el catarro es una de las enfermedades más desconcertantes, mucho más difícil que la poliomielitis, infinitamente más compleja que la tuberculosis. Quizás el hombre común y corriente piense que sabe lo que es un catarro, pero los investigadores no lo sabían a ciencia cierta.

Por supuesto, se sabía bastante acerca de su forma de actuar. Se difunde de persona a persona y en las zonas templadas aparece en tres ciclos anuales: al abrirse las escuelas, a la llegada de los fríos y al asomar la primavera. Pero nadie había visto jamás el virus —o los virus— que producen los resfriados. Es más, no existían sino indicios de que la enfermedad fuera originada por un virus. Un investigador alemán obtuvo secreciones nasales de personas con catarro, las filtró para eliminar todas las bacterias, luego roció con el filtrado las narices de personas sanas y éstas enfermaron de resfriado. Esto por lo menos indicó que las bacterias no eran responsables.

Pero en materia de prevención o curación, las investigaciones apenas progresaban. Ninguno de los remedios corrientes contra el resfriado resistía pruebas decisivas. Los investigadores suelen encontrar pistas útiles en los remedios populares, pero esto no ocurrió con el catarro. ¿Tomar muchos líquidos? "Evidentemente esto se funda en que nadie ha visto jamás estornudar a un pez", señaló un investigador. ¿Evitar la fatiga? En la Universidad de Illinois se mantuvo despiertos a varios voluntarios durante 56 horas, lo cual no los hizo más propensos al resfriado que las personas bien descansadas.

El obstáculo fundamental que se oponía a los investigadores era que la mayor parte de los animales de laboratorio resistían el contagio de la enfermedad. Hasta hoy sólo se conoce un animal, el chimpancé, que sea presa del resfriado humano, y los chimpancés son costosos y

difíciles de manejar. Frente a realidades tan desalentadoras, el Dr. Andrewes decidió emplear voluntarios humanos.

Los edificios prefabricados se dividieron en apartamentos pequeños. Por medio de la prensa y la radio Andrewes pidió voluntarios. Tendrían que permanecer aislados durante 10 días, viviendo dos en cada apartamento; se les dejarían comidas calientes en la puerta; se les daría una botella de cerveza al día, libros, una radio y un estipendio diario de tres chelines. Hasta la fecha, han participado unas 7000 personas: estudiantes que preparan sus exámenes, escritores en busca de aislamiento, madres fatigadas y hasta recién casados en su luna de miel.

A cambio de esas "vacaciones" gratuitas, los voluntarios aceptan someterse a una serie de pruebas. Durante cuatro días quedan en observación, para tener la certeza de que no han llegado con resfriados. Los trabajos anteriores indicaban que los catarros se hacían apreciables de uno a tres días después de exponerse al contagio. (Los brotes epidémicos en poblaciones árticas aisladas, por ejemplo, se presentaban tres días después de la llegada de barcos.)

Al final del quinto día, se administraban a los voluntarios de Salisbury unas gotas en la nariz, preparadas con secreciones nasales procedentes de personas enfermas de resfriado. Después de aplicarse las gotas, más o menos el 30 por ciento de los voluntarios se resfriaban. ¿Por qué no todos? Probablemente las defensas naturales impedían la infección. El Dr. Andrewes dijo: "Sospechamos muy fundadamente que para contagiarse de catarro basta con recibir una dosis bastante pequeña de virus en un momento en que las defensas se han abatido".

Pasaron 10 años y el resfriado reveló muy pocos de sus secretos celosamente guardados: "período estéril y frustráneo", según el Dr. Andrewes. Sin embargo, se reunieron algunos datos clínicos. El resfriado en sí mismo es problema más bien leve, que se resuelve en tres días: amigdalitis ligera, a veces dolor de cabeza y siempre una secreción acuosa de la nariz. Cuando las secreciones nasales se espesan y toman un color amarillento, es signo de que las bacterias, presentes siempre en la nariz y la garganta, han prosperado en el fértil suelo preparado por los virus: las membranas mucosas inflamadas e irritadas. Los investigadores llegaron a la conclusión de que el virus preparaba el terreno para que las bacterias atacaran los tejidos de la garganta, la nariz y otros.

Fueron también recogiendo al azar una serie de datos. Se aclaró que el virus del catarro es extraordinariamente minúsculo, apenas unas tres milésimas del tamaño de una bacteria ordinaria. En el laboratorio podía atravesar los materiales de filtros cuyos poros ultramicroscópicos eran de 50 milimicras de diámetro. Además, es notablemente resistente; podía someterse a

intensa congelación, almacenarse durante años y seguir ocasionando catarros.

Los investigadores de Salisbury revisaron la idea aceptada generalmente de que el enfriamiento predispone a los catarros. En el frío mes de febrero pidieron a los voluntarios que tomaran baños calientes, luego se pusieran trajes de baño, se dejaran empapar con agua fría y permanecieran en corrientes de aire hasta que les castañetearan los dientes. A otros se les pidió que usaran calcetines húmedos todo el día. Ninguno sufrió resfriados, a menos que también se les pusieran en la nariz gotas que contuvieran virus.

No obstante la gran utilidad de todos esos hallazgos, los investigadores no conseguían aún atrapar el resfriado en un tubo de ensayo donde pudieran estudiar su astuto comportamiento y sus puntos débiles.

El primer problema consistía en encontrar una dieta apetitosa para el virus del catarro, algo que le permitiera nutrirse en un tubo de ensayo. Durante más de 10 años los investigadores de Salisbury se devanaron los sesos. Las bacterias pueden subsistir casi con cualquier cosa. En cambio, los virus necesitan una dieta de tejido viviente. Por ejemplo, los virus de la fiebre amarilla y de la influenza prosperan en embriones vivos de huevos de gallina. El virus del resfriado desdeñó ese alimento. Se pensó que le gustarían los tejidos de la garganta humana extirpados quirúrgicamente; después de todo, ése era su ambiente natural. El resultado fue negativo. ¿Los tejidos pulmonares, los nasales? Nuevos fracasos.

Se hallaban en ese callejón sin salida, cuando se recibió una comunicación de la Universidad de Harvard con un dato que renovó las esperanzas: el Dr. John Enders, que tiempo después habría de recibir el Premio Nobel, había obtenido un éxito extraordinario con virus de poliomielitis desarrollado en tejido renal de monos. Los investigadores de Salisbury ensayaron el mismo procedimiento con el virus del catarro, pero fracasaron. Quizás podría seducirse a este virus con células renales de embriones humanos...

Se pidió la ayuda de hospitales de Londres para que enviaran los tejidos obtenidos de intervenciones quirúrgicas en embarazos y se logró por primera vez verdadero progreso. El virus parecía desarrollarse en las células del riñón humano, pero todavía en forma débil, hasta que ocurrió un magnífico accidente durante un experimento.

En el laboratorio se les había dado como alimento a las células renales una dieta de un medio de cultivo común llamado 199, que es una mezcla de vitaminas, minerales, aminoácidos y bicarbonato de sodio. Por razones totalmente desconocidas en ese tiempo (1959) el virus del catarro comenzó repentinamente a desarrollarse con vigor nunca antes observado. Inclusive

daba pruebas claras, en el microscopio, de haber atacado y lesionado las células renales. ¡Éste era el principio del primer ensayo de laboratorio para los virus del catarro!

Una comprobación rápida demostró por qué había sucedido aquello: Gracias a un error afortunado, el cultivo 199 contenía sólo la mitad del bicarbonato de sodio requerido. Esta disminución de alcalinidad era precisamente lo que necesitaba el virus del resfriado.

El Dr. David Tyrrell, miembro del grupo de investigación, midió la acidez de su propia nariz, que concordó casi exactamente con la del 199 defectuoso. Luego se puso termómetros en las ventanas nasales para examinar la temperatura: la mayor parte del tiempo ésta era de 33° C.

Los investigadores pudieron deducir entonces con exactitud qué era lo que le gustaba comer al virus del catarro y a qué temperatura podía conseguirse su mayor desarrollo. Por fin estaba en el laboratorio el azote de la humanidad. Se pasó el virus de tubo a tubo 20 veces o más sin que disminuyera el vigor de su crecimiento. El líquido obtenido en los tubos de ensayo producía catarros en voluntarios humanos después de haber sido trasladado seis, siete, y hasta ocho veces.

¿Qué importancia tenía todo esto? Para producir una vacuna protectora es preciso ante todo cultivar los virus o bacterias en el laboratorio, rápidamente y en grandes cantidades. Luego se matan los virus (como se hace en el caso de la vacuna de Salk contra la poliomielitis) o se los debilita, a fin de poder emplearlos sin peligro.

Aún no se ha llegado a tal cosa. Es necesario saber más acerca de las variedades de virus que producen resfriados; hasta ahora se han aislado nueve cepas. Se confía en que la mayor parte de los catarros sean causados por sólo tres o cuatro cepas de virus que podrían incluirse en una sola inyección de vacuna.

Mientras en Salisbury ocurrían estos trascendentales acontecimientos, en Mill Hill, suburbio de Londres, se efectuaba otro trabajo importante en un laboratorio asociado. Allí un joven investigador, el Dr. Alick Isaacs, descubrió que al ser atacadas por un virus las células del organismo secretan una sustancia proteínica protectora a la que dio el nombre de "interferona", que tiene la propiedad de impedir la reproducción del virus. No se produce en grandes cantidades, sino sólo lo suficiente para resistir el ataque mientras se forman anticuerpos en la sangre para combatir la invasión. Pero si pudiera producirse una cantidad considerable de interferona, ¿no podría esta admirable sustancia matar los virus invasores sin necesidad de los anticuerpos? ¿No podría ser éste el remedio tan buscado: una píldora para extirpar los resfriados antes de que comiencen realmente? Parece haber excelentes perspectivas de que las respuestas serán afirmativas a las dos preguntas.

Cuando se pusieron a trabajar los químicos para aislar este producto mágico secretado por las células atacadas, resultó ser un polvo blanco, suave. Las minúsculas cantidades obtenidas se ensayaron en animales pequeños. Ratones infectados con el mortal virus de la enfermedad del sueño se recuperaron rápidamente cuando se les administró interferona. Lo mismo ocurrió con la neumonía producida por virus y con otras enfermedades. En el laboratorio, la interferona actúa contra *todos* los virus con que hasta la fecha se ha ensayado, inclusive el virus del catarro.

Las piezas del rompecabezas del catarro van colocándose rápidamente en su lugar, y quizá esté cercana la solución definitiva del problema. Declara Sir Christopher Andrewes: "Creemos que al fin hemos hallado el verdadero camino".



La mayoría de la gente se entretiene con la televisión para poder decir a los demás por qué no le gusta. —H. C.

Las mujeres son así

En un concierto sinfónico en San Francisco, una señora sesentona que ocupaba un asiento de primera fila en la galería, se dio cuenta de que el pasamano de terciopelo estaba roto. Mientras empezaba la música, sacó de su bolsito hilo y aguja y zurció los cincuenta centímetros del raído paño. Luego, satisfecha y tranquila, se dedicó a escuchar el concierto. —A. L.

En una transitada calle de Burlington (Canadá), una dama aguardaba en el interior de su automóvil, cuando se acercó otra señora, abrumada de bultos y que, evidentemente, venía de compras. Acercándose a la portezuela del coche y volviendo la espalda a la que ahí estaba sentada, le dijo: "¿Tendría usted la bondad de bajarme un poco la cremallera de mi blusa? Tengo que cambiarme de ropa cuando llegue a casa, pero mi marido está pintando y se indignaría si lo interrumpo para pedirle que me ayude". —*Maclean's Magazine* (Canadá)

En el colegio de San Javier de Chicago hay una pequeña laguna. Cierta tarde, vi que tres monjas remaban en dirección a la orilla opuesta, a pesar del viento contrario que soplaba. Después, para regresar al punto de partida, retiraron los remos del agua, los depositaron en el bote y, sirviéndose de sus mantos como velas, llegaron sin novedad al muelle. —Sra. R. M. B.

Las siete virtudes conyugales que conducen a la armonía matrimonial

Qué espera la mujer de sú marido

Por el Dr. David Mace

Condensado de "Housewife"

UN IMPORTANTE centro de relaciones familiares ha llevado a cabo en Bélgica una encuesta encaminada a descubrir qué cualidades consideran las mujeres más deseables en un marido. Compiló así un catálogo de siete virtudes conyugales que fue reproducido poco después por una revista italiana, con el comentario de que las esposas de ese país estaban totalmente de acuerdo. A esto hay que añadir que muchas de esas cualidades coinciden muy de cerca con las que, según otras encuestas, buscan las mujeres norteamericanas y canadienses en sus maridos. De modo que tenemos que llegar a la conclusión de que representan el sentir de la generalidad de las mujeres occidentales. Examinemos, pues, detenidamente, estas siete virtudes en el orden de importancia en que las han colocado las propias señoras.

Ternura. Sin duda alguna es ésta la cualidad más preciada por las mujeres en los hombres que aman. Tampoco se puede negar que escasea entre los hombres de Occidente... por no decir del mundo entero. "¡Si sólo me dijera de vez en cuando que me ama! . . ." suspiraba una esposa.

Lo malo es que nuestra sociedad enseña a los hombres a dominar sus emociones con rígida disciplina, lo que aparentemente no reza con las manifestaciones de ternura desbordante que ansían nuestras mujeres. Ellas, al mismo tiempo, quieren varones fuertes. Su ideal parece ser el hombre vigoroso y dominante al enfrentarse con el mundo y que se vuelve tierno y afectuoso en su relación con la mujer amada. ¿No estarán las señoras pidiendo demasiado?

Cortesía. Las mujeres se quejan a menudo de que los hombres, pasado el noviazgo, se sumergen en grosera indiferencia. "Podía ser conmigo tan considerado como lo es con los extraños", se lamentaba una mujer. "Cuando nos hallamos a solas olvida los buenos modales".

La descortesía de un marido hacia su mujer es imperdonable. Mas, otra vez nos vemos ante un interesante conflicto cultural. En nuestros tiempos las mujeres pugnan por establecer su independencia y reniegan del tradicional concepto que las tenía por el sexo débil. ¿No será que, a la vez que añoran la galantería concedida a su sexo en épocas pasadas, aspiran a repicar y andar en la procesión?

Sociabilidad. Las señoras se quejan de que sus maridos son aburridos, que regresan del trabajo para sumirse en un tedioso silencio. Una vez acabada la cena buscan a sus amigos o bien se pasan la velada leyendo o mirando la televisión.

La queja más amarga proviene de mujeres que reclaman porque sus maridos brillan en sociedad mientras en casa se tornan opacos. Estas cuitadas no se preguntan si no será que ellas carecen de la habilidad necesaria para extraer de sus cónyuges las gracias naturales que indudablemente poseen.

Comprensión. ¡Qué delicia la de una mujer cuyo marido se anticipa a sus menores deseos, recuerda los aniversarios importantes y le regala exactamente lo que ella anhelaba para su cumpleaños!

En este caso la mujer aspira a que se reconozca su femineidad y la diferencia que ésta implica. Sabe que su papel primordial en las relaciones conyugales, desde el nivel más superficial al más profundo, consiste en corresponder al cariño del marido. Pero a menos que el comportamiento de éste provoque esa reacción, ella no puede desempeñar plenamente el papel de mujer. Por ello ansía la certeza de que él reconoce su femineidad y comprende las peculiaridades de su temperamento y estados de ánimo.

Justicia. Muchas esposas se quejan de que sus maridos gastan en sí mismos con largueza mientras que a ellas las privan de lo más indispensable. O que rezongan por la calidad de la comida o de los enseres domésticos sin darse cuenta, en apariencia, de que ellas hacen lo que pueden con la mesada que él les da.

Lo que hay tras esta queja, me parece, es la idea que tienen muchas esposas de que sus maridos inconscientemente las tratan como a seres inferiores, o de que ejercen las funciones de cabeza de familia con arbitrariedad.

Lealtad. Una mujer la define así: "Cuando nos hallamos en compañía de otras personas, mi marido continuamente se burla de mí, me pone en ridículo y me humilla. Esto no constituye por cierto el matrimonio ideal". Otra se queja de que el marido la critica en presencia de los niños.

Tradicionalmente ha correspon-

dido a la mujer una posición vulnerable con respecto al varón, que por regla general es físicamente más apto y económica y socialmente más poderoso. Por esto siempre ha sido factor importante para una esposa poder confiar en que su hombre no le fallará.

Honradez. La mujer que sorprende al marido en una mentira ya no podrá sentirse segura; se dará a cavilar sobre lo que hace, adónde va y con quién pasa el tiempo cuando lo pierde de vista. Su mayor aprensión será que haya otra mujer de por medio. Una relación tan íntima como el matrimonio es insostenible si no está basada en una comunión íntegra y sincera.

Éstas son, pues, en opinión de las esposas a quienes se interrogó, las virtudes que buscarían en un marido. Es interesante notar que las cualidades se dividen en dos grupos. Las primeras cuatro se refieren a la actitud que asume el hombre hacia su mujer. Las tres últimas atañen al hombre mismo: su carácter e integridad. No obstante, los dos grupos van estrechamente ligados. Es inconcebible que un hombre por naturaleza injusto, deshonesto e irresponsable pueda ser de una manera real y permanente tierno, atento, buen compañero y comprensivo con su esposa. Si las mujeres analizaran el problema en forma objetiva se darían cuenta de esto y antepondrían el factor carácter. Pero se ve que reaccionaron emocionalmente, que pensaron primero en sus propias necesidades, para llegar luego a la conclusión de que sólo una clase de hombre podría reunir los requisitos necesarios.

Lo que estas mujeres dicen, a final de cuentas, es que el marido perfecto es un hombre bueno que sabe expresar su amor. Si todos los hombres fueran así, la mayoría de los problemas maritales desaparecerían. Claro que si todos (hombres y mujeres) fueran así, también desaparecerían la mayoría de los problemas humanos.

¡Las apariencias! . . .

Una jovencita, huésped en Inglaterra de cierta encopetada familia con ideas un tanto estrictas, temía que el pijama con que acostumbraba dormir no estuviera de acuerdo con los usos de sus anfitriones, así que tenía buen cuidado de esconderlo cada mañana al levantarse. Pero un día, al desayunarse, recordó haberlo dejado olvidado sobre la cama. Se apresuró a subir a la alcoba, pero no lo encontró aun después de buscar por todos los rincones del aposento. A poco, una doncella de servicio, con agrio gesto, se asomó a la puerta y le dijo: "Si lo que busca usted es el pijama, he de decirle que lo volví a poner en el ropero del señorito".

—W. P.

Aliados secretos de Occidente

Polvorín de insatisfacción y revuelta, la Alemania Oriental es prueba patente de la gran debilidad del Imperio Soviético. Allí puede encontrar el Occidente una de sus más poderosas armas: el odio de millones de seres a sus amos comunistas.

Por Marguerite Higgins

Condensado del "Herald Tribune" de New York

DURANTE uno de los días más críticos del bloqueo de Berlín de 1948 el extinto alcalde de la ciudad, Ernst Reuter, recriminaba suavemente a varios de sus "asesores" aliados que dejaban traslucir su pesimismo:

"Ustedes los occidentales son víctimas de una exagerada preocupación por sus propias dificultades. Al concentrar la atención en sus propios puntos débiles se les pasa por alto evaluar las debilidades comunistas. Los rusos saben cuál es su mayor debilidad en Alemania: el odio que se siente contra ellos, no como pueblo, sino por las cargas que han impuesto económica y políticamente a Alemania Oriental. ¿Qué alemán que se respete podría perdonar a Moscú haberle enviado a ese demonio de la perilla, Ulbricht?" (Walter Ulbricht, el dictador comunista de Alemania Oriental.)

"Los rusos no prolongarán indefinidamente el bloqueo de Berlín porque saben que los incidentes se convierten en disturbios y los disturbios en revoluciones. No comprendo a las democracias. A veces me parece que ustedes no quieren

reconocer su gran fuerza: *el hecho de que este pueblo está a su favor, que se jugará la vida y las vidas de sus hijos para pasarse al lado de ustedes.* ¿Proviene esta falta de confianza de la impresión de que no pueden hacer nada para ayudar a estas gentes y de que está mal explotar la lealtad de aquéllos a quienes no se piensa ayudar? Esto es un error, amigos míos. Ustedes deben sacar la mayor ventaja posible de las flaquezas del otro bando, porque la debilidad de éste es parte integral de la fuerza de ustedes".

Los tiempos no han cambiado mucho desde la noche en que el alcalde Reuter se desahogaba así. Muchos alemanes decididos, que conocen la situación, piensan hoy que los Aliados todavía están tan ciegamente preocupados con sus propios problemas que son incapaces de ver la pugna de Berlín con Rusia en su verdadera perspectiva. Por ejemplo, ya es una realidad histórica —aunque parte de ella sea nebulosa y secreta— que en el último decenio ha sido un objetivo primordial de los Estados Unidos no alentar, sino evitar, el desasosiego en el este de Europa y de Alemania Oriental. Durante la rebelión de 1953, en la cual los trabajadores alemanes se lanzaron contra los tanques soviéticos con las manos vacías, los Estados Unidos hicieron verdaderos esfuerzos para dar a entender inmediatamente a los dirigentes del levantamiento que no tendrían ayuda, ni siquiera apoyo moral.

En los días de las revoluciones de Polonia y Hungría de 1956, patriotas alemanes anticomunistas de Leipzig, Dresde y otros puntos de la Zona Oriental quisieron trasformar las muchas demostraciones espontáneas de solidaridad en movimientos de masas que —según palabras de uno de sus dirigentes— "harían sentirse a los rusos tan incómodos que buscarían un pretexto para marcharse". ¿Quién sabe lo que pudo haber sucedido si la revolución húngara hubiera sido reforzada con una rebelión en Alemania Oriental? Pero una vez más los Estados Unidos se concretaron a exhortar a los alemanes orientales a tener paciencia.

Nadie sabe mejor que el mismo Kruschef lo cerca que estuvo Alemania Oriental de una conflagración en 1953 y 1956, y lo inflamable que aún sigue siendo hoy. El Oeste tiene muchas cartas de triunfo en el Este. Si la política norteamericana dejase de frenar al pueblo que tiene a su lado, sería posible pagar cada hostigamiento comunista con la misma moneda, la única cosa que los comunistas respetan: una hostilización exactamente igual. Hay muchos patriotas combatientes de la libertad dispuestos a sabotear puentes, volar fábricas, paralizar trenes . . .

"Los comunistas no tienen el monopolio de la guerra de guerrillas —dijo hace poco un diplomático alemán—. Hay muchas maneras de hacer frente a Ulbricht y Kruschef sin necesidad de llegar a la guerra nuclear. En el pasado, los Aliados

han prestado escasa atención a la gran debilidad de los rusos (sus relaciones con la población alemana) lo cual ha producido el mismo efecto que si les hubieran asegurado que no aprovecharán esa circunstancia. ¿Por qué darles tal garantía?"

En Berlín se da cuenta uno del enorme *bluff* que trata de perpetrar Kruschef, sobre todo si se consideran estos importantes factores: La Unión Soviética perdió millones de soldados camino de Berlín, que perecieron a manos de los alemanes. Además, la ocupación alemana en Rusia perdura todavía en la mente de millones de rusos como tremenda pesadilla. Si se produjera un choque entre Alemania Oriental y los Estados Unidos, le sería virtualmente imposible a Kruschef conseguir que el pueblo ruso o el de los otros países comunistas estuviera dispuesto a ir en ayuda de los alemanes.

Como lo expresó un comunista polaco: "Ninguno de nosotros va a ir a la guerra para defender el derecho de unos alemanes a cerrarles el paso a los camiones de suministro norteamericanos que traten de llegar a Berlín. Si los norteamericanos se ven obligados a disparar contra algunos alemanes con objeto de abrirse paso a la ciudad, nosotros los vitorearemos . . . en secreto, por supuesto".

El indómito alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt, ha dicho:

"Si los comunistas llegasen a recurrir al uso de la fuerza —aun cuando fuese en pequeña escala— me es imposible describir, siquièra aproximadamente, la explosión que se produciría contra ellos en el interior de Alemania Oriental. Si estallase la lucha, los rusos se verían atacados en la retaguardia de sus propias líneas por el pueblo de Alemania Oriental. Hable con cualquiera que haya estado allí últimamente, y verá que tengo razón".

O como decía recientemente un funcionario berlinés:

"Cuando se vive en Berlín es fácil ser valiente, porque convivimos con los rusos y los conocemos. No me gustaría tener que jugar la mano de Kruschef en la crisis de Berlín . . . a menos que el Occidente le dejara escoger sus cartas de antemano".

* * * * * * * * * *

El director de cine Mike Curtiz a los actores en un ensayo: "Gracias. Eso quedó *perfecto*. Ahora, vamos a repetirlo mejor". —S. S.

* * * * * * * * * *

La secretaria, al acongojado jefe cuyo escritorio está atestado de papeles: "Si tomamos en cuenta la agitación de las fiestas, las celebraciones en la oficina, la apatía que sigue a los días festivos y las faltas de asistencia acostumbradas, calculo que terminaremos el trabajo de diciembre hacia el 25 de enero". — Herbram

Siete principios de un hombre de acción

Gracias a la sabia aplicación de estos principios, Henry Kaiser ha creado un extenso imperio industrial, y afirma que las mismas llaves abrirán a otros las puertas de la oportunidad.

Por William Lederer

En Hawaii dicen que un coco jamás caerá sobre la cabeza calva y lustrosa de Henry Kaiser porque este inquieto industrial no se queda parado en un mismo sitio suficiente tiempo. A la respetable edad de 79 años, va de un lado para otro con la velocidad de un chico perseguido por una avispa.

En lugar de pensar en jubilarse, se dedica actualmente a construir una comunidad de 50.000 almas en una zona de Hawaii que hasta hace poco estaba desierta. También tiene entre manos otros proyectos para el futuro: un centro médico internacional y un sistema para ayudar a los países subdesarrollados a fomentar la industria, la agricultura y la enseñanza.

Kaiser es gárrulo y rimbombante. Emprende cada uno de sus proyectos con celo y alegría. Cuando inspecciona alguna obra en construcción, agita los brazos como aspas de molino, dando órdenes y haciendo preguntas a todo el que está al alcance de sus gritos. Sus empresas se extienden por el mundo entero con ingresos brutos que ascienden a mil millones de dólares al año.

Hace poco tuve la oportunidad de verlo trabajar, y me pareció increíble que en su juventud Henry Kaiser hubiera sido un fracasado. En 1895, cuando comenzó a buscar por primera vez trabajo a la edad de 13 años, los vecinos de su pueblo natal de Sprout Brook, en el estado de Nueva York, se mostraron escépticos. ¿Quién iba a emplear a un chi-

co como él? Físicamente delicado y penosamente tímido, era incapaz de llevar a feliz término nada de lo que se proponía.

Mas con el correr de los años, y tras muchos errores, Kaiser descubrió una fórmula que, según él, garantiza el éxito a quien tenga el valor de aplicarla. "Cualquiera puede realizar lo que he hecho yo", dice con modestia. "Todo el que cumpla con mis siete principios ha de encontrar infaliblemente el éxito".

En el curso de varias entrevistas, Kaiser me explicó cuidadosamente en qué consisten:

1. *Casi nadie emplea más de un 10 por ciento de su capacidad de trabajo y de pensamiento original. Si uno aprovecha todas sus capacidades quedará asombrado de los resultados.*

A los 16 años, y sin empleo, el entonces timorato Kaiser fue a ver al dueño de un estudio fotográfico.

—Señor —le dijo temblando de miedo— necesito trabajo. Creo que en dos meses lograré triplicar sus ganancias . . .

—¿Triplicarlas?, exclamó el propietario muerto de risa.

—Sí señor. Si no le triplico las utilidades, trabajaré de balde. Y si tengo éxito, desearía la mitad de las entradas adicionales.

—Si triplicas las ganancias, te hago mi socio —apuntó el comerciante, no sin un dejo de hilaridad.

"Al principio", me contó Kaiser, "tuve miedo. No estaba seguro de que pudiera hacerlo. *Pero me había comprometido delante de testigos.* No me quedaba otro recurso; tenía que actuar.

"Primero hice colocar unos carteles en que ofrecíamos servicio fotográfico en 24 horas. El patrón dijo que esto no era posible, mas le aseguré que yo podría hacer el trabajo extraordinario que ello implicara. Así fue. A veces no me desocupaba hasta la madrugada. El dueño me advirtió que corría el peligro de una postración nerviosa. Pero sucedió algo muy curioso. Aun después de trabajar hasta 18 horas, no me sentía cansado, pues tenía el incentivo de la meta que me había fijado. Comencé a disfrutar de mis tareas y a necesitar mucho menos descanso que antes. Aumentó en tal forma el ritmo de nuestras actividades que para atender la clientela tuve que ingeniarme nuevos métodos para iluminar el estudio y para revelar las fotografías en forma continua. Al cumplirse los dos meses las ganancias casi se habían cuadruplicado. Me convertí en socio del negocio".

2. *Si se persevera y se insiste, sin desfallecer, durante todo el tiempo que sea necesario, se vencerá la oposición.*

Todas las personas vinculadas con Kaiser reconocen cuán poderosa es la fuerza de su tenacidad. Uno de sus socios apuntó una vez: "Henry es como un elefante alegre. Sonríe y se recuesta contra uno. Al rato uno se da cuenta de que no hay más remedio que moverse en la dirección que él quiere".

Una de las primeras personas



en descubrir esta característica de Henry fue un ferretero llamado McGowen. Al cansarse de la actividad fotográfica, Kaiser pidió a aquél trabajo como empleado.

—Aquí no hay vacantes —le contestó McGowen en forma cortante.

Mas Kaiser volvió todos los días durante una quincena. A la decimoquinta mañana, antes de que McGowen pudiera expresar una vez más su negativa, Kaiser le dijo:

—Señor McGowen, déjeme exponerle tan sólo un asunto urgente —. Señaló con el dedo y continuó—: Aquí tiene usted artículos para el hogar por valor de varios miles de dólares. No se han vendido porque están manchados. Déjeme que se los lustre . . .

—Bueno, limpie los benditos cachivaches. Y véndalos —exclamó McGowen con tono de desesperación—. Pero deje de molestarme.

Kaiser comenzó a trabajar. Mas al día siguiente volvió a arrinconar al patrón.

—Señor McGowen, mi idea no resulta. Se gasta demasiado tiempo en pulir esas cosas. Necesito conseguir unos muchachos para que me ayuden.

Una vez más McGowen echó a Kaiser de su negocio. Pero a la mañana siguiente éste volvió a presentarse, acompañado del banquero del pueblo.

—Señor McGowen —comenzó el banquero—. Henry desea que le otorguemos un préstamo para comprar parte de su mercancía defectuosa. Carece de garantía, pero conociendo su perseverancia y su honradez, estoy dispuesto a prestarle el dinero si se fija un precio justo de compra.

El sorprendido ferretero alzó las manos, anonadado.

—¡Bueno! ¡Bueno! Me rindo, Henry. Vaya y consiga una veintena de muchachos. Lo voy a incluir en la nómina sólo por librarme de usted.

Kaiser vendió los artículos manchados y les sacó una buena utilidad. A los tres meses era jefe de ventas de ese comercio.

3. Primero hay que saber qué es lo que realmente se desea, y luego, ¡a alcanzarlo! Está más cerca de lo que parece.

"Muchas personas", dice Henry

Kaiser, "tienen sueños maravillosos, mas los consideran irrealizables. Se anquilosan y desgastan en empleos rutinarios. Desperdician sus energías y acaban por convencerse de que no pueden realizar sus más caros proyectos.

"Si uno no sabe qué desea hacer, hágase esta pregunta: *¿Qué es lo que más anhelo en la vida?* Allí surge el sueño. Y a despecho de que le pueda parecer disparatado o imposible, todos somos capaces de realizarlo. Primero es menester enunciar ese sueño. Luego se buscan los medios para convertirlo en realidad".

¿Cómo logra Henry Kaiser realizar sus propias quimeras y aspiraciones? He aquí lo que dijo al respecto su hijo Edgar:

"En los comienzos de la segunda guerra mundial, mi padre quería construir barcos. Todos le dijeron que era imposible. De manera que convocó al personal directivo a una conferencia de *imposibles*.

"Expusimos todos los motivos que hacían prever nuestro fracaso. No teníamos acero, ni astilleros, ni expertos en este ramo, ni planos, ni dinero. Mi padre fue abordando, una por una, las posibilidades de un descalabro. En cuanto a la falta de proyectistas y planos navales, contestó: ¡Pues nosotros mismos diseñaremos los barcos! Y como su mente estaba libre de toda experiencia previa sobre la materia, procedió a elaborar un método muy original de construcción de buques fundado en la prefabricación.

"Este primer paso nos facilitó la solución de los demás obstáculos. El sistema de prefabricación implicaba menos personal especializado que los métodos tradicionales de construcción, y llegamos a emplear hasta abuelitas para las operaciones de soldadura. Además, exigía astilleros menos complejos, de manera que también se facilitó considerablemente la solución de este problema. Los banqueros, al ver cómo íbamos superando las primeras dificultades, se mostraron mejor dispuestos a ayudarnos.

"Así es la cosa: Solucionando una pequeña parte de los grandes problemas, los otros van arreglándose poco a poco. Si se consideran en conjunto, las posibilidades de un fracaso parecen abrumadoras. Pero, miradas individualmente, pierden su aspecto formidable.

"Mi padre se convirtió en el constructor de mayor éxito en el mundo entero. Todos los días botaba al agua un barco, unos 1500 en total. Esto lo logró preguntando: ¿Por qué no puede hacerse tal o cual cosa? y luego eliminando las razones, una a una".

4. Hay que servir al público. Hay que encontrar una actividad que satisfaga una necesidad pública. Cuantas más personas resulten beneficiadas, mayor será también nuestra recompensa.

En 1954, Kaiser, que ya había cumplido 72 años, decidió pasar unas vacaciones en Hawaii, pero no pudo encontrar alojamiento en ningún hotel. Millares de turistas

habían sido rechazados. "Puesto que tanta gente quiere gastar su dinero aquí", razonó Henry, "voy a alargar mi permanencia y a construir algunos hoteles".

No pocos magnates de Hawaii se rieron al enterarse de semejante locura. ¿En dónde iba a construir un solo hotel? En la zona de Waikiki ya no quedaban sino terrenos cenagosos y arrabales.

Henry se dedicó precisamente a comprar esos terrenos. Él y su socio, Fritz Burns, hicieron acarrear hasta allí 23.000 metros cúbicos de arena blanca y convirtieron los lodazales en una de las playas más amplias y hermosas de Waikiki. Derribaron arrabales y colocaron cimientos. Pocos meses después habían sido terminadas 875 de las 5000 habitaciones del hotel Hawaiian Village. Comenzaron a llegar viajeros entusiastas, cada vez en mayor número. Según lo expresa Kaiser: "Quienes benefician al público casi siempre terminan haciendo su agosto".

5. *Pocas veces se puede triunfar solo en la vida. Es imperativo obtener la cooperación de otras personas.*

"Salgo adelante", apunta Kaiser, "porque me rodeo de personas más inteligentes que yo, a quienes escucho con atención, y doy por sentado que *todos* saben más que yo en alguna materia al menos".

De acuerdo con este principio, Kaiser solicita constantemente opiniones. Escucha, pregunta y vuelve a escuchar. Cuando un empleado le expone alguna idea brillante, Kaiser casi siempre le dice: "Eso está bien. Me gusta. Le acaba de caer una nueva tarea: trasformar su idea en hechos, a partir de esta misma tarde".

No importa quién sea el gestor de la idea. La persona que toma la iniciativa recibe la responsabilidad de ejecutarla. Como resultado de esta norma, 60 de las compañías de Kaiser están dirigidas por individuos que llegaron a la gerencia antes de cumplir los 32 años.

6. *Para alcanzar el éxito, se necesita un esfuerzo total. Cuidado con las distracciones.*

El éxito también tiene su precio. Cuando se sientan deseos de gozar de alguna diversión placentera como la vida social, la televisión, los naipes, el cinematógrafo, el golf, es preciso formularse esta pregunta: "¿Contribuirá este gasto de tiempo y energía a alcanzar la meta que me he fijado en la vida?"

El éxito es un amo implacable. Ahí están las biografías de personajes famosos como los Curie, Einstein, Edison, Miguel Angel, Paderewski. Todos ellos y casi la totalidad de las grandes figuras trabajaban desde el alba hasta pasada la medianoche. Kaiser también labora en esta forma. Cuando se inicia en alguna empresa parece que tuviera anteojeras. Sólo mira hacia adelante, sin atisbar siquiera a los lados. Empuja, escarba, camina. ¡Siempre adelante!

7. *Debemos manejar nuestros asuntos como si hoy fuera nues-*

tro último día sobre la tierra.

Pocos hombres aprovechan tan bien el tiempo como Henry Kaiser. Hasta de las cinco horas que destina al sueño saca provecho. Éste es el rato que él denomina "su período de ideas", de manera que siempre tiene a mano lápiz y papel sobre la mesa de noche.

Quienes no lo conocen bien se sorprenden cuando los llama por teléfono a las tres de la madrugada. "Oiga, Smith", dice una voz casi pecaminosamente alegre, "se me acaba de ocurrir una idea . . ."

Kaiser opina que ahorrando unos pocos minutos por aquí y unas cuantas horas por allá, es posible agregar a la vida años enteros de actividad fructífera. Todas las mañanas enumera mentalmente los asuntos que desea atender antes de la medianoche. Al caer la tarde vuelve a repasar la lista. Cada uno debe quedar resuelto, como si Kaiser no fuera a amanecer al día siguiente para atender las cosas pendientes. Así puede iniciar sus actividades diarias en forma "nítida y desahogada", ya que ese método lo obliga a tomar decisiones tan pronto como surgen, sin aplazarlas nunca.

Estos siete principios trasformaron a Henry Kaiser de un joven enfermizo, vacilante, esclavo de la pobreza, en un hombre que goza de riqueza, vigor, prestigio, longevidad y felicidad. ¿Es posible que el promedio de las personas pueda emplear estos mismos principios con igual éxito?

Henry Kaiser cree que sí. "Primero, hay que decidir qué se desea hacer y luego, con valor, comenzar a moverse hacia esa meta por imposible que parezca", nos dice. "Si de veras queremos lograr nuestro objetivo, nada podrá detenernos".



Statement required by the Act of August 24, 1912, as amended by the Acts of March 3, 1933, July 2, 1946 and June 11, 1960 (74 Stat. 208)

showing the ownership, management, and circulation of Selecciones del Reader's Digest, published monthly at Pleasantville, N. Y. and Miami, Fla., for October 1st, 1961.

1. The names and addresses of the publisher, editor, managing editor, and business managers are: Publisher, Reader's Digest Latin America, Inc., 270 Park Avenue, New York 17, N. Y.; Editor, Jorge Cárdenas, Gómez Farías 2, México, D. F.; Managing Editor, none; Business Manager, Roberto C. Sánchez, Gómez Farías 2, México, D. F. 2. The owners are: Reader's Digest Latin America, Inc., 270 Park Avenue, New York 17, N. Y., DeWitt Wallace, Lila Acheson Wallace, Pleasantville, N. Y. 3. The known bondholders, mortgagees, and other security holders owning or holding 1 percent or more of total amount of bonds, mortgages, or other securities are: none. 4. Paragraphs 2 and 3 include, in cases where the stockholder appears upon the books of the company as trustee or in any other fiduciary relation, the name of the person or corporation for whom such trustee is acting; also the statements in the two paragraphs show the affiant's full knowledge and belief as to the circumstances and conditions under which stockholders and security holders who do not appear upon the books of the company as trustees, hold stock and securities in a capacity other than that of a bona fide owner. 5. The average number of copies of each issue of this publication sold or distributed, through the mails or otherwise, to paid subscribers during the 12 months preceding the date shown above was: 180.000 copies. Signed, Jorge Cárdenas, Editor. Sworn to and subscribed before me this twentieth day of October, 1961. (Seal) Allen Cooper, Vice Consul of the United States of America, City of Mexico.



Mucho debe la humanidad a este genio que recorrió durante su vida el camino del infortunio hasta alcanzar fama inmortal

KEPLER, PRIMER EXPLORADOR DEL ESPACIO

Por Robert Strother

Condensado de "Wereldkroniek" de La Haya

¡CONSTRUYAMOS una nave que surque el inmenso océano del universo! Así exclamó hace 350 años el astrónomo alemán Juan Kepler. A este genio de cuerpo endeble castigado por la viruela no le sorprendería ver que hoy están los hombres tratando de llevar a cabo precisamente lo que él anheló, y guiándose, al hacerlo, por las leyes acerca del movimiento de los astros que con tan prodigiosos esfuerzos descubriera. Afligieron la existencia de Kepler la guerra, la intolerancia y larga serie de desdichas personales. Pero "este hombre incomparable", como lo llama Einstein, se sobrepuso a toda adversidad, fue un gigante de la ciencia, un descubridor que señaló a la hu-

Retrato: Cortesía de Bettmann Archive

manidad el camino que lleva a las estrellas.

Nació Juan Kepler en Weil der Stadt (Alemania) el 27 de diciembre de 1571. Su padre, soldado de fortuna, marchó a poco a los Países Bajos a pelear al lado de los holandeses, en revuelta contra España. Lo siguió *frau* Kepler, su esposa, en tanto que el niño Juan permanecía con los abuelos paternos. A la edad de cuatro años quedó Kepler lisiado de una mano y débil de la vista de por vida a consecuencia de las viruelas.

Siendo aún niño tuvo que abandonar los estudios de primeras letras para colocarse de aprendiz de mozo de taberna. Contaba 13 años cuando lo enviaron a un colegio monástico en Adelberg, donde su aplicación y adelantos le valieron andando el tiempo una beca en la Universidad de Tubingen. Aunque su propósito era hacerse ministro protestante, asistió, sin especial interés, a un curso de astronomía. Mas desde el primer momento le entusiasmó el estudio de los astros; y la lectura de las obras de Nicolás Copérnico, el gran astrónomo polaco sostenedor de la teoría —revolucionaria en aquel entonces— de que la Tierra gira alrededor del Sol, despertó en Kepler el astrónomo que en él alentaba.

"A más de hallarse en el centro del universo, es el Sol el espíritu que lo anima —escribió Kepler cuando aún era estudiante—. Me propongo demostrar que la máquina celeste se asemeja a un mecanismo de relojería en el cual una sola pesa mueve todas las ruedas; y que la totalidad del complejo movimiento sidéreo obedece a una sola fuerza magnética".

Difícil es imaginar siquiera en nuestra época el valor que se necesitaba en la de Kepler para sostener una teoría contraria a lo que en aquellos tiempos era para todo buen cristiano la palabra misma de Dios. (El propio Copérnico había ido aplazando la publicación de su sistema heliocéntrico, que sólo hizo en 1543, ya al fin de su vida.) Y herejías aparte: ¿quién iba a creer que la Tierra fuese una enorme esfera que corría alrededor del Sol a razón de 30 kilómetros por segundo, al tiempo que giraba vertiginosamente sobre sí misma? Hasta el menos lince hubiera dicho que, de ser esto cierto, castillos, iglesias, bosques, océanos, y por de contado, toda la gente, saldrían despedidos de la superficie de un planeta presa de semejante vértigo. Así pues, hasta los que más benévolamente juzgaban las "extravagantes" nociones de Kepler, lo tenían por un joven sabio pero algo tocado de la cabeza.

Su buen carácter y su brillante aprovechamiento en la lengua latina y en las matemáticas continuaron granjeándole, sin embargo, la simpatía y el aplauso de sus maestros, aun cuando considerasen que, dado lo poco ortodoxo de las ideas de Kepler, no había ni que pensar en que estudiase para el púlpito. De este modo, al ocurrir una va-

cante en el gimnasio protestante de Graz, en la apartada Austria, Kepler, que sólo contaba a la sazón 23 años de edad, ocupó la cátedra de matemáticas.

Los cortos años que estuvo en Graz dedicado a la enseñanza fueron tal vez los más dichosos de su vida. Como maestro, gozó de la amistad de los discípulos y supo contagiarles su entusiasmo por la geometría y la astronomía. Contrajo matrimonio con una joven viuda dotada a un tiempo de belleza y de bienes de fortuna. Adelantó estudios tendientes a demostrar la influencia de la Luna en las mareas y compuso la obra *El cosmos misterioso*, elogiada por Galileo, profesor de matemáticas en la Universidad de Padua. De esa época data el comienzo de su amistad con Tico Brahe, el famoso e independiente genio danés con quien, según dijo después el mismo Kepler, habría de "unirlo un hado inexorable".

La tormenta de las luchas religiosas que iban a ensombrecer la vida de varón tan piadoso como Kepler estaba a punto de desencadenarse. En 1600 expulsan de Graz a los protestantes. (En ese mismo año condenan en Italia a Giordano Bruno a morir en la hoguera por haber sostenido que el espacio es infinito y está poblado de estrellas tan grandes como el Sol.) Kepler tiene que pagar rescate para que le permitan marcharse; en la confusión de esos momentos angustiosos hay que vender a bajo precio las propiedades de su esposa. En Praga, adonde llega enfermo y sin recursos, su amigo Tico Brahe le ofrece hospitalidad.

Era Tico Brahe en ese entonces matemático del emperador Rodolfo II. De familia noble, de carácter impetuoso, de agudo ingenio, aficionado a la alquimia, sobresalía principalmente por sus observaciones astronómicas, las más notables desde las de Aristarco de Samos en tiempos antiguos. En 20 años de observaciones a simple vista, auxiliado únicamente por su gigantesco cuadrante (fue sólo en 1608 cuando se inventó el telescopio), llevó a cabo miles de acertadas "mediciones" acerca del curso de los astros y la cambiante posición de los planetas con respecto a las estrellas.

Brahe obtuvo del Emperador que le diese a Kepler por ayudante. Puso además a disposición de éste sus inconclusas tablas astronómicas, que sirvieron a Kepler para determinar las tres leyes que llevan su nombre relativas al movimiento de los astros.* Estas leyes demostraron la falsedad del sistema de Tolomeo, que coloca a la Tierra en el centro del universo; confirmaron la verdad del sistema de Copérnico, según el cual la Tierra gira alrededor del Sol, e iniciaron la era de la astronomía moderna.

---

*Las tres leyes de Kepler son: 1) Los planetas describen órbitas elípticas en las que el Sol ocupa uno de los focos. 2) El radio vector que une al Sol con el planeta recorre áreas iguales en tiempos iguales. 3) El cuadrado del tiempo empleado por un planeta en recorrer su órbita es directamente proporcional al cubo de su distancia media al Sol.

Determinar con exactitud la órbita de los planetas había sido desde la más remota antigüedad problema de dudosa solución. Hechas como habían sido desde un planeta en movimiento, la Tierra, las observaciones, por muy cuidadosas que fuesen, alcanzaban sólo a señalar el movimiento *aparente* de los astros. Así como al adelantarse el tren en que viajamos a otro que marche a menos velocidad nos parece que este tren retrocede en dirección contraria a la que lleva el nuestro, los habitantes de la Tierra vemos a Marte y a los demás planetas moverse hacia atrás cuando la Tierra se les adelanta. Para obviar esta ilusión visual, Kepler tenía que situarse imaginativamente fuera de nuestro sistema planetario a fin de observarlo desde un punto inmóvil en el espacio. Mas ¿cómo determinar este punto en un universo siempre en movimiento? Marte emplea 687 días en recorrer la órbita en que viaja alrededor del Sol. El punto elegido por Kepler fue el correspondiente a la posición de Marte en el primer día del año marciano. Partiendo de tal punto dio comienzo a las observaciones y cálculos a que consagró cinco años de agotadores esfuerzos.

Han llegado hasta nosotros parte de las hojas en que este genio laborioso desarrolló sus cálculos para determinar las sucesivas posiciones de Marte en cada uno de los 360 grados de su órbita y comprobar 40 veces la exactitud de cada uno de los resultados que iba obteniendo. Al hacerlo así halló en cierta ocasión un error de aritmética que le obligaba a echar al cesto el trabajo de varias semanas.

"Perro atropellado da cachorros ciegos", murmuró sonriendo amargamente, y se aplicó de nuevo al trabajo. Mientras adelantaba con éste, hubo veces en que la estufa permanecía apagada por falta de dinero con que comprar leña. A la muerte de Brahe, acaecida en 1601, el emperador Rodolfo dio a Kepler el empleo que aquél tuvo en la corte. Raras veces le pagó, sin embargo, el cuantioso sueldo que le había asignado, pues Kepler le interesaba principalmente como astrólogo, y sus trabajos científicos le parecían más bien una pérdida de tiempo. Fue, empero, a este excéntrico príncipe al que dedicó Kepler su *Nueva astronomía*, obra que, con *De Revolutionibus* de Copérnico y *Principia* de Newton, marca un hito en el campo de la astronomía. Refiriéndose a este libro suyo dijo Kepler jubilosamente: "¡He alcanzado cumbres!"

Desgraciadamente la obra pasó casi inadvertida entre los sabios, y no trajo al autor ninguna ganancia. En 1612 cayeron sobre él crueles desdichas: su esposa, su segundo hijo y el Emperador que lo había protegido fallecieron en el término de pocas semanas. Abrumado por la adversidad se traslada a Linz, en donde consigue un mal retribuído empleo de profesor.

En este empleo hay, sin embargo, una circunstancia consoladora: dis-

pone Kepler de suficiente tiempo para dedicarse a sus observaciones astronómicas, en las que utiliza ahora un telescopio, el primero que ha visto hasta entonces. Había creído él desde años atrás que en los planetas había vida, y fue al observarlos con la ayuda del telescopio cuando habló de construir una nave para viajar por el espacio.

La joven con quien se casó en segundas nupcias en Linz estaba encinta cuando afligió a Kepler nueva e inimaginable tribulación. Acusada de hechicería, su anciana madre se hallaba presa en una población de Wurtemberg, expuesta a padecer tormento y ser quemada viva. Acudió él inmediatamente a socorrerla. Al cabo de muchos meses de diligencias y ruegos alcanzó, en octubre de 1621, gracia para la anciana, que así quedó libre de sus cadenas.

En tanto luchaba por salvarla, halló Kepler tiempo para dar cima a la tercera de sus grandes obras, *Armonía del mundo*, condenada al punto por la Iglesia. En ella formula la tercera de sus leyes, según la cual la distancia media de un planeta al Sol puede calcularse por lo que tarda en recorrer su órbita, ley que cien años después sería uno de los fundamentos en que asentó Newton su teoría de la gravitación.

La guerra de los treinta años, confuso conflicto religioso y político, amenazó con sus tormentosos embates el humilde hogar de Kepler. Cuando Linz quedó sitiada en 1626, las autoridades eclesiásticas, considerándolo sospechoso de herejía, lo obligaron a recluirse en su casa y sellaron su biblioteca. Al cruzarse en la calle con el hombre al que Manuel Kant llamó "el más agudo de los pensadores", la gente le escupía murmurando: "astrólogo". Lo único que deseaba Kepler era que lo dejasen trabajar en paz. Como su vida peligrara en aquella ciudad, una noche lluviosa y helada escapó en una carreta con su mujer y sus seis hijos. Entre los pocos objetos que alcanzó a llevar consigo en la azarosa huída se contó la caja que contenía varias planchas de plomo: las que servirían para la edición de su monumental obra: las *Tablas Rodolfinas*.

En los años siguientes el vasto campo que abarcaban los conocimientos de Kepler se manifestó en la gran diversidad de sus obras. Fundó la ciencia de la óptica geométrica; estudió la anatomía del ojo humano; compuso una obra novelesca científica; estudió las manchas del Sol. Le quedaba aún por cumplir la promesa hecha a Tico Brahe: terminar las tablas astronómicas que éste había comenzado.

En Ulm, a orillas del Danubio, completó los laboriosos cálculos acerca de la posición de las 777 estrellas observadas por Brahe, a los cuales añadió 228 observaciones de su propia cosecha. Al publicarse, las *Tablas Rodolfinas* se le atribuyeron a Tico Brahe. Precursoras de los modernos almanaques náuticos, fueron de uso general en la navegación por espacio de un siglo. A ellas

debió Kepler un cambio favorable en su suerte. El emperador Fernando II lo recompensó asignándole una pensión y alojamiento en Sagan (Silesia).

Las sombras del infortunio habrían, con todo, de envolverle de nuevo. Enfermo y deseoso de asegurar el porvenir de su esposa e hijos, viajó en los crudos días del otoño a Ratisbona en donde se hallaba reunido el parlamento, con la esperanza de conseguir que le pagasen los 11.817 florines que le adeudaban desde hacía años. Llegó a Ratisbona aquejado de calenturas y falleció a los 13 días, el 15 de noviembre de 1630.

Ni aun después de muerto hallaron paz sus restos. Por ser luterano le negaron sepultura dentro del recinto de la ciudad. A los tres años de su entierro, los soldados arrancaron las lápidas del cementerio para emplearlas en obras de fortificación, y así desapareció toda señal de la tumba de Kepler. Más duradero que cualquier monumento destinado a perpetuar la memoria del sabio ha sido el legado de sus descubrimientos. Juan Kepler practicó el proverbio latino que aconseja: *Per aspera ad astra.* ("Por las dificultades hacia las estrellas"). Como cristiano fue firme en su creencia. Aún se recuerda esta oración compuesta por él:

"Dios mío, gracias te sean dadas por guiarnos hacia la luz de tu gloria con la luz de la Naturaleza. Llevé a cabo la tarea que me señalaste y me regocijo en tu creación, cuyas maravillas me has concedido que descubra a los hombres. Amén".



¿En qué quedamos?

El año pasado, el siguiente reglamento de tráfico fue impuesto en Boston: "En fechas pares, el estacionamiento debe hacerse en el lado de números nones de la calle. En fechas nones, el estacionamiento será del lado de números pares de la calle. Si se estaciona un auto después de la medianoche, la orden debe entenderse al revés. Cuando el estacionamiento se permite sólo de un lado de la calle, el coche debe estacionarse del lado opuesto al rótulo que dice: *No se permite estacionarse aquí*".

—UPI

Del *Tribune* de Lewinston (Idaho): "El crucigrama que debió aparecer en la edición del *Tribune* de hoy fue publicado en la edición de ayer, junto con la solución respectiva. De modo que el crucigrama que debió publicarse ayer sale en el número de hoy, junto con la solución al crucigrama del miércoles. El crucigrama de hoy y la solución del que debió aparecer ayer, vuelven a imprimirse aquí".

Enriquezca su vocabulario



Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

El porvenir de la lengua está principalmente en manos de los periodistas y traductores, por la fuerza y propagación que tiene la palabra impresa, y sobre todo en boca de los locutores, por el poderío y difusión de la palabra hablada. Los errores que se ven en la prensa diaria o que se oyen por radio, convierten nuestro hermoso idioma en revuelto fárrago. Todo hablante debe evitar el empleo de dicciones o grafías viciosas como las criticadas a la vuelta.



1) **aerolito** — A: globo aerostático. B: plancha de imprimir. C: trozo mineral que cae a Tierra. D: ave muy diminuta.
2) **bisutería** — A: cola de carpintero. B: joyería falsa. C: perla negra. D: bozo que empieza a salir.
3) **calambur** — A: piedra imán. B: bota de montar. C: calambre. D: retruécano.
4) **debut** — A: error social. B: éxito feliz. C: estreno. D: resultado.
5) **elenco** — A: lista. B: peso. C: loco. D: acto teatral.
6) **feminismo** — A: movimiento social. B: reunión de mujeres. C: femineidad. D: género femenino.
7) **guardabarros** — A: término de albañilería. B: de arquitectura. C: de automovilismo. D: de zapatería.
8) **humareda** — A: quemazón. B: incendio. C: hogar. D: abundancia de humo.
9) **impávido** — A: impertinente. B: listo. C: que no tiene miedo. D: vago.
10) **laicizar** — A: enlazar. B: ser laísta. C: hacer laico. D: hacerse lego.
11) **magacén** — A: almacén. B: rehén. C: sostén. D: harén.
12) **neumonía** — A: calentura. B: analgesia. C: pulmonía. D: neuralgia.
13) **omega** — A: letra rusa. B: uva pequeña. C: letra griega. D: larva.
14) **pachá** — A: maná. B: pachón. C: lema. D: bajá.
15) **quefir** — A: leche lacteada. B: cuajada. C: fermentada. D: condensada.
16) **radiactividad** — A: mucha actividad. B: radiodifusión. C: fenómeno físico nuclear. D: calor radiante.
17) **sinusitis** — A: sinuosidad. B: cierta inflamación. C: cierta secreción. D: enfermedad del pecho.
18) **testigo** — A: sustantivo de género masculino. B: femenino. C: común. D: ambiguo.
19) **triquina** — A: larva. B: insecto. C: microbio. D: gusano.
20) **yac** — A: lobo. B: hiena. C: solípedo. D: rumiante.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **aerolito** — C: fragmento de masa mineral que cae sobre la Tierra. *Areolito y aereolito* son frecuentes dislates.
2) **bisutería** — B: joyería de imitación. (Del francés *bijouterie.*) Es galicismo aceptado. No se diga "bisutería de imitación", porque toda ella lo es.
3) **calambur** — D: galicismo enteramente innecesario por *retruécano,* juego de palabras, equívoco.
4) **debut** — C: galicismo enteramente innecesario por *estreno.* También lo es *debutar* por estrenarse una obra.
5) **elenco** — A: lista, catálogo. Usado por personal de una compañía de teatro, etc. (*elenco* dramático), es italianismo muy frecuente.
6) **feminismo** — A: movimiento que busca mayores derechos para la mujer. No se diga *femenismo.* La palabra no viene de *femenino,* sino del latín *femina,* mujer.
7) **guardabarros** — C: pieza sujeta sobre la rueda del automóvil, para protegerlo de salpicaduras. No se diga *guardabarro.* Algunos dicen *guardafangos,* pero no es voz admitida.
8) **humareda** — D: abundancia de humo. *Humadera* es vulgarismo que causa risa a quien lo oye.
9) **impávido** — C: que no tiene miedo (pavor), sereno ante el peligro. En América es error frecuente el uso de *impávido* por fresco, descarado.
10) **laicizar** — C: hacer laico: *"laicizar* una escuela". Los derivados son: *laicización, laicista, laicismo.* Laicidad por *laicismo* es neologismo no admitido.
11) **magacén** — A: almacén, voz anticuada ya. Es anglicismo decir *magacine* o *magacín* por revista.
12) **neumonía** — C: pulmonía. (Del griego *pneumonia.*) Es incorrecto cargar la voz sobre la *o.*
13) **omega** — C: la letra del alfabeto griego equivalente a la *o* nuestra. (De *o mega,* o grande.) Voz femenina (la *omega*), y es error pronunciarla como esdrújula. "Alfa y *omega* de mi gesta andante". (Miguel A. Macau)
14) **pachá** — D: galicismo por *bajá.* El plural de *bajá* es *bajaes* y no *bajás.*
15) **quefir** — C: leche fermentada artificialmente. Es preferible esta grafía a *kefir.* La acentuación académica (*kéfir*) no se ha generalizado.
16) **radiactividad** — C: propiedad de ciertos cuerpos como el radio, el uranio, etc., de emitir espontáneamente partículas y rayos por desintegración del núcleo atómico. No se diga *radioactividad.*
17) **sinusitis** — B: inflamación de los llamados senos frontales del cráneo. Evítese el vulgarismo *sinositis.*
18) **testigo** — C: sustantivo de género común. Persona que da testimonio de una cosa. "El *testigo* (la *testigo*) se manifestó temeroso (temerosa) ante el juez".
19) **triquina** — D: parásito que vive en los músculos de los vertebrados. En varias lenguas (inglés y francés por ejemplo) se escribe esta palabra con *ch* (*trichina, trichine*); pero en español se ha de escribir en la forma indicada.
20) **yac** — D: rumiante; especie de búfalo del Tibet. Esta grafía es preferible a *yak,* pero mejor sería *yaque,* cuyo plural no ofrecería dificultad.

Calificación

20 respuestas acertadas . . sobresaliente
15 a 19 acertadas . . . . notable
12 a 14 acertadas . . . . bueno
9 a 11 acertadas . . . . regular

Bases subterráneas para proyectiles atómicos

Una cadena fantástica de fortalezas bajo tierra, la obra de ingeniería más grande de la historia, se está construyendo en los Estados Unidos para la defensa del mundo libre.

Por Robert Strother

LOS AUTOMOVILISTAS que pasaban hace poco por aquel tranquilo camino campestre, próximo a Denver, no podían dar crédito a sus ojos. Lo que veían parecía tomado de *Las mil y una noches*. Un montículo cubierto de maleza, en un terreno aledaño, comenzó de pronto a trepidar con un ruido sordo mientras se abrían unas enormes puertas de 200 toneladas, y un descomunal lápiz metálico brotaba silenciosamente de las entrañas de la tierra. Otras puertas ocultas se abrieron en las cercanías y de ellas surgieron dos enormes y relucientes globos. Varios hombres, convertidos en liliputienses por contraste, acudían presurosos a sus puestos.

En breves momentos la escena se esfumó tan abruptamente como había aparecido. Los gigantes metálicos, obedeciendo órdenes de un Aladino invisible, volvieron silenciosamente a las profundidades, desaparecieron los hombres, y la pradera volvió a aparecer tan solitaria como antes. No quedó nada que revelara la existencia de seis amplias fortalezas subterráneas, cada una con tres proyectiles intercontinentales Titán armados con carga nuclear de varias megatoneladas. Ni quedó indicio alguno de los técnicos que viven en las profundidades de la tierra, de sus antenas de alarma que abarcan la redondez del planeta y aun el espacio sideral, de sus increíbles dis-

positivos de defensa instantánea e inexorable contra una amenaza que provenga del otro lado del mundo.

De un extremo a otro de los Estados Unidos se está construyendo una red de tales fuertes subterráneos, la mayor construcción de ingeniería que se haya emprendido jamás. Los gigantescos proyectiles guardados bajo tierra en silos de acero y hormigón pueden resistir un ataque y salir luego a la superficie para lanzar una fuerza destructora equivalente a millones de toneladas de TNT, que harían blanco preciso, tras de unos cuantos minutos, en otros continentes.

Durante una gira reciente de unos 5000 kilómetros, vi esas nuevas bases de proyectiles teledirigidos en todas sus etapas de construcción. El Titán que vieran los automovilistas en maniobras de adiestramiento pertenecía al Ala 451 de Proyectiles Teledirigidos de la Base Aérea de Lowry, en el estado de Colorado. La 451, que cuenta con 18 Titanes, es la primera que se ha instalado bajo tierra, y su base es el prototipo de muchas más que habrán de venir después.

En su oficina provisional atestada de planos, el coronel J. H. Thompson, coordinador infatigable de la obra que se efectúa en Lowry, me mostró primero una maqueta de dos metros que representa a escala un complejo para el lanzamiento de proyectiles del tipo Titán. En el centro había dos enormes habitaciones de cielo abombado: el puesto de mando y la central de energía. De allí parten pasadizos que van a tres silos profundos y distantes entre sí, que albergan las plataformas de lanzamiento. En esos silos, protegidos por puertas de hormigón armado para resistir las explosiones, están los Titanes, de 30 metros de largo y listos cada uno en un enorme montacargas.

"Contamos con seis de estos complejos diseminados en una extensión de 180 kilómetros cuadrados", dijo el coronel Thompson, apuntando en el mapa a unos cuadritos rojos. "Están reforzados para resistirlo todo menos el poco probable impacto directo de un proyectil nuclear. Subamos al helicóptero y démosles un vistazo".

Desde el aire, esta parte de la base aérea de Lowry parece una región desolada de colinas y barrancas erosionadas. Al sobrevolar el helicóptero un pequeño montículo apareció el Complejo 1-A; pero no había mucho que ver, fuera del polvo rojizo que cubría la lisa superficie, pues los dos globos brillantes de 30 metros de diámetro que encierran las antenas de radar, los tres enormes silos y el túnel de medio kilómetro que los conecta, estaban protegidos bajo tierra.

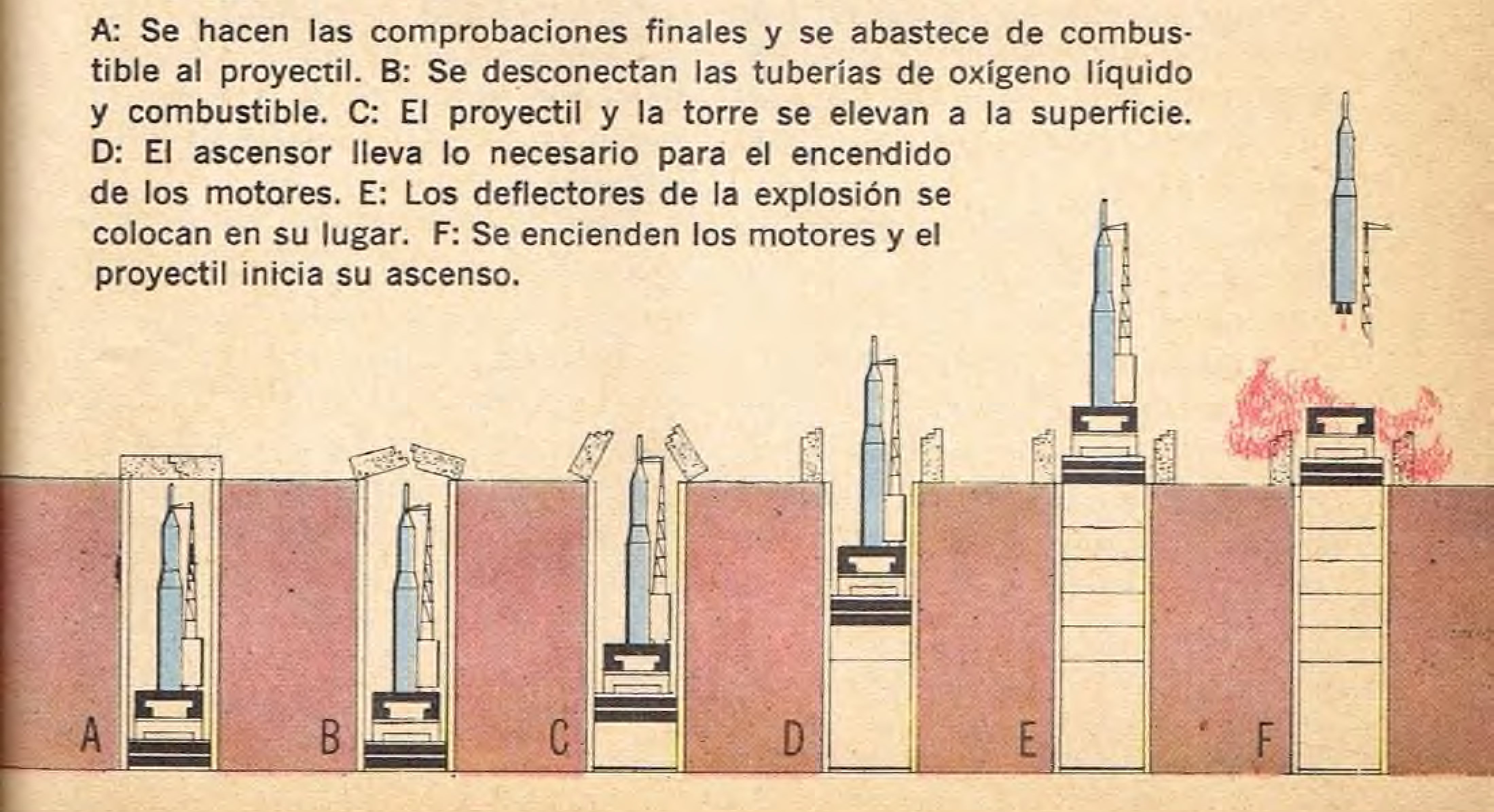
Aterrizamos envueltos en una nube de polvo levantada por nuestro propio helicóptero; un guarda con casco nos abrió una puerta de acero, bajamos por una escalera de caracol y entramos por una compuerta a prueba de explosiones. Nos hallamos entonces en una fortaleza tan fantástica como las avanzadas que

los cosmonautas proyectan situar en la Luna: un blocao de mandos automáticos en la frontera de lo desconocido.

El complejo que aloja los tres proyectiles posee clima artificial y constituye en sí una comunidad, aislada contra los choques superficiales por un techo de hormigón pretensado y reforzado, que lleva además encima 20 metros de tierra. El centro de mandos, el comedor, el dormitorio y la sala de recreo para el personal de 11 operarios, son de "montaje amortiguado"; es decir, que toda la instalación —inclusive los Titanes, las jaulas de acero que los encierran, los ascensores y todo el conjunto de apoyo y cimientos— cuelga de grandes muelles helicoidales de 60 centímetros de diámetro y 12 metros de largo. Es como si un edificio de unos 15 pisos estuviera suspendido en el aire.

No hay aberturas que den a la superficie, fuera de las macizas puertas de los silos y ocultas escotillas de escape para el personal. Dentro del complejo hay almacenados suficiente aire, provisiones de boca y combustible para sobrevivir a un ataque nuclear. De cada silo parte un subterráneo cilíndrico de casi dos metros y medio de diámetro, interrumpido a intervalos por compuertas a prueba de explosión, que lleva al centro de control de lanzamientos.

Al entrar en el centro del Complejo 1-A, el ruido de nuestras pisadas parecía ensordecedor en comparación con el zumbido amortiguado de los computadores electrónicos y los "secuenciadores" que ocupan el amplio salón circular. Tres aviadores trabajaban en los pupitres de mandos, bajo numerosos cuadrantes. Nuestro guía nos explicó que el hombre no puede pensar con sufi-



A: Se hacen las comprobaciones finales y se abastece de combustible al proyectil. B: Se desconectan las tuberías de oxígeno líquido y combustible. C: El proyectil y la torre se elevan a la superficie. D: El ascensor lleva lo necesario para el encendido de los motores. E: Los deflectores de la explosión se colocan en su lugar. F: Se encienden los motores y el proyectil inicia su ascenso.

ciente rapidez para disparar un proyectil guiado. Durante un lanzamiento las órdenes son impartidas por calculadoras.

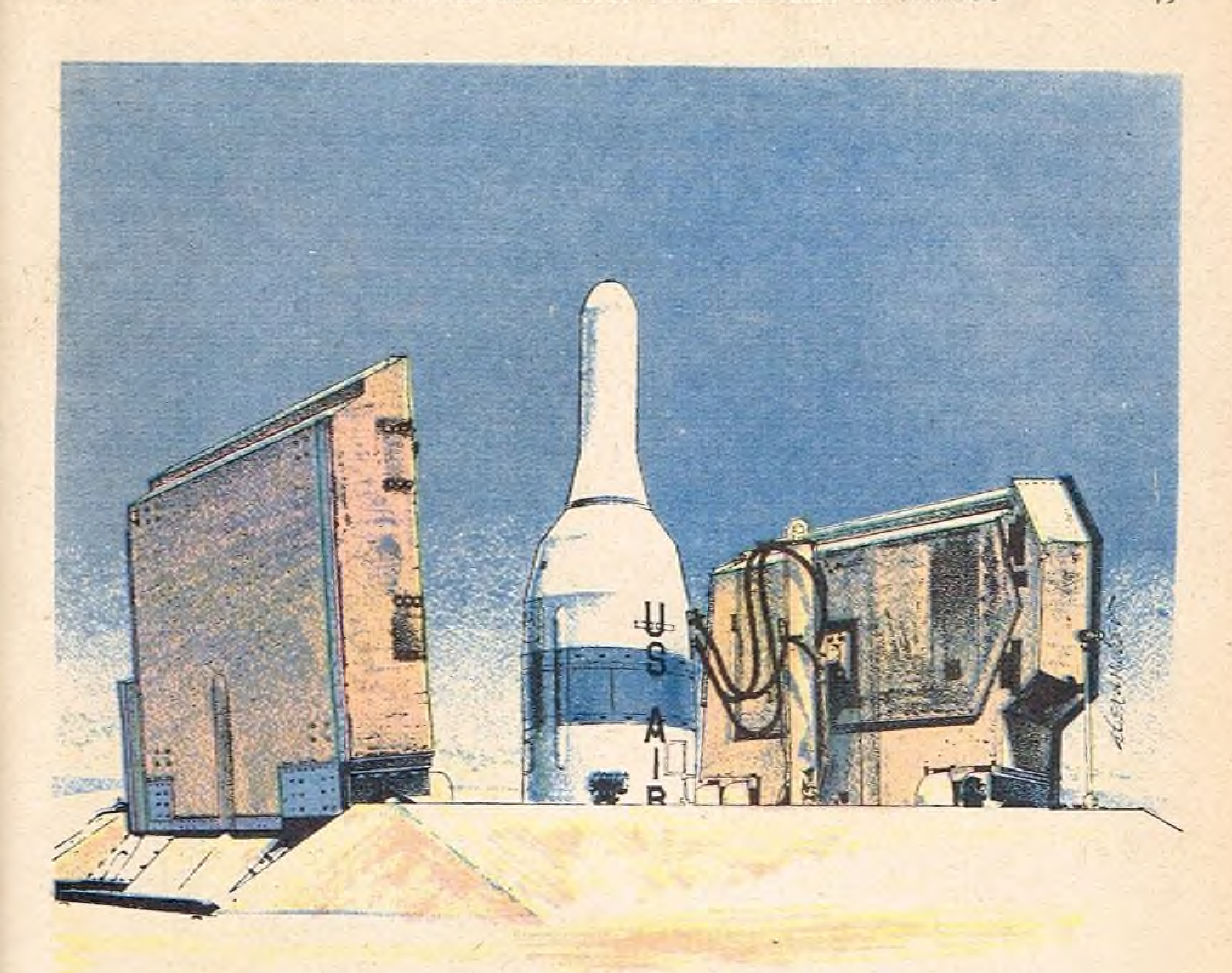
El proyectil balístico intercontinental (PBIC) es quizá el triunfo más grande (y más mortífero) de la técnica. Los gigantes de 110 toneladas tienen que levantarse por el impulso de atronadoras antorchas, acelerar a la velocidad precisa y en dirección exacta para entrar vertiginosamente por una ceñida parábola al borde del espacio. La parte teleguiada del vuelo, durante la cual el proyectil consume combustible, dura sólo cuatro minutos. De ahí en adelante la carga explosiva entra en vuelo libre y recorre un gran arco balístico que se eleva, en su punto más alto, a unos 1000 kilómetros sobre la Tierra. Después penetra de nuevo en la atmósfera terrestre a una velocidad equivalente a 25 veces la del sonido (unos 25.000 k.p.h.) y desciende cual flamígero meteoro para vaporizar una base de proyectiles enemiga, un aeródromo o una ciudad.

Aunque el lanzamiento requerirá sólo unos cuantos minutos y puede que nunca ocurra, el personal del complejo se mantiene en constante entrenamiento. Debe tener los Titanes preparados por si algún día el Presidente da la orden de disparar; él es el único que puede darla. Todas las piezas componentes del vasto conjunto de dispositivos hidráulicos, neumáticos y eléctricos que activan el sistema funcional dentro del proyectil cohete tienen que probarse y conservarse en perfecto estado. Existen millares de probabilidades de mal funcionamiento, y hasta el defecto más insignificante puede echar a perder "la fiera".

Cuando hay que hacer una reparación se cambian grupos completos de piezas componentes. Todo componente defectuoso se remplaza con un "módulo de cambio rápido": al igual que un mecánico de automóviles remplaza una bomba de gasolina completa y la envía a la fábrica para su reparación.

De cuando en cuando, los operadores de un complejo de proyectiles cohetes van a la Base Aérea de Vanderburg para ayudar en el lanzamiento de un vehículo de pruebas o una sonda espacial. Es magnífico adiestramiento, pero los proyectiles cohetes son muy caros, y tales oportunidades no son cosa común, por lo cual el personal se ejercita mediante constantes simulacros para perfeccionar las maniobras concertadas que se requieren para aprovisionar el proyectil de combustible y lanzarlo.

Tuve la oportunidad de presenciar tales ejercicios. El oficial de operaciones hojea su larga lista de comprobaciones, confirmando cada una mediante luces de señales. En una pantalla de televisión de circuito cerrado, situada frente a él, en la pared, puede observar cuanto acontece en la plataforma de lanzamiento. El oxígeno líquido y el combustible, almacenados a presión, van entrando a los depósitos de cada sección del proyectil. Los demás oficiales, en los



pupitres vecinos, dan sus informes finales de "buen o mal funcionamiento" leídos en los instrumentos de la plataforma: "Motor del proyectil . . . correcto" . . . "Circuitos de radiofrecuencia . . . correctos" . . . "Mecanismo de propulsión . . . correcto".

Después se abren en lo alto las puertas a prueba de explosión, y el ascensor sube el proyectil 50 metros para sacarlo a flor de tierra, con todos sus cables de conexión. Simultáneamente, las antenas esféricas de radio y radar, conectadas con dispositivos de alta precisión del blocao para seguir la trayectoria del proyectil, salen de unos silos más pequeños que están un poco más allá. Al cabo de otro minuto el Titán podría salir disparado para realizar el único vuelo de que es capaz: un vehículo de cinco millones de dólares, que en un viaje sin retorno de media hora podría cambiar la suerte del mundo.

Se trata sólo de un ejercicio. Uno sabe que nada va a suceder, pero se impresiona.

Dado el aislamiento en que se hallan estas fortalezas soterradas, es difícil darse cuenta que cada una está encadenada por multitud de circuitos con las demás, y que todo el sistema está equipado con sensores que abarcan todo el planeta y están

siempre alerta a toda señal de peligro que no puedan percibir los sentidos.

Los emplazamientos de los proyectiles distan por lo menos 30 kilómetros unos de otros, de modo que aun un impacto directo sólo destruiría a uno de ellos. Tan amplia dispersión crea problemas de aprovisionamiento y comunicaciones. Para visitar todos los nueve silos de una base, es necesario viajar en helicóptero cerca de 1300 kilómetros o más de 1800 por carretera. Todos los silos están comunicados con su base mediante líneas telefónicas especiales, y lo mismo con el Mando Aéreo Estratégico en Omaha y con Washington.

El trabajo preliminar en las bases de PBIC se inició mucho antes de que existieran el Atlas, el Titán o el Minuteman. Fue lo que podría llamarse un proyecto coordinado: la iniciación de muchas obras simultáneamente en vez de hacerlas una por una.

Los primeros proyectiles Atlas que estuvieron listos para funcionar se hallan todavía a campo raso y están expuestos a ataques. Los siguientes están en cajas de hormigón horizontales del tipo de "ataúd", con erectores que los ponen en posición vertical para dispararlos. Los modelos más recientes quedarán en silos como los de los Titanes. Todas las escuadrillas Atlas, con un total de 142 proyectiles, deben quedar listas para combatir en 1962.

Actualmente se están organizando 14 escuadrillas de proyectiles Titán, con un total de 140 cohetes intercontinentales. De éstos, los primeros siete serán idénticos a los de los complejos de Lowry, pero los demás serán proyectiles del tipo Titán II, modelo avanzado que puede dispararse directamente desde el fondo de un silo, sin que sea necesario sacarlo a flor de tierra.

La primera gran escuadrilla de proyectiles Minuteman, "segunda generación" de cohetes intercontinentales de combustible sólido, estará lista en 1963. Pronto la seguirán escuadrillas adicionales, todas en sitios soterrados y acorazados. Finalmente los silos para proyectiles Minuteman serán simples pozos de hormigón, de 20 metros de profundidad, puesto que esta arma puede guardarse sin servidores y dispararse en andanadas por control remoto, pocos segundos después de que se dé la orden. Más adelante, podrán colocarse modelos más perfeccionados en trenes especiales que viajarán sin rumbo fijo para crearle problemas de puntería al enemigo.

Todos los proyectiles intercontinentales que están en los Estados Unidos y todos los de alcance intermedio que se tienen en otros países o en los submarinos Polaris en alta mar, tienen asignado un blanco específico; pero ninguna base ni submarino sabe dónde está situado ese blanco, ni hay ningún individuo que tenga en su poder toda la información necesaria para disparar un proyectil atómico. Varias personas poseen fragmentos de esa información, que es preciso reunir ordena-

damente antes de que pueda iniciarse el lanzamiento. Además, las órdenes que dé el Presidente tienen que ser comprobadas varias veces. No se permite ningún margen de error, porque, mientras que un proyectil de ensayo puede ser destruído por el oficial de seguridad de tiro, un PBIC una vez lanzado no puede ni destruirse ni detenerse.

Aunque las bases están cuidadosamente protegidas contra el sabotaje, nadie se forja la ilusión de que sean secretas, ya que hay por lo menos 100.000 hombres empleados en la construcción y muchos millares más dedicados a otros aspectos del plan. En pequeñas aldeas del Sur y el Oeste (regiones donde se construye la mayoría de las bases), los vecinos se dan cuenta de que súbitamente pueden convertirse en blanco de la artillería atómica enemiga.

"Ya sabemos que en alguna parte había que hacerlas —me decía un campesino de Arkansas— pero ojalá no hubiera sido aquí. Si estalla la guerra, aquí estaremos en primera línea de combate, tan ciertamente como si estuviéramos en Berlín".

Los hombres de conciencia encargados de los proyectiles sienten el peso de su trágica responsabilidad. Ellos, mejor que nadie, pueden imaginar la escena apocalíptica que ocurriría si alguna vez el hilo telefónico de Washington trasmitiera la consigna secreta. Saben muy bien que un disparo hecho por equivocación podría aniquilar la civilización durante muchos milenios o acaso traer la noche final. Y, por orgullosos que se sientan de sus máquinas prodigiosas, piden a Dios con tanto fervor como cualquiera de nosotros que ningún ser humano llegue jamás a disparar de veras un proyectil atómico intercontinental.



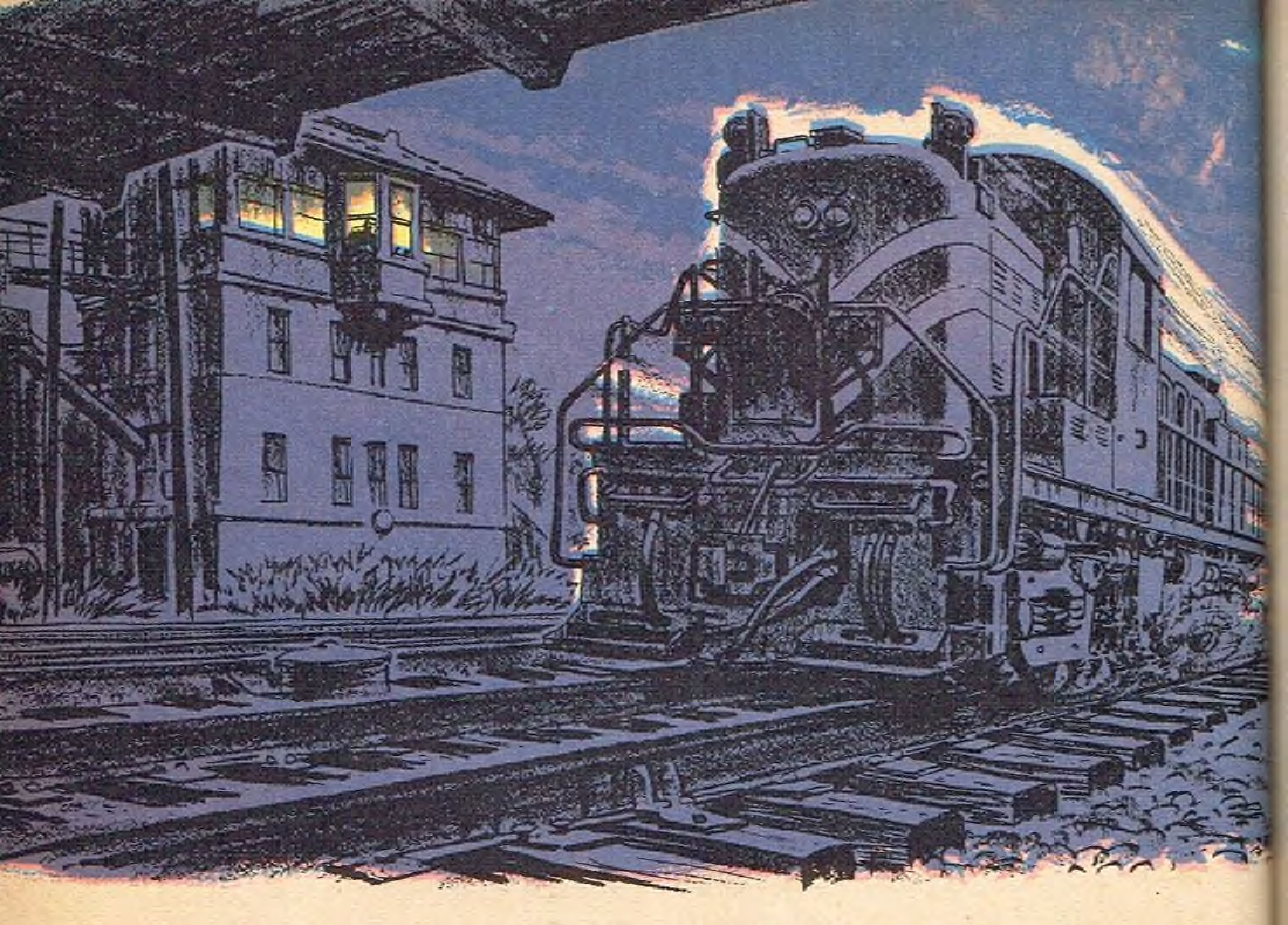
Examen teatral

"CUANDO vienen a solicitar empleo los candidatos a una obra teatral por estrenar", dice un famoso empresario, "les pido que digan solamente dos frases: *Te amo* y *Creo en Dios*. Si las dicen bien, pueden representar cualquier papel". —AP

Anuncios de rara ocasión

DEL *Evening News*, de Manchester (Inglaterra): "Suplicamos a los padres del chico que dio a nuestro hijo una manzana a cambio de su triciclo que tengan la bondad de devolver éste cuanto antes". —*Time*

DEL *Shopping Notes*, de Yarmouth (Maine): "Deseamos trocar dos ovejas con nombres y personalidad por dos corderos sin antecedentes, para nuestro refrigerador".

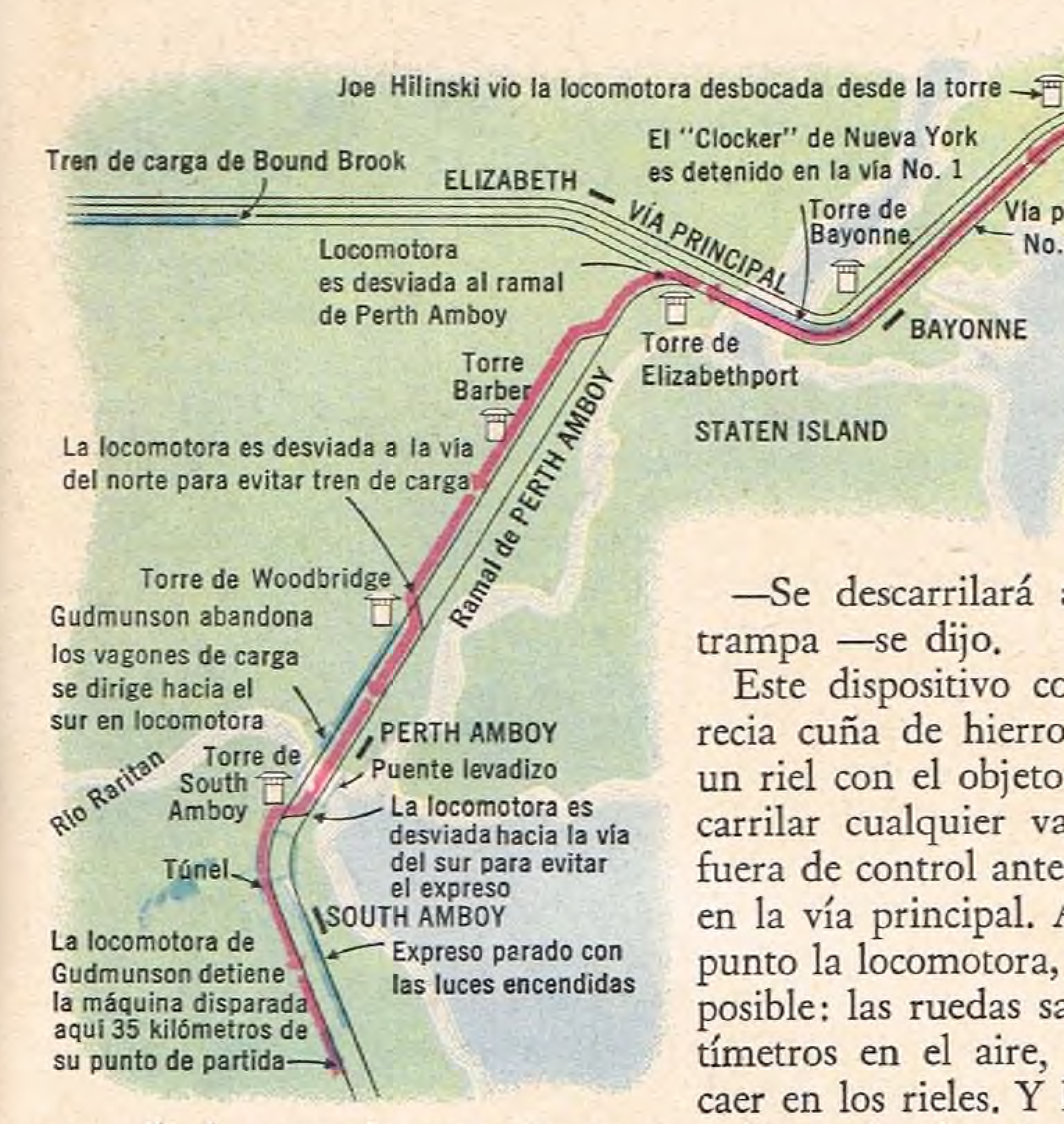


¡Locomotora desbocada en la vía principal!

La No. 1706 rugía por la vía, sin control y acelerada a fondo, en uno de los recorridos más espeluznantes de que se tenga noticia.

Por E. D. Fales, hijo • *Condensado de "Popular Science Monthly"*

El 12 de noviembre de 1959, a las 10:29 de la noche, resonó la campana de alarma en la torre que domina el gran patio de maniobras de la terminal del Ferrocarril Central de Jersey, en Jersey City. El vigilante de la torre Joe Hilinski alzó los ojos, sorprendido, pues no había razón aparente para que sonara la campana. Ningún tren estaba por entrar o salir en ese momento. Hilinski se volvió a mirar el diagrama de cuatro metros fijo en la pared y por un instante se



tranquilizó, pues ninguna vía aparecía iluminada.

De pronto se encendió una pequeña bombilla blanca en la No. 9. ¡Algo se acercaba! Hilinski miró el patio de maniobras, hasta entonces oscuro y silencioso. No se veía allí ninguna luz; todo estaba inmóvil. Sintió un escalofrío.

En esto descubrió una masa oscura que se acercaba rápidamente y, cuando estuvo lo bastante cerca, reconoció que era una locomotora diésel eléctrica que corría con todas las luces apagadas. Por el ruido ensordecedor dedujo que iba acelerada a fondo.

—Se descarrilará al llegar a la trampa —se dijo.

Este dispositivo consiste en una recia cuña de hierro atornillada a un riel con el objeto de hacer descarrilar cualquier vagón de carga fuera de control antes de que entre en la vía principal. Al llegar a ese punto la locomotora, ocurrió lo imposible: las ruedas saltaron 20 centímetros en el aire, y volvieron a caer en los rieles. Y la máquina siguió por la vía principal No. 3.

Alarmado, Hilinski corrió al teléfono y ordenó:

—¡Detengan todos los trenes en la vía 3!

Era ésa una medida heroica puesto que afectaba un trecho de gran tráfico donde los expresos alcanzan velocidades de 100 kilómetros por hora.

La voz de alarma de Joe fue oída a tres kilómetros de distancia por su hermano Frank Hilinski, ayudante del director de tráfico, que tenía a su cargo el turno de la noche.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Se disparó una locomotora; co-

rre a toda velocidad y sin luces —dijo Joe con voz trémula.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia el oeste, contra el tráfico.

Frank Hilinski se sobresaltó. Una docena de trenes de pasajeros y carga circulaban por la línea principal de cuatro vías dentro de un radio de cincuenta kilómetros. El más próximo era el *Clocker*, expreso de primera clase que venía de Nueva York por la vía No. 1 y debía detenerse en Bayonne cuatro minutos más tarde. La locomotora desbocada, por la vía 3, adyacente a la 1, cruzaría a toda velocidad por esa estación en el momento en que los pasajeros estarían descendiendo del *Clocker* o subiendo a él. ¡Si la locomotora llegase a arremeter contra la multitud! ...

Hilinski se apresuró a enviar instrucciones a la torre de Bayonne para que trataran de detener al *Clocker* antes de que entrara en la estación. También telefoneó al encargado del patio del ferrocarril de Bayonne.

—Una locomotora sin control se aproxima a ese lugar —dijo al asombrado capataz—. Haga señales luminosas. No sabemos qué les ocurre a los maquinistas.

Probablemente el conductor se habría desmayado y continuaría oprimiendo con su pie el pedal. O acaso algún borracho había robado la máquina, o un loco amenazaba a los maquinistas con un revólver.

Sonó el teléfono y el encargado del patio de Bayonne anunció:

—La No. 1706 pasó por aquí a las 10:34. No disminuyó la marcha y no pudimos ver a nadie en la cabina.

La No. 1706 era una gran locomotora diésel eléctrica que pesaba 123 toneladas y estaba destinada al remolque de vagones en el patio de maniobras.

A las 10:35 ya se había alejado seis kilómetros de la torre de Jersey City, recorrido que efectuó en cuatro minutos, y pasaba sin avisar por la estación de Bayonne. Los pasajeros a la espera del *Clocker*, detenido a corta distancia de allí, oyeron llegar la máquina y retrocedieron, alarmados, pero nadie resultó herido. Al oeste de la estación, los maquinistas del expreso vieron con asombro pasar a contramano una locomotora sin luces, y perderse en la noche.

En los noventa segundos siguientes, Frank Hilinski pensó y obró con gran rapidez. El tablero indicador mostraba que la locomotora sin control se dirigía a gran velocidad contra el tren de carga No. 692, que había salido de Bound Brook en dirección al este, y se acercaba en dirección contraria por la misma vía. Chocarían dentro de 18 minutos. Era indispensable hacer salir la locomotora de la vía 3.

Frank dirigió su atención a una línea de dos vías llamada ramal de Perth Amboy. Ésta se separa de la principal en Elizabethport, empalme de mucho tráfico. Pero ninguna de las dos vías estaba libre. Por la 1, un expreso se dirigía hacia el

norte bordeando la costa de Pensilvania, y por la 2 marchaba un tren de carga rumbo al sur. Sin embargo, pasarían 30 minutos antes de que la locomotora disparada pudiera alcanzar a éste último, y Hilinski, a fin de ganar tiempo, ordenó a la torre de Elizabethport que hiciera seguir la máquina por la 2 hacia el sur.

Luego telefoneó al jefe de zona, Joseph Galuppo, que dormía en su casa y fue despertado por la llamada. Aunque se trataba de un hombre tranquilo, declaró más tarde que durante la media hora siguiente estuvo hecho un manojo de nervios.

Hilinski expuso brevemente la situación. ¿Debería abrir el puente levadizo del Raritan para que la locomotora cayera al río?

—¡No! —exclamó Galuppo. Barcas cargadas de propano recorrían el canal, y si la locomotora caía encima de una de ellas podía provocar una explosión devastadora.

Lo interrumpió el altavoz. De la torre de Elizabethport anunciaban:

—Llegó la locomotora; la hicimos tomar la vía 2 del desvío.

Por tanto, la línea principal estaba libre. De pronto Galuppo, que todavía hablaba por teléfono con Hilinski, tuvo una idea atrevida.

—Llamen a Ed Jeffrey —dijo.

Se refería al jefe de tráfico de Long Branch.

En ese momento el tren de carga que viajaba por la vía 2 del ramal se aproximaba al puente levadizo tendido sobre el Raritan, situado a 20 kilómetros hacia el sur. El maquinista, Chet Gudmunson, era un hombre pequeño de cabellos blancos; lo acompañaban el fogonero Harold Johns y el guardafrenos Leo Barry. Al llegar al puente, Gudmunson vio que le hacían señales con una linterna y se detuvo. El encargado del puente gritó:

—Jeffrey quiere hablar por teléfono con el maquinista; es muy urgente.

Gudmunson saltó a tierra y corrió hacia el teléfono del puente. Oyó la voz de Jeffrey, que le decía:

—No interrumpa, limítese a escuchar; los segundos cuentan.

Luego de prevenirle que se acercaba una locomotora desbocada, prosiguió:

—Queremos que usted deje allí los vagones y siga inmediatamente con su locomotora por la recta de South Amboy. Haremos pasar la máquina disparada de la vía 2 a la 1 a fin de salvar el tren, y luego la haremos volver a la 2, de modo que entonces estará detrás de usted. Cuando la vea acercarse, iguale su velocidad con la de ella, luego déjese alcanzar, y cuando los parachoques se toquen, aplique los frenos y oblíguela a detenerse. Nosotros haremos parar en South Amboy el expreso que marcha hacia el norte.

Gudmunson se dio cuenta de que no le estaban dando una orden, pues lo que le pedían era algo que iba más allá de su obligación. Él pronto se jubilaría; su esposa lo aguardaba en su casa, y no tenía necesidad de arriesgar su vida, co-

mo tampoco la tenían Johns o Barry. El maquinista se tomó unos segundos para consultar a sus compañeros. Todos se mostraron dispuestos a correr la aventura.

Ya para entonces Hilinski había unido las diversas torres con el mismo circuito telefónico, y a lo largo de la línea todos oyeron los siguientes mensajes en rápida sucesión:

"Gudmunson se dirige lentamente hacia el sur a 15 kilómetros por hora", anunció la torre de South Amboy a las 10:53.

"La locomotora desbocada pasó por la vía 2 a 70 kilómetros por hora", avisó la torre de Barber a las 10:54.

"Desviamos la locomotora a la vía 1. Casi se volcó, pero siguió adelante", comunicó la torre de Woodbridge a las 10:55.

Mas a las 10:58 la torre de South Amboy dio malas noticias: "Gudmunson se ha detenido".

En ese momento, la locomotora desbocada estaba sólo a un kilómetro y medio detrás de Gudmunson. Éste había seguido unos dos kilómetros por la recta de South Amboy, como se le ordenara, pero en su afán de tener más noticias, se detuvo frente a un teléfono de la vía. El guardafrenos Barry fue a pedir instrucciones. Cuando Jeffrey habló con Gudmunson no había tenido tiempo de decirle algo importante: que la locomotora corría a oscuras. Y por tanto los tres maquinistas trataban de ver surgir del túnel que acababan de cruzar algo que no existía: las luces de la máquina.

En el puente de Raritan, los guardas del tren de Gudmunson, preocupados porque la locomotora los había dejado, oyeron un estrépito que se aproximaba por detrás. A las 10:57 la máquina disparada pasó casi rozándolos por la vía No. 1 y cruzó el puente. Un poco más adelante funcionaron las agujas de un cambiavía que debía pasarse a 15 kilómetros por hora. La locomotora desbocada, según lo reveló posteriormente la cinta magnética que registra la velocidad, lo pasó a 75 k. p. h. Dio un fuerte tumbo, se inclinó peligrosamente hacia un lado y giró con estrépito, para entrar por fin en la vía 2, rumbo al sur. El tren de pasajeros estaba a salvo, pero la máquina se encontraba entonces a menos de un kilómetro del sitio donde se había detenido Gudmunson.

Mirando adelante, hacia el sur, éste podía ver el expreso que aguardaba en la estación de South Amboy con su faro encendido. Normalmente se hubiera debido amortiguar la luz en esas circunstancias, pero Gudmunson ignoraba que el conductor había recibido órdenes de dejarla brillar para que iluminara la locomotora desbocada cuando apareciera.

Al volver a dirigir la vista hacia el túnel oscuro, Gudmunson vio de pronto un leve brillo, producido por la luz del tren detenido al reflejarse en la locomotora desbocada, que se hallaba ya casi encima de la suya. Asió el acelerador, mientras Johns llamaba a Barry.

Una diésel acelera despacio; no se la puede apresurar. Gudmunson tiró hacia atrás la palanca unos dos centímetros, luego movió el acelerador hasta una cuarta parte de su recorrido, y la locomotora se puso en marcha. Diez segundos después se aventuró a abrir el acelerador hasta la mitad, y la máquina se estremeció. Cuando el velocímetro llegó a marcar 55 kilómetros, aceleró a fondo.

Pasó como un meteoro frente al expreso que esperaba en la estación de South Amboy, pero justamente delante había una curva en forma de S. Gudmunson decidió que había llegado el momento de obrar. Comenzó a disminuir la velocidad, que se acercaba a los 100 kilómetros. La máquina disparada estaba peligrosamente cerca; Barry advirtió que Gudmunson había frenado con exceso:

—¡Afírmense bien, va a haber un choque! —gritó.

Gudmunson aceleró a fondo entonces, pero fue demasiado tarde. La colisión resultó ensordecedora. Las puertas de acero laterales se abrieron violentamente, y Barry y Johns saltaron en sus asientos.

Cuando se trabaron los enganches de ambas locomotoras, Gudmunson desconectó la fuerza motriz, mas temía frenar demasiado pronto porque la otra locomotora, más pesada, podría hacer descarrilar la suya.

Johns, aferrándose a la baranda, avanzó a lo largo de la bamboleante pasarela. Las diez pesadas puertas de acero se golpeaban frente a él. Las fue cerrando y, con la linterna eléctrica en la mano, saltó a la otra máquina y entró en la cabina. No había nadie allí. Dirigió el haz luminoso hacia los mandos. Todos estaban en perfecta disposición para la marcha: el acelerador tirado a fondo; los frenos neumáticos sueltos, y conectado el conmutador que trasmite la corriente a las ruedas motrices. Johns cerró el acelerador y oyó que el motor se detenía. Luego aplicó los frenos y encendió la luz de la cabina. Inmediatamente advirtió que Gudmunson frenaba también a fondo para ayudarlo.

Las dos locomotoras se detuvieron entre una nube de arena caliente y humo. Gudmunson se dirigió al teléfono más cercano. Levantó el auricular y a lo largo de la línea todos, desde Jeffrey en Long Branch hasta Hilinski en Jersey City, oyeron su voz.

—Habla Gudmunson. La detuvimos.

—¿Cómo están los maquinistas? —preguntó alguien.

—¿Maquinistas? No hay nadie; es un fantasma loco —repuso Gudmunson.

EL MISTERIO cuenta ya dos años y todavía no se ha resuelto. La FBI y la Comisión de Servicio Público de Nueva Jersey investigaron inmediatamente el caso. Comprobaron que la máquina había estado estacionada, con el motor en marcha pero en punto muerto, cosa ha-

bitual en tiempo frío. El maquinista y sus ayudantes iban a ser relevados, mas dos minutos después de dejarla, y antes de que llegara el relevo, la locomotora se puso en marcha. ¿Qué ocurrió en ese lapso?

Se propusieron varias teorías, pero ninguna resultó satisfactoria. ¿Alguien había tratado de robar o destruir la máquina? No había indicios ni impresiones digitales. Además, sólo un experto conoce el complicado procedimiento para poner en marcha una diésel eléctrica.

¿Se habría abierto solo el acelerador debido a las vibraciones? Se sabía que eso había ocurrido en algunas máquinas, pero los ensayos de la Comisión probaron que tal cosa no pudo haber pasado en la 1706. Y de haber sido así, ¿quién movió la palanca del punto muerto a la posición de marcha? ¿Quién soltó los frenos neumáticos y conectó el conmutador que manda la corriente a las ruedas?

¿Se habría estacionado la locomotora sin tomar las precauciones debidas? Los maquinistas, todos veteranos en su oficio y con buenos antecedentes, declararon haber efectuado cuidadosamente las ocho operaciones de rigor en esos casos.

A raíz de ese incidente se instalaron seguros en todas las máquinas del Ferrocarril Central de Jersey, semejantes a los del encendido de los automóviles. Cuando están cerrados en posición neutra, el motor puede funcionar, pero no las ruedas.

La número 1706 recorrió 35 kilómetros en su temible escapada, que duró exactamente 36 minutos. Hoy se la puede ver arrastrar vagones en el patio de maniobras de Jersey City. Es sorprendentemente dócil y obediente, y sin duda ignora por completo que en una ocasión dio al personal de una gran empresa ferroviaria un susto que jamás olvidará.



No se arriesgue

Un señor metió en un frasco 331 píldoras, de las cuales 300 eran de bicarbonato de sosa, 30 de un inofensivo remedio contra los efectos del alcohol, y una de cianuro de potasio. Las mezcló todas y parecían idénticas cuando las puso en la mesa.

—¿Quién quiere arriesgarse a ingerir una de estas píldoras? —preguntó a un grupo de sus amigos.

Ninguno de ellos aceptó el reto.

—Por lo visto, nadie tiene ahora prisa —comentó—, pero cuando vayan guiando su automóvil, quizá les interese saber que una vez en cada 331 se mata el conductor que pretende atravesar el cruce cuando el semáforo está en su contra.

— *Sun Dial*

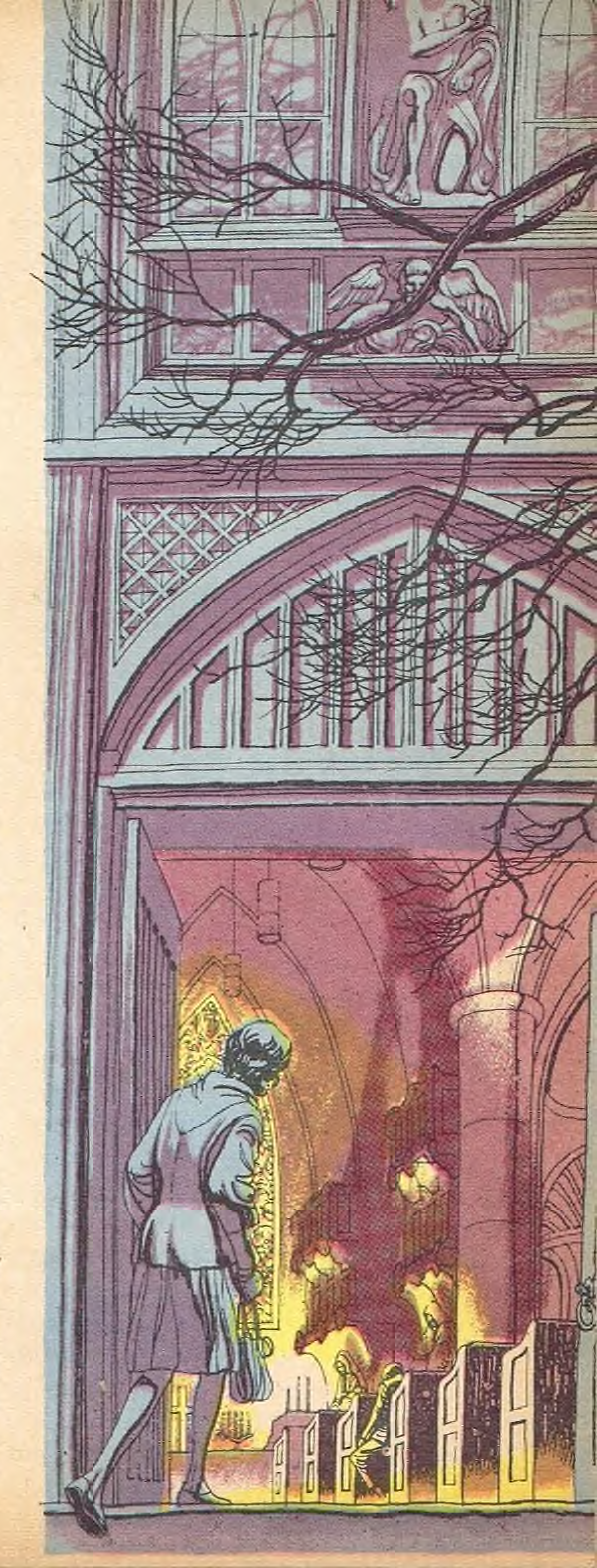
Dios sí nos oye

Una viuda joven y solitaria descubre cómo Dios ayuda a sobrevivir y a rehacerse a los desventurados que han perdido toda esperanza

Por Pamela Hennell

A MENUDO oímos decir a personas afligidas y desilusionadas: "Oré, pero mis ruegos nunca fueron atendidos". Yo también me expresé así cuando una profunda pena trastornó mi vida, y me alejé de Dios. Sin embargo, largos meses después mi desilusión terminó de una manera extraña y maravillosa.

En los días felices y activos de mi matrimonio, pocas veces pensé en rezar. Durante los diez años que pasamos juntos, mi esposo y yo vivimos absorbidos por un amor despreocupado y alegre; nuestra única pena era no tener hijos. De pronto mi marido enfermó de cáncer del pulmón. En mi desesperación me dediqué a orar, esforzándome por recuperar lo perdido, pero la oración, por tanto tiempo relegada al olvido, me parecía vacía. Después de varios meses, largos y angustiosos, Godofredo murió. Entonces mi



plegaria constante fue: "¡Ayúdame, Dios mío, a soportar esta soledad y desesperación!"

De nuevo me pareció que sólo el eco devolvía mis oraciones y, sin atender el bondadoso consejo de nuestro párroco, en mi amargura y desolación traté de marchar sola, pero a cada paso me hundía más profundamente en el egoísmo del dolor reprimido.

A lo largo de mi senda solitaria me encontré con otras personas que también padecían. Aquéllos cuya fe era fuerte recobraron el valor y la esperanza. Pero otros, como yo, seguíamos extraviados, vacilantes. Conocí a un hombre que había perdido su único hijo, a una viuda mucho mayor que yo, a una jovencita cuyos padres perecieron en un incendio. Todos comentábamos que habíamos pedido ayuda a Dios para soportar la separación, sin que nada ocurriera. "¿Por qué escucha Él otras oraciones, pero nunca las nuestras?" nos preguntábamos.

No me di cuenta de cuán grande era mi error hasta una noche helada de diciembre, 16 meses después de la muerte de mi marido. Me encontraba entonces en Londres, adonde había ido a buscar trabajo para escapar de obsesionantes recuerdos. En un principio, la busca de un empleo me tuvo tan ocupada que no me quedó mucho tiempo para pensar en el pasado; pero, dos semanas después de mi llegada, el hecho de haberme encontrado por casualidad con una persona que había mantenido relaciones comerciales con Godofredo renovó todo el antiguo dolor por la pérdida sufrida. Incapaz de soportar la soledad de mi aposento, vagué durante horas por las calles. Comenzaba a anochecer, y con la oscuridad llegó la niebla. Un reloj distante daba las ocho cuando salí de Old Brompton Road y me dirigí hacia Queensgate. Allí, casi oculta por la bruma, descubrí una iglesia cuyas puertas estaban abiertas. La antigua plegaria me volvió a los labios: "¡Ayúdame, Dios mío, ayúdame!" Entré en el templo, sin esperanzas.

La iglesia era pequeña, fría y húmeda, y estaba iluminada tan sólo por tres velas vacilantes. En la penumbra se vislumbraban las filas de bancos. Mientras yo permanecía de pie, indecisa, súbitos sollozos rompieron el silencio, los sollozos bruscos y atormentados de un hombre.

Mi primera reacción fue de miedo, y me volví para huir. Pero esos sollozos ahogados, tan llenos de dolor, me detuvieron en la puerta. A pesar mío avancé casi a tientas por la oscura nave lateral hacia el sitio de donde provenían, hasta que vi una persona acurrucada en un banco. Poniéndole tímidamente la mano en el hombro, murmuré:

—¿Puedo ayudarle en algo?

El desconocido levantó la cabeza. Era joven, tenía el rostro anguloso y el cabello rubio.

—Ha muerto —dijo con voz dura—. ¡Mi esposa ha muerto!

Me senté a su lado. Evidentemente no esperaba contestación alguna, pero comenzó a hablarme en un murmullo entrecortado, como si yo fuera una amiga. Unos pocos años antes, había venido de Australia con su esposa. Si bien su salario de empleado era mezquino, y su departamento resultaba demasiado pequeño desde la llegada de un hijo, su vida había estado llena de amor y felicidad hasta que su mujer murió dos meses atrás. Me habló de los interminables días y de las noches de insomnio que había pasado desde entonces.

—No sé cómo seguir viviendo sin ella —repetía angustiado—. Oro para tener valor, mas las cosas empeoran cada día. La gente ha sido amable, pero . . .

Se interrumpió repentinamente. Mientras yo trataba de extraer del vacío de mi propio corazón algunas frases de aliento, él habló de nuevo, y sus palabras constituyeron una revelación súbita para mí.

—¡Todos han sido tan bondadosos conmigo! El matrimonio que se hizo cargo del bebé, los vecinos a quienes antes no conocía y que insisten en que coma con ellos todas las noches, los compañeros de la oficina . . . Dios ha contestado mi ruego a través de toda esa gente. Pero yo no escuchaba.

Pero yo no escuchaba. Fue como si esas palabras abrieran una puerta en mi espíritu. Yo también había pedido ayuda, mas esperaba alguna solución dramática que borrara milagrosamente el dolor de la pérdida sufrida. Cuando eso no ocurrió (¿y cómo podría haber ocurrido?) me alejé de Dios, diciéndome que Él no había escuchado mis oraciones. Sin embargo, y no obstante haberle vuelto la espalda, Él había contestado mi súplica, y yo lo habría comprendido así si hubiera sabido escuchar.

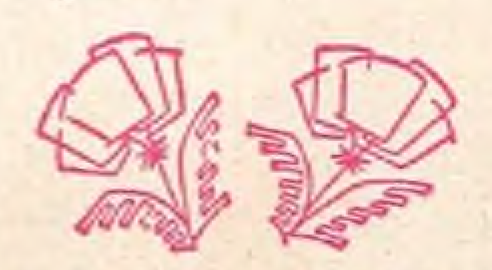
Sentada junto a ese desconocido, recorrí con el pensamiento los largos meses anteriores. Mi médico me había enviado a pasar las primeras semanas a la playa para que pudiera descansar. No bien los otros huéspedes del pequeño hotel descubrieron que yo acababa de enviudar, me rodearon como un pequeño ejército de amigos, decididos a no dejarme sola. Me obligaron a nadar, a bucear, a compartir sus paseos en bicicleta. Ni una sola vez se me ocurrió que su cálida amistad podía ser una respuesta a la plegaria que yo elevaba a Dios: "¡Ayúdame a soportar esta soledad y desesperación!"

Durante mi vida de casada nunca desempeñé un empleo, y se me dijo que debido a mi falta de experiencia me sería difícil conseguir uno. Sin embargo, y justamente cuando más lo necesitaba, me encontré con una señora que casualmente mencionó una vacante que existía en la redacción de una revista. Me presenté y fui aceptada, cosa que yo califiqué de feliz coincidencia.

La primera Navidad sin Godofredo, tres matrimonios que yo apenas conocía me invitaron a pa-

sar ese día con ellos. Mis vecinos observaban con atención mi estado de ánimo, y si advertían signos de que mi depresión aumentaba, me obligaban a compartir sus vidas. La secretaria del editor para el que trabajaba, dedicó parte de su tiempo libre a ponerme al corriente de mis obligaciones, y llegó hasta corregir mi mala ortografía. ¡He hallado tanta gente buena!

Y esa noche el destino había reunido a dos extraños en una pequeña iglesia vacía de Londres, para que ambos descubrieran juntos cuál es en realidad la forma en que Dios contesta las oraciones. No se trata de un don milagroso de valor y esperanza, ni de una panacea sobrenatural que cure los males del espíritu. Ese apoyo se advierte en las pequeñas cosas: en el calor de la amistad que reconforta el ánimo desfalleciente, en el alivio del corazón adolorido al compartir la alegría ajena, en la bondad de un extraño que ilumina un día. Ésta es, pues, la manera como Dios nos ayuda a soportar las desgracias y a rehacernos.



Anales policiacos

Un automovilista avanzaba por la calle en un anticuado coche cuando un guardia de tráfico lo detuvo. Inquieto, se acercó al borde de la acera y miró con aire perplejo al uniformado. Pero éste lo tranquilizó explicándole: "No se asuste. Lo único que quería era acordarme de cómo se siente al pisar un estribo de éstos".

— *Tribune*, de Chicago

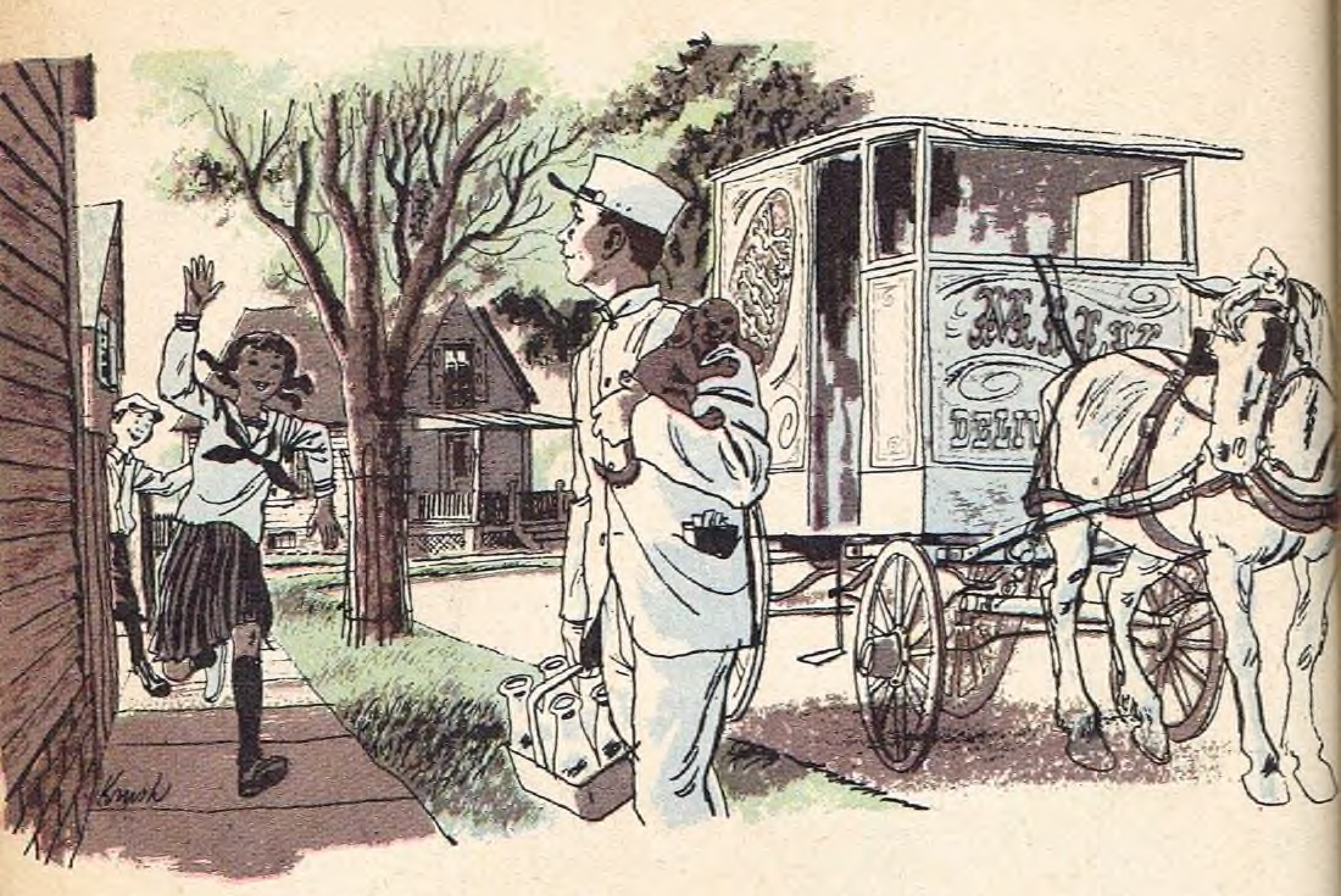
Un médico viajaba a excesiva velocidad en su automóvil por la carretera, cuando lo alcanzó un coche de la patrulla de policía. Comprendiendo que iban a detenerlo, se le ocurrió una estratagema: agitó su estetoscopio por la ventanilla de modo que lo vieran sus perseguidores. Éstos, suponiendo que el doctor acudía a una llamada urgente, se limitaron a saludarlo amablemente y lo dejaron seguir adelante.

Pero no acaba aquí la historia. Pocos días después, en la misma carretera, el médico reconoció a los guardias de aquella patrulla que al pasar junto a su auto y dejarlo atrás, agitaron por la ventanilla un par de significativas esposas de acero.

— *Evening Chronicle*, de Newcastle (Inglaterra)

Íbamos a llegar tarde a la iglesia y le pedimos al guardia de tráfico que nos dijera dónde podíamos estacionarnos, a lo que replicó evangélicamente: "Busca y hallarás".

— J. Q. S.



Trasformación y decadencia del perro

¿Qué se hicieron los canes sin genealogías, libres como el aire, que abundaban ayer? Hoy el perro se vende . . . *¡y lo compran!*

Por Janet Agle

Condensado de "Family Weekly"

El perro moderno es sin duda resultado de prolongada evolución, aunque hasta hace poquísimo tiempo no había caído yo en la cuenta de ello.

En casa nos las arreglamos 15 años o cosa así con nuestro perro Frijolito. Mas un buen día, por no querer convencerse que no estaba ya para semejantes trotes, pereció en una riña que sostuvo con otros aspirantes a los favores de una pe-

rra. Lo enterramos con gran ceremonia y lamentamos su desaparición por un número razonable de días, pasados los cuales hubo que pensar en el problema que se presenta en toda casa donde no hay perro: ¿Qué hacemos con los huesos que sobran? A todos nos pareció que era menester hacernos de otro Frijolito. Y entonces fue cuando caí en la cuenta de la situación a que ha llegado el mundo canino. Porque ¿saben ustedes lo que hay que hacer hoy para conseguir un perro? Pues, casi nada: ¡hay que pagar dinero por él!

En otro tiempo eran los mismos perros los que se las ingeniaban para conseguir casa y comida. A la persona deseosa de tener perro le bastaba elegir entre varios aspirantes a ese beneficio. Con dejar unos cuantos huesos a la puerta de casa había para que hormigueasen allí los aspirantes; o si había mucha prisa en conseguir perro, se le hablaba de ello al lechero, con la seguridad de que a la mañana siguiente entregaría, junto con las botellas de leche, el perro deseado. Todo lechero sabía dónde se podrían hallar canes vagabundos.

Por lo general no era menester valerse del lechero; los perros andariegos acudían a nuestra puerta en procesión casi constante. Si cualquiera de ellos nos caía en gracia, con llamarlo, ponerle nombre y tenerlo unos días a prueba, estaba todo hecho. Si el perro no nos convenía, lo poníamos de nuevo en la calle, y negocio concluído. Existía a este respecto un convenio tácito entre perros y hombres, de modo que unos y otros sabían de antemano a qué atenerse.

Al perro se le recibía con el compromiso de alimentarlo con las sobras de la comida o de facilitarle el acceso a los botes de la basura del vecindario. Para vivienda tendría la perrera, o a falta de ésta, el hueco de la escalera. El perro tenía la obligación de vigilar para que los rateros no se llevasen los cubiertos de plata u otros objetos valiosos; dar la alarma en caso de incendio; tener a raya a buhoneros y demás vendedores ambulantes, y apartar a los niños de la familia de cualquier peligro.

Para el perro que se colase en la cocina pidiendo hospedaje regía en casa, digámoslo así, el código de papá. No podíamos hacer otra cosa que darle al can una palmadita cariñosa en la cabeza acompañada de la amable pero firme invitación a marcharse por donde vino. Nada de exclamaciones compasivas si el intruso estaba tiritando de frío; ni tampoco de ayes lastimeros si parecía que las costillas fuesen a salírsele del pellejo. Eso sí, en cuanto papá volvía la espalda, allá corría mamá, con los chicos a la zaga, hacia la puerta de la cocina en busca del intruso, diciendo:

—¡Pobrecito animal! Está muerto de frío. Ea, lo dejaremos entrar por un instante mientras le damos un poco de leche tibia.

El *instante* solía prolongarse. En los primeros días siguientes a esa

prolongación había que andar con mucho tiento a fin de evitar que papá echase a la calle al que de intruso había ascendido a huésped. Pasado esto, tocaba al propio can, lo mismo que a cualquiera de nosotros, portarse como era debido para no caer en desgracia.

Como ninguno de los perros que tuvimos en casa fue comprado, nunca nos pareció que el perro fuese propiedad nuestra. Era un animal que vivía en nuestra casa, lo cual es muy distinto. En aquella época regía la libre empresa tanto para hombres como para perros; y aunque ya existía el perrero municipal, estaba éste considerado por sus conciudadanos como algo intermedio entre el recaudador de contribuciones y el verdugo. No es de extrañar que el perrero mostrase poco entusiasmo en el cumplimiento de sus obligaciones; hasta cabe suponer que él, lo mismo que el resto de la población, juzgase que había algo de vergonzoso en su oficio.

Reconozcamos por lo pronto que la libertad de que disfrutaban los perros en aquella época era ciertamente gloriosa. Si perseguían a los gatos, a éstos y a nadie más atañía la cuestión. Podía el perro revolcarse en lo que le diese la gana, aunque las probabilidades de que lo dejasen volver a entrar en la casa dependían del lugar que hubiera elegido para revolcarse. (El derecho del perro a no bañarse era universalmente respetado en aquella época.) Le era permitido al can comer cuanto se le antojase; a nadie se le habría ocurrido pensar que porque una ardilla muerta no fuese manjar apetitoso para el hombre tuviera necesariamente que dejar de serlo para el perro. No se le pedían cuentas del modo como empleaba el tiempo; si quería pasar una semana entera corriendo tras una dulcinea perruna, allá él. Igualmente podía irse de noche o de día a callejear con los amigotes, o acompañarlos a dar un paseo por el bosque. En resumen: llevaba con entusiasmo y orgullo una vida de perro, y se ganaba con ello nuestro respeto.

Por comparación, la suerte del perro moderno resulta patética. Es éste un ser falto en absoluto de dignidad. Lleva al cuello un collar o una cadena de los que pende una placa; tiene genealogía; se enferma a menudo. En vez de comer sobras, o lo que se le antoje, es esclavo de una dieta científicamente equilibrada. Una vez al año cuando menos lo llevan a que el veterinario le haga un examen general. En lugar de llamarlo Sultán o Guardiana, le encajan un nombre exótico, o tan impropio, caninamente hablando, como el de Eustacio o Carola. Como al resto de los mortales, les parece a estos canes que la perrera es símbolo de ignominia; duermen en su propia cama, cuando no en la del amo; viven, o mejor dicho, vegetan entre cuatro paredes, lo cual los obliga a no alborotar, a limpiarse las patas en la alfombrilla de la entrada antes de poner pie en la casa, y a someterse a que los bañen. Han de tolerar la compañía de gatos, lo-



Es muy importante el jabón para la blancura final de su ropa!

Por eso recomiendan ***Rinso*** *los fabricantes de los más famosos lavarropas.*

CON RINSO Ud. LAVA MAS BLANCO!

ros, peces de colores o cualquier otro descrédito de la Naturaleza convertido en animal doméstico. Deben elegir cuidadosamente sus amistades entre perros de pura raza, bien educados y libres de pulgas. "Es más que un perro: es casi una persona", dice muy orondo el amo de este can infeliz.

En cierta ocasión se dijo de nosotros —injustamente y sin asomo de verdad— que teníamos un perro así. Se trataba de Germánico, un perro de pastor alemán al cual acusaron varios de nuestros amigos de que quería darse tono. En realidad, jamás le pasó a Germánico por el pensamiento que él fuese casi una persona. Lo único que hacía era jugar con nosotros al béisbol. Podía atrapar la pelota mejor que nadie y pasarla a otro jugador. Algunos equipos rivales protestaron, alegando que Germánico se propasaba al ocupar un puesto que no le correspondía.

—El béisbol es para *personas* —afirmaron ellos.

—¿Y dónde está la regla que prohibe que jueguen los perros? —les replicó mi hermano.

Así pues, siguió jugando Germánico . . . hasta que su entusiasmo lo perdió, pues quería ayudar a nuestro equipo mediante el sencillo expediente de sujetar las pantorrillas de los corredores del equipo contrario con los dientes. No tuvimos entonces más remedio que someternos al juicio de la opinión pública y excluir a Germánico del béisbol.

Aunque ya existían en aquella época las sociedades caninas y los criadores de perros que velaban celosamente por que hubiese ejemplares de pura raza, de clara genealogía e impecables en todo sentido, no acababa de calar en nosotros el verdadero alcance de todo esto. Sí, claro, habíamos oído hablar de ello, pero como de algo ajeno de un medio como el nuestro, en el cual no se daban importancia los perros, ni nadie se la daba a ellos. No se les pedía que fuesen ejemplares hermosos de conformidad con el prototipo de esta o de aquella casta. La primera persona que les echaba un vistazo a los recién nacidos cachorros y a la madre solía determinar la raza a que pertenecían; si en opinión de esa persona eran cachorros de perro de pastor escocés, eso eran para toda la vida. Por otra parte, una perra animada de un espíritu caprichoso podía dar cachorros de pastor escocés en una camada y echar al mundo perritos salchichas en otra.

Bien, hoy estamos mejor informados acerca de la actual situación del mundo canino. Cuando a raíz de la sensible desaparición de Frijolito decidimos en casa hacernos de otro perro, hablé del asunto con el lechero. Grande fue mi sorpresa al oírle decir que en todo el recorrido que hacía diariamente no había visto un solo perro sin dueño. Agregó, sin embargo, que la señora Blanco tenía varios cachorros de más. Llamé por teléfono a la señora Blanco.

—Trescientos dólares los machos y 250 las hembras —me dijo ella.

—Trescientos dólares . . . Mire usted, señora, lo que yo quiero es un perro.

—Y eso es precisamente lo que yo le ofrezco a usted: perritos jabalineros africanos, una raza rarísima y muy apreciada —me advirtió con cierta sequedad.

Le dije yo entonces que un perro cazador de jabalíes, y por añadidura de África, no hallaría donde lucir sus habilidades en nuestro vecindario. Ese mismo día empecé a escribir o a telefonear a los que anunciaban que tenían perros en venta. Supe así que por unos 500 dólares podía comprarme un perro de la raza que se me antojase, con árbol genealógico y documentos que respaldasen su autenticidad.

Preferí apelar al antiguo procedimiento y dejé a la puerta de casa unos cuantos huesos en calidad de anuncio para perros sin domicilio. En tres días, el único que acudió fue un perro de aguas que lucía un collar de cuero rojo y exhalaba una leve fragancia a Chanel número 5. Sucesivos ensayos me convencieron de que en los tiempos que corren hasta el más modesto perrillo tiene collar, chapa, domicilio y horas fijas para comer, hacer ejercicio e irse a la cama.

Estoy decidida a no *comprar* un perro ni aunque me lo vendan a plazos. Me parece a mí que comprar un perro es convertirlo en una pertenencia; en algo en que se ha invertido dinero. Siendo así, me desvelaría si mi perro pasara una noche fuera de casa. Haría que le extirpasen las amígdalas. No lo dejaría retozar con otros perros por miedo a que le estropeasen el pelaje. Si mi perro se internara en el monte en pos de un venado, yo me iría en pos de mi perro a fin de evitar que se extraviase en la espesura y no supiera cómo volver a casa. Al poco tiempo de cuidarlo de esa manera, el animalito quedaría hecho un manojo de nervios, le daría por morder a las visitas y yo tendría que calmarlo abrazándome a él y preguntándole qué habían hecho mis amistades para que él se portase de esa manera.

—Eustacio es tan impresionable. No hay que culparlo. Es *casi* una persona —les diría yo después a las visitas.



Charlas y parlas

LÁGRIMAS: la fuerza hidráulica con que la mujer vence la fuerza de voluntad del hombre. (*Register*, de East Dubuque, Illinois) ... Las mujeres son un problema, pero un problema con el cual a los hombres les encanta luchar. (E. W.) ... La adolescencia es aquella época de la vida en que el muchacho observa que la muchacha observa que él la observa. (*Today's Crosswords*)

METRECAL

Un nuevo concepto en materia de peso y dieta.

De resonante éxito en los EE. UU. y Europa, Metrecal es un medio natural y camprobado para resolver estos problemas.

Metrecal no contiene drogras. Cuatro vasos diarios de Metrecal, tomados en sustitución de toda otra comida, constituyen una alimentación completa que proporciona los elementos necesarios para una nutrición normal que permite reducir la silueta sin peligro. Metrecal puede también tomarse alternando con comidas corrientes para mantener el peso deseado.

Por contener en su fórmula proteínas de soja importada, Metrecal, a la vez que reduce la silueta, da una sensación de plenitud al satisfacer el apetito.

Metrecal se presenta en tres agradables sabores: chocolate, vainilla y naranja. Permite además agregar saborizantes no calóricos como ser: café, extracto de frutas, etc.



Edward Dalton Co.
División de
Mead Johnson International Ltd.

Tambien disponible en la R.O.U. Perú y Colombia

LA RISA,
remedio infalible

La estrella de una comedia musical de gran éxito, previendo una larga temporada, tomó en alquiler un piso elegante que hizo pintar y amueblar con todo lujo. Al pintor, como aliciente adicional, lo obsequió con dos asientos en la tercera fila, al centro, localidades que casi era imposible conseguir.

El primer día del mes siguiente la gran actriz se quedó de una pieza al ver en la cuenta del pintor esta partida: "Cuatro horas extra, para ver cantar y bailar a la patrona —$36". —B. C.

Samuel, que había acumulado una pingüe fortuna en el negocio del vestido, estaba disfrutando unas espléndidas vacaciones, practicando el recién aprendido deporte del buceo.

Una tarde, equipado con su visera, aletas, tanque de oxígeno, etcétera, nadaba tranquilamente en aguas azul-verdosas, cuando con gran sorpresa alcanzó a divisar a alguien que pataleaba enérgicamente. Era Max, su competidor en el negocio de los vestidos, ataviado apenas con traje de baño.

—¡Max! —le gritó—. ¿Qué haces tú aquí, así?

—¿Pues qué crees que estoy haciendo? —repuso el otro—. *¡Me estoy ahogando*, naturalmente! —E. K. H.

En un lugar de veraneo, una chica escasamente ataviada entró en un establecimiento y dijo a la empleada:

—Estoy aquí de vacaciones y quisiera conocer a algunos residentes del lugar. ¿Me podría decir cómo encontrarlos?

—¡No faltaba más! —dijo la empleada sin titubear—. Vaya usted al correo y fíjese en la gente que entra y sale. Los que van vestidos son de aquí. — Sra. W. W. G.

Un sargento de la fuerza aérea norteamericana, trasladado recientemente de Madrid, iba conduciendo su coche por Washington. Al atravesar una calle, otro auto se pasó la luz roja y fue a estrellarse contra el suyo.

Aturdido, el militar se apeó para contemplar, con tristeza, los restos del vehículo. Díjole al otro conductor:

—Durante tres años estuve guiando este mismo coche por el alocado tráfico de Madrid, y jamás me le hicieron el menor rasguño. Y ahora . . . apenas regreso a la patria me lo desbaratan. ¿Se puede saber qué trataba usted de hacer?

El otro, que lo miraba con extrañeza, dijo en buen español:

—Perdone, no entiendo el inglés.

—G. T. G.

LA ACTRIZ Marilyn Monroe, que daba una función para los infantes de marina de Camp Pendleton, decía con una sonrisa a su enorme auditorio: "No sé por qué a los jóvenes les llama tanto la atención una muchacha que lleve suéter. Se lo quita y ¿qué le queda?"

—Del libro *Marilyn Monroe*, de Maurice Zolotow. (Editores: Harcourt, Brace)

EN UNA recepción diplomática celebrada recientemente en Washington, una dama del partido demócrata, que había estado fuera de la capital desde la época de Truman, saludó a una señora del partido republicano, y murmuró algo así como que le causaba placer volver a verla después de ocho años.

"Ah, sí", repuso la dama republicana, "no me acordaba de su fisonomía, pero el vestido sí lo recuerdo".

—C. S.

¿SABEN ustedes el cuento del sujeto que entró en una tienda de artículos de segunda mano para comprar un segundero para su reloj?

— *World and Press*, de Alemania

EL NUEVO sacerdote, hombre sencillo y apacible, venía a encargarse de una parroquia en que muchos residentes criaban y mantenían caballos de carreras. A las pocas semanas, uno de los feligreses le pidió que aplicara las oraciones de los fieles por la salud de Lucía Gray. El cura lo hizo de buena voluntad, y hasta con gusto. Al cuarto domingo, el que había hecho la petición le notificó que ya no hacía falta rezar más por Lucía Gray.

—¿Qué pasó? —preguntó alarmado el clérigo—. ¿Ha muerto?

—No. Es que ya ganó la carrera.

— *Florida Times-Union*, de Jacksonville

EN LA clase de religión del jardín infantil esperaban la visita del párroco a la semana siguiente y la maestra se esmeraba en preparar a la clase para la magna ocasión. Cuando el cura preguntase "¿Quién hizo al hombre?" uno solo de los niños, Juanito, debía responder: "A mí me hizo Dios". El resto de los alumnos debía guardar absoluto silencio.

El día de la visita todo había salido a pedir de boca, hasta que el sacerdote formuló la esperada pregunta:

—Puede decirme alguno de vosotros ¿quién hizo al hombre?

Reinó en la sala un inquietante silencio. El cura repitió la pregunta. Nadie contestaba.

Al fin una niñita pecosa, pelirroja, levantó la mano para decir con cierta timidez:

—El niño que hizo Dios no pudo venir porque está con sarampión.

—J. M

¡LA VITAMINA ESPECIFICA PARA SU CABELLO!

A una edad temprana todas las personas tienen buen cabello y en muchas éste es hermoso. Raramente se piensa que en gran número de casos comienzan a manifestarse muy pronto las deficiencias del cuero cabelludo; caída de cabello, caspa, seborrea, calvicie prematura, etc.

Hasta hace poco se dudaba seriamente de que estos trastornos fueran evitables, pero en fecha reciente un descubrimiento transformó esa duda... en algo posible. En los laboratorios de F. Hoffmann-La Roche & Cía. de Basilea, Suiza, se descubrió un ingrediente que impide la seborrea y la pérdida del cabello y que favorece la formación de una atrayente cabellera en aquellos casos en que la caída de éste es provocada por ciertas deficiencias del cuero cabelludo.

Tal ingrediente es una vitamina del complejo B que ejerce una acción específica sobre el cuero cabelludo. Su descubrimiento ha permitido la fabricación de PANTEN, el primer tónico capilar vitamínico del mundo.

PANTEN penetra profundamente, llegando hasta la raíz del cabello y otorgándole nueva **FUERZA VITAL.** Usado regularmente, PANTEN elimina la CASPA y la SEBORREA, asegurando cabellos sanos y vigorosos. PANTEN tiene un perfume muy agradable.

PANTEN se vende en farmacias y perfumerías en 3 tipos - para cabello seco, para cabello grasoso y para cabello canoso (AZUL) -, y en frascos de 90 y 180 c.c.

Millones de mujeres y hombres en 143 países confían en PANTEN. Hágalo Ud. también!



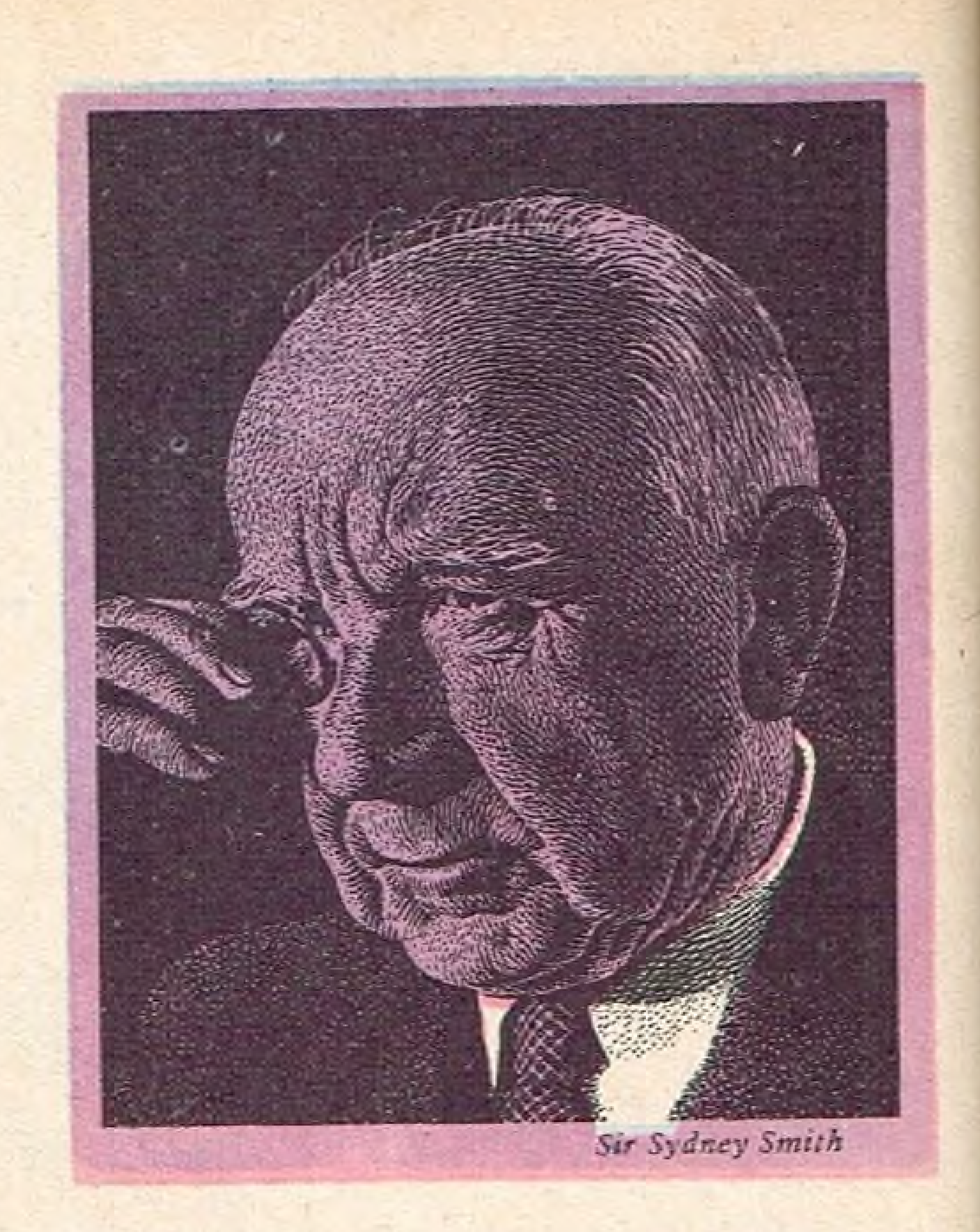
FUERZA VITAL

PARA SU CABELLO!



LOCION CAPILAR **VITAMINIZADA.**

Siguiendo los pasos del héroe de Conan Doyle, el gran detective inglés Sir Sydney Smith ha demostrado a menudo que los crímenes reales pueden ser más fascinantes que las novelas policiacas.


Sir Sydney Smith

Sherlock Holmes de carne y hueso

Por James Stewart-Gordon

COMO PARTE de su labor rutinaria de la mañana, el joven médico forense del ministerio de Justicia en El Cairo, recibio de manos del ordenanza un paquete lacrado que contenía tres huesos pequeños. El informe policial que lo acompañaba explicaba que habían sido descubiertos en el fondo de un pozo agotado. "Parecen pertenecer a algún animal que hubiera caído en el pozo tiempo atrás —añadía—, pero le agradeceríamos los estudie por si llega a una conclusión diferente".

Poco después el médico, un neozelandés pequeño y rubicundo llamado Sydney Smith, anunciaba el resultado de su examen:

—Corresponden al cuerpo de una mujer muerta hace alrededor de

tres meses, de 23 a 25 años de edad, que había tenido por lo menos un embarazo, renqueaba al caminar y fue herida con un proyectil de escopeta, de fabricación casera. Murió de siete a diez días después.

Un funcionario policial preguntó con tono sarcástico:

—¿Cree usted que podría decirnos el color de sus ojos?

El Dr. Smith se quitó el inseparable monóculo y respondió muy serio:

—Pardos, probablemente.

Con esos datos, la policía realizó una investigación y comprobó con asombro que una joven egipcia, delgada y renga, que tenía un hijito, había desaparecido tres meses antes. En el curso de las pesquisas fue arrestado el padre de la mujer y confesó que había herido a ésta de muerte por accidente, al dispararse una escopeta que estaba limpiando. Cuando se preguntó al Dr. Smith cómo era posible que hubiera sacado tanto en limpio de tres huesos solamente, dijo que la cosa había sido muy fácil; en realidad, elemental.

Dos de los huesos pertenecían a la cadera, el tercero era un sacro y juntos formaban una pelvis. Su estado denotaba el sexo, la edad y el hecho de que la mujer había sido madre. Además, uno era más pesado que el similar del otro lado, lo cual indicaba que aquélla era coja. En uno de ellos estaba incrustado un proyectil de escopeta, de manufactura casera, y los bordes del orificio mostraban el comienzo de un proceso de soldadura, lo cual probaba que la víctima había vivido aún varios días.

¿Y los ojos pardos? El médico contestó riendo entre dientes:

—Pues, probablemente era egipcia, y como ustedes saben, las egipcias tienen ojos pardos.

Con este caso, ocurrido hace cuarenta años, Sir Sydney Smith empezó a adquirir la sólida reputación de que goza actualmente como perito en la materia y padre del moderno laboratorio de investigación criminal. Y si hay en él mucho que recuerda a Sherlock Holmes, el gran detective de novela, no se debe por cierto a una mera coincidencia. En su autobiografía, publicada recientemente, Sir Sydney dice:

"En nuestros días, la investigación del delito es una ciencia . . . No siempre fue así, empero, y el cambio se debe en gran parte a Sherlock Holmes. Su creador, Conan Doyle, tuvo el privilegio raro y casi único de ver que la vida convertía en realidad lo que su fantasía había soñado".

El paralelismo entre la realidad y la ficción es aquí asombrosamente estrecho. Tanto Sherlock Holmes como su encarnación viviente, Sir Sydney, salieron de la Universidad de Edimburgo. Sir Arthur Conan Doyle tomó al Dr. Joseph Bell, profesor de la misma universidad, como modelo para trazar la figura del mago de Baker Street y un colega del Dr. Bell, Harvey Littlejohn, fue profesor de Sydney Smith.

Más todavía: Sir Sydney ha sido

profesor, decano de la Facultad de Medicina y rector de la Universidad de Edimburgo. A su prodigiosa labor como detective se debe que hoy, a los 78 años de edad y casi jubilado, reciba cartas de funcionarios policiales de todo el mundo que le plantean sus problemas. La medicina forense, que es su especialidad, constituye como un puente entre la medicina y el derecho, y en ella recae la tarea de determinar, mediante análisis de laboratorio, qué valor tienen los elementos de juicio que reúne la policía.

Poco después de ser llamado del Cairo para ocupar la cátedra en Edimburgo, Sir Sydney recibió la visita de un joven sargento de investigaciones, Guillermo Merrilees, que le llevó un pequeño trozo de cuero, no mayor que una uña. Era el único rastro dejado por el ladrón que acababa de forzar una caja fuerte. El médico lo sometió a examen en el microscopio y en la pantalla radioscópica, así como al análisis químico, y por fin dijo:

—El cuero pertenece a un zapato negro de hombre, medida 42, fabricado en Inglaterra y con unos dos años de uso, y quien lo llevaba puesto había andado poco antes por un terreno regado con cal.

Con estos datos, Merrilees se dirigió a una taberna de Edimburgo que sabía frecuentada por maleantes, se encaró con un hombre del que sospechaba y le preguntó a boca de jarro:

—¿Qué has estado haciendo por un campo de cal?

—He estado ayudando a mi anciano padre en su granja —respondió el otro con la mansedumbre de un santo varón.

—Pues con la información que me ha dado el profesor Smith, me parece que voy a meter en chirona a tu padre también —repuso Merrilees.

El sargento llevó el sujeto al puesto policial y envió uno de sus zapatos a Sir Sydney, quien comprobó que de él procedía el fragmento hallado. Confrontado con la prueba, el ladrón confesó, no sin añadir muy disgustado:

—No hay derecho para andarle fisgando a uno su vida privada con un microscopio.

Sir Sydney Smith nació en 1883 en Roxburgh (Nueva Zelandia). Era hijo de un buscador de oro y después de una adolescencia de aventuras en las regiones selváticas, trabajó tres años como farmacéutico y fue a estudiar medicina a Edimburgo. Una vez graduado instaló su consultorio, pero apenas lo hizo, ocurrió algo que le movió a cerrarlo para siempre. En medio de la noche llamó a su puerta un joven agricultor, y le pidió fuera a ver a su mujer que estaba encinta y había caído enferma. Al llegar a la granja, Smith encontró a la muchacha con intensos dolores y una fiebre altísima; no podía hablar, pero abrió los ojos, tendió la mano y con gran esfuerzo logró asir la del médico. Smith examinó a la enferma y comprendió que ni él ni nadie podía hacer nada por salvar-

la. Entonces, lleno de dolor y abatimiento, se limitó a tenerle la mano hasta que al amanecer murió.

Su impotencia ante la muerte de la joven le impresionó mucho. Llegó a la conclusión de que tal vez no tenía temperamento para ser médico y escribió a la Universidad de Edimburgo para solicitar un puesto de profesor. El único que había era el de ayudante en el departamento de medicina forense, con un sueldo de 50 libras esterlinas por año. Smith no vaciló y la tarde siguiente partió para la capital escocesa.

Poco antes de terminar la primera guerra mundial, en que se incorporó a las fuerzas neozelandesas, supo que se necesitaba en Egipto un especialista en medicina forense para organizar el laboratorio de la policía; pidió el cargo y fue nombrado.

Egipto resultó un paraíso para él, al menos desde el punto de vista profesional. Cada año quedaban sin aclararse alrededor de mil delitos, entre ellos una ola de asesinatos políticos desatada poco después del año 1920. Sir Sydney creó la ciencia de la balística forense, merced a la cual se ha podido establecer que todos los proyectiles disparados con un arma determinada tienen ciertas características tan inconfundibles como las huellas digitales humanas.

Los terroristas, ansiosos por derrocar el gobierno, habían iniciado una ola de crímenes en gran escala. Constantemente, cuando los oficiales ingleses o los egipcios que colaboraban con el gobierno aparecían en público, eran acribillados a balazos. Los asesinos, mezclados entre la multitud que bullía por las calles del Cairo, vaciaban sus pistolas sobre su víctima y escapaban. Aunque la policía conocía bien a los componentes de las bandas que cometían los atentados, su identificación parecía imposible hasta que Smith se puso a la tarea de analizar las balas extraídas de los cadáveres en la autopsia así como las cápsulas vacías recogidas por la policía.

Descubrió que, fuera de toda duda, las balas de todos los asesinatos procedían de las mismas pistolas: una Colt, una Browning y una Máuser, todas calibre 32.

—Si ustedes encuentran las armas —dijo a sus superiores—, yo puedo probar que las balas utilizadas en los crímenes fueron disparadas con ellas.

Y más tarde una bochornosa mañana de noviembre de 1924 se produjo con dramática rapidez un hecho que, además de probar el acierto de Smith, lo hizo famoso de la noche a la mañana. El gobernador general británico del Sudán, Sir Lee Stack, volvía en automóvil a su residencia después de presidir una ceremonia oficial, cuando dos hombres se le aproximaron de pronto e hicieron fuego a quemarropa sobre él.

Al día siguiente murió Stack y al llevarse Smith las balas homicidas a su laboratorio y examinarlas bajo el microscopio, comprobó que eran iguales hasta en el menor de-

talle a las usadas en crímenes anteriores.

La policía arrestó a varios sospechosos, pero las armas no aparecían por ninguna parte. En eso, un agente que interrogaba a dos hermanos golpeó involuntariamente con el pie un cesto de frutas. Bajo una cascada de dátiles aparecieron dos pistolas, una Colt y Browning la otra.

Cuando estuvieron en su poder las armas, Sir Sydney hizo fuego con la Colt sobre un fardo de algodón, del que luego extrajo las balas, las puso en la platina del microscopio, las tanteó con una sonda de cirujano e irguiéndose, dijo a los policías:

—Señores, con esta pistola fue asesinado Sir Lee Stack.

Una vez los acusados ante los tribunales, el fiscal preguntó al Dr. Smith:

—¿Puede usted verdaderamente afirmar que ésta es sin la menor duda la pistola con que fueron hechos los disparos?

—Sí, señor —respondió el médico.

Llevó a la audiencia sus aparatos, expuso la forma en que había hecho sus experimentos y las comparaciones en que basaba su afirmación y cuando terminó, el juez preguntó al defensor de los acusados si deseaba interrogar al perito.

Hubo un momento de silencio. El defensor se puso de pie, miró al Dr. Smith, a las pistolas, las balas y las gráficas demostrativas, y meneó lentamente la cabeza. No tenía ninguna pregunta que hacer: la prueba

aportada por el perito era irrefutable.

La repercusión del proceso fue enorme. De todas partes del mundo llovieron preguntas sobre "esa nueva ciencia". Poco tiempo después el Dr. Smith recibía por telegrama el ofrecimiento de la cátedra en Edimburgo.

Sus clases llenaban el aula de oyentes y como él tenía bastantes dotes de actor, se deleitaba en utilizar como ejemplos para sus lecciones los casos más recientes en que le tocara actuar. Una tarde que llegaba directamente de la sala del tribunal a su estrado de profesor, anunció:

—El tema de hoy será la facultad de observación. Acabo de presenciar la condena de un asesino en un caso que por poco no llegó a los tribunales. El oficial de policía que intervino me aseguró que se trataba de un suicidio. El muerto había sido hallado en su granja, con la cabeza medio destrozada, la gorra puesta y su escopeta apoyada contra el brazo. Yo le dije: "Este es un asesinato, pues nadie podría volarse la cabeza de un disparo y luego ponerse la gorra. Además, si da vuelta al cadáver observará que los fondillos de los pantalones tienen restos de hierba, lo cual indica que este hombre fue arrastrado desde la puerta de la casa hasta allí. Puedo añadirle que ya estaba muerto cuando le hicieron el disparo de escopeta; lo mataron con un hacha, de un golpe como éste" . . .

Y al decir estas palabras, Smith

tomó un hacha que tenía detrás del pupitre, la alzó sobre su cabeza y la hundió con terrible fuerza en el dintel de la puerta, en medio de una estruendosa ovación.

Según la opinión de Sir Sydney, nunca hubo un crimen perfecto.

—Lo que sí hay a veces —añade—, es una observación imperfecta. Ninguna persona puede entrar en un lugar ni salir de él sin dejar rastros tan reveladores como las huellas digitales. Encuéntrense esos rastros y se tendrá a la persona buscada.

En sus horas libres, Sir Sydney ha logrado escribir uno de los libros de texto más sobresalientes sobre medicina forense, que ha sido traducido a doce idiomas; ha escrito su autobiografía, titulada *Mostly Murder*; se ha hecho famoso en Edimburgo como narrador de cuentos y aventuras; juega al golf, se ocupa de su familia (tiene una hija que es doctora en el Canadá y un hijo que figura entre los mejores poetas escoceses modernos); se interesa mucho por la botánica, y vuelca un entusiasmo de muchacho en todo lo que hace, desde juzgar la calidad de un jerez hasta componer versos libres. En esta época de especialización, Sir Sydney es único. Al igual que Sherlock Holmes, es especialista en todo.



No empujen

Rótulo para atraer clientes a un viaje en góndola, en Venecia: "Se invita a una excursión íntima, a la luz de la luna, por los canales de Venecia. Mitad de precio a grupos de más de 70".

—Citado en *Der Stern* (Alemania)

El tiro por la culata

Una dulcería de París accedió a proporcionar almendras garapiñadas como parte de los trastos para una obra dramática en el Teatro Marigny, con la condición de que en los programas se dijera: "Las almendras son de la dulcería Martial".

Una serie de misteriosas llamadas telefónicas indujo al encargado de la casa Martial a asistir a una función de la obra y así descubrió que Lord Arthur envenenaba a Lady Clementine precisamente con esas almendras.

Paris-Presse

•

Para ganar una apuesta, un señor aseguró contra incendio una caja de puros y se los fumó. Luego pidió que le pagaran la póliza, aduciendo que se habían quemado. La empresa de seguros pagó el importe de la póliza, pero hizo detener al individuo por incendiario. —H. G.

Jabón Sanacutis Lanolizado limpia, suaviza y perfuma toda su piel más que ningún otro jabón!

Cambie hoy mismo su jabón de tocador común por el fino Jabón Sanacutis "lanolizado". Compare su precio, su calidad... y su perfume! Dé a su piel la suavidad y el perfume que sólo puede darle Jabón Sanacutis, el único jabón "lanolizado", más fino y perfumado que ningún otro... porque hasta ahora jamás existió un jabón igual!

10-3164



JABON

Sanacutis

LANOLIZADO

EL JABON FINO QUE LIMPIA, SUAVIZA Y PERFUMA MAS QUE NINGUN OTRO JABON

BEBA POCO PERO BUENO

El coñac es la más simple y a la vez la más noble de las bebidas. • Los conocedores lo beben con respeto pues bien saben los cuidados que requiere su elaboración. • Las excepcionales condiciones que reúne **COÑAC OTARD-DUPUY** son: esmerada selección de vinos blancos, destilación por el método Charentais y paciente añejamiento en cascos de roble importado. • **OTARD-DUPUY**, con control oficial, certifica la edad en sus etiquetas. • **OTARD-DUPUY** se enorgullece de poseer el mayor stock de coñac en añejamiento en la República Argentina: **COÑAC OTARD - DUPUY**, añejo, más de 3 años, **COÑAC OTARD-DUPUY** Reserva San Juan – Extrañejo, más de 6 años.

OTARD-DUPUY



Informe sobre Vietnam

Ya es algo tarde, pero tal vez no demasiado tarde, para salvar al Asia sudoriental.

Condensado de "Time"

TODAS las noches, furtivas bandas de guerrilleros comunistas vestidos con el negro atavío de los campesinos, o llevando desteñidos uniformes caquis, se deslizan en silencio a lo largo de los senderos selváticos de Vietnam del Sur para proseguir su criminal misión. Recientemente en la carretera de Banmethuot, una partida de ellos acechaba agazapada entre las sombras a dos miembros de la Asamblea Nacional que se acercaban en su *jeep*. De repente, a una señal de su jefe, los rojos cayeron sobre ellos y en pocos segundos los dos funcionarios habían muerto.

Se trata de una guerra traidora y desconcertante. Los vietcong, nombre que se da a los comunistas de Vietnam, están en todas partes. Arrojan granadas en las aldeas aisladas de los arrozales del sur, y siembran la inquietud entre las tribus fronterizas que habitan las mesetas del norte. Vietnam del Norte, que es comunista, los provee de pertrechos y de soldados, que atraviesan a Laos siguiendo la ruta secreta de Ho Chi Minh. Esta continua ofensiva tiene por objeto alcanzar un rico botín.

El Premio. Curvándose como un camarón en torno a la península indochina, Vietnam del Sur se extiende con 1500 kilómetros de costa bañada por el mar de la China. No lejos del extremo sur está el puerto y ciudad de Saigón, donde ricos exportadores comercian en arroz, caucho, té, canela y copra, que llegan a los diques provenientes de las plantaciones vecinas. La tierra negra y profunda del delta figura entre las más fértiles del mundo y podría producir todavía más si hubiera buenos caminos y si se cultivara con métodos modernos.

Vietnam (Tierra del Sur) ha atraído desde hace mucho a los conquistadores. Los chinos llegaron allí dos siglos antes de la era cristiana y permanecieron mil años. Los fran-

ceses, que se instalaron en el país en el siglo XIX, abrieron caminos, tendieron líneas férreas a través de la selva, introdujeron el cultivo del árbol del caucho y aumentaron la superficie sembrada de arroz, todo en beneficio de París. Desde que se fueron, en 1955, los comunistas han estado hostigando el país.

La lucha es salvaje. Sólo en los primeros siete meses de 1961, los muertos de ambos bandos sumaron 2500. Al abandonar el Occidente su posición en Laos, la mayor parte de las zonas que se extienden a lo largo de la frontera de Vietnam del Sur cayeron en poder del Pathet Lao comunista y la ruta de Ho Chi Minh se ha convertido en una brecha por la cual llegan sin cesar refuerzos. Ya los comunistas se apresuran a aumentar los campamentos y hasta construyen pistas de aterrizaje en el sur de Laos, destinadas a la creciente ofensiva contra el hostigado ejército de 150.000 hombres de Vietnam del Sur.

La Decisión. Ante ese desafío comunista, los Estados Unidos han tomado una decisión importante: defender a Vietnam del Sur a toda costa. La precaria situación de Laos dejó expuestas las fronteras de otras dos naciones a la amenaza comunista: Tailandia y Camboya. Ambas observarán por tanto con atención la conducta de los Estados Unidos en Vietnam.

Vietnam del Sur ha contado desde un principio con el apoyo de los Estados Unidos. Su gobierno profesa un anticomunismo militante y su ejército está dispuesto a luchar. Si los Estados Unidos no pueden o no quieren salvar a ese país del asalto comunista, ninguna nación asiática confiará en adelante en ellos, y la caída de todo el sudeste de Asia será sólo cosa de tiempo.

Al comprometerse a ayudar a Vietnam del Sur, los Estados Unidos se han comprometido a ayudar también a su presidente, Ngo Dinh Diem. Este hombre de 60 años, rechoncho y terco, no sólo gobierna sino que también dirige la guerra y todas las actividades de Vietnam del Sur desde el macizo escritorio que posee en el Palacio de la Libertad, un edificio amarillo de estuco situado en Saigón. El presidente Diem, que desde hace mucho tiene a los comunistas en su frontera, nunca ha cometido el error de creerlos amigos. Desde mucho antes de la segunda guerra mundial Diem ya luchaba contra los comunistas de su país. Al terminar la contienda éstos lo arrestaron a él y mataron a su hermano.

No discuta. Ngo Dinh Diem creció en una atmósfera de latente resentimiento contra los franceses. Hijo de un mandarín culto, estudió leyes y administración pública en la escuela local francesa. Más tarde fue nombrado administrador de distrito.

Mientras tanto, el joven comunista de Vietnam Ho Chi Minh había formado en China su "Liga Revolucionaria de Jóvenes Vietnameses", y enviaba al sur agitadores encargados de hacer propaganda. Esto



También, como siempre, la loción para después de afeitarse de mayor venta en el mundo ... la tradicional Aqua Velva amarilla.



ocurría alrededor de 1925, y ya entonces Diem era un nacionalista ferviente, pero le disgustaba la actitud violenta de los extremistas. Comenzó a arrestar a los comunistas locales y trató de poner en guardia a las autoridades francesas contra el peligro comunista, mas éstas no prestaron atención a sus avisos ni a sus insistentes pedidos de que se mejoraran las condiciones de vida de los campesinos. Cuando le fue ofrecida la cartera de ministro de lo Interior, Diem pidió garantías de que en la nueva legislatura prometida, los franceses permitieran que los nacionalistas estuvieran ampliamente representados.

—Usted tiene un carácter difícil —se le dijo—. Acepte el puesto y no discuta tanto.

En vista de que no se entendía con los franceses, Diem permaneció casi completamente alejado de la política a partir de 1930 y durante la segunda guerra mundial. En 1946, cuando los comunistas de Ho Chi Minh iniciaron la guerra de Indochina, los franceses le ofrecieron su apoyo para que se constituyera en jefe de un gobierno provisional, mas se lo retiraron al pedir él que

Vietnam fuera elevado a la categoría de dominio. Entonces Diem se marchó a los Estados Unidos. En Washington trató de interesar a las autoridades en la causa de la independencia de Vietnam, pero los Estados Unidos no podían actuar en contra de los franceses, sus aliados, que a la sazón estaban empeñados en una lucha mortífera. Descorazonado, Diem partió para Europa.

Un independiente. En 1954 ocurrió el desastre de Dienbienphu. Los franceses, vencidos, necesitaban hacer la paz sin pérdida de tiempo, y buscaban con desesperación un "independiente" que acaso pudiera salvar algo. Diem entró entonces en discusiones con Bao Dai, el joven emperador títere que llevaba una vida indolente en la Riviera. A la postre, el gobierno francés autorizó a Bao Dai a que aceptara la demanda básica de Diem: independencia para Vietnam.

La tierra que iba a gobernar Diem, devastada por la guerra, casi no podía llamarse una nación. Dos meses después de haber sido él designado primer ministro, el país fue dividido en dos en Ginebra, pues los franceses, extenuados y descorazonados, accedieron a entregar el Norte a los comunistas. Este arreglo dejó al amputado Sur limitado a su solo esfuerzo. La economía estaba en las últimas. Diem carecía de una organización civil eficiente, y ni siquiera podía confiar en la lealtad del ejército pues su comandante en jefe, el general Nguyen Van Hinh, había estudiado bajo los franceses y conspiraba para apoderarse del gobierno. Una pandilla, la célebre Binh Xuyen, dirigía la policía del país a raíz de una "concesión" que había comprado a Bao Dai por un millón de dólares.

Se acaban las pandillas. En esa crisis, Diem obtuvo poca ayuda de los franceses, pero los Estados Unidos lo apoyaron decididamente. El enviado especial norteamericano informó sin rodeos al general Hinh que los Estados Unidos no darían auxilio alguno al ejército si se oponía al Primer Ministro. Cuando llegó el momento decisivo, Hinh huyó y se refugió en Francia.

Una vez que tuvo el ejército de su parte, Diem pudo hacer frente a la Binh Xuyen. Clausuró los fumaderos de opio, los garitos y los burdeles, fuentes de ingreso para la pandilla, y luego combatió a los bandidos por medio de la fuerza armada. En octubre de 1955 se proclamó la República de Vietnam del Sur, y Diem se convirtió en su primer presidente.

Lo que ha logrado este hombre es impresionante. Ha combatido a los comunistas 16 horas diarias durante siete años, y en ese lapso ha construído una nación sobre las ruinas dejadas por la guerra indochina. Las exportaciones de arroz se han cuadruplicado y las reservas monetarias están en un punto alto. También se le debe un programa de reformas agrarias que ha tenido éxito, arrendamientos más bajos para los campesinos, y el rápido desarrollo de la industria ligera. Con

TODO EL AÑO...
Y A TODA HORA!

DELEITESE SABOREANDO

EL RIQUISIMO JUGO

PURO 100 x 100

DE NARANJA O POMELO



Siempre es buen momento para beber un vaso de jugo puro de naranja o pomelo! No exprima la fruta! Beba y sirva Jugo de Naranja o Pomelo PINDAPOY, Es refrescante, nutritivo y delicioso. Imparte vigor, alegrías de vivir!

El Jugo Puro de Naranja o Pomelo PINDAPOY es rico en Vitamina "C"

Todas las mañanas, antes del desayuno, y cada vez que sienta sed, saboree un vaso de rico Jugo Puro de Naranja o Pomelo PINDAPOY Es la más rica fuente natural de Vitamina "C". Además es rico en otras vitaminas y minerales esenciales. No contiene agua y conserva no menos del 98 % del contenido total de Vitamina "C" del jugo recién exprimido.

LA VITAMINA "C" NO SE ALMACENA EN EL ORGANISMO. UN VASO DE JUGO PURO PINDAPOY CUBRE LA CUOTA DIARIA QUE EL MISMO NECESITA.

PINDAPOY

AHORA ENVASADO EN PRACTICAS LATAS

Pindapoy

AHORA ENVASADO EN PRÁCTICAS LATAS



la ayuda de los Estados Unidos ha construído una red de carreteras, sistemas de riego, fábricas de electricidad y líneas férreas.

Sin embargo, a Diem no se le podría llamar un verdadero demócrata. Dirige al país a su manera, y sólo acepta consejo de unos cuantos ayudantes y de su familia, que es muy unida. Aunque existe una constitución democrática y se permiten elecciones, éstas están siempre cuidadosamente vigiladas.

Diem no ha conseguido todavía atraerse a los campesinos de los lugares remotos. Una cuarta parte de las aldeas está en manos de los guerrilleros comunistas, y a menudo esta sumisión es más voluntaria que forzada. Cientos de miles de ciudadanos de Vietnam del Sur no ven aún en los rebeldes a comunistas, sino a patriotas que continúan la batalla nacionalista comenzada contra los franceses. Para ellos, los Estados Unidos están tratando únicamente de ocupar el lugar de los antiguos amos franceses. Por desgracia, muy a menudo Diem tiene más en cuenta la lealtad personal que la eficiencia al nombrar a ciertas autoridades locales, las que a veces se aprovechan de su posición para extorsionar a los campesinos y encarcelar comerciantes con el fin de conseguir rescates.

Los Estados Unidos, preocupados por los métodos autocráticos con que Diem gobierna esa nación inestable, tratan de hacerle cambiar de política, mas temen por otra parte que se les acuse de "entremeterse en

los asuntos del país". Hasta ahora Diem se había negado tenazmente a seguir los consejos de los Estados Unidos sobre la forma en que debía tratar a sus compatriotas, pero la lección de Laos y la reciente actitud del gobierno norteamericano parecen haber modificado su postura.

Desde el punto de vista militar, la ayuda de los Estados Unidos no podría ser más eficaz. Está encargado de las operaciones en esa zona Sterling Cottrell, diplomático de carrera, que cuenta 47 años de edad. Cottrell está decidido a emplear métodos contundentes para detener a los comunistas, y trabaja en colaboración con el general de brigada Eduardo Lansdale, especialista en guerra de guerrillas, quien ayudó a Magsaysay a derrotar a los huks en las Filipinas.

Bajo el nuevo plan se proveerá de armas modernas al Cuerpo de Defensa, compuesto por guardas aldeanos que actualmente usan garrotes y antiguos mosquetes. La Guardia Civil, policía armada auxiliar, será aumentada al doble, para que con el tiempo pueda hacerse cargo de muchas de las defensas estáticas que actualmente distraen a parte del ejército. Los Estados Unidos desean también que se adiestre a las tropas cada vez más en las tácticas furtivas que usa el Vietcong.

Los instructores militares de los Estados Unidos han enseñado ya a 6500 soldados nativos a emplear las nuevas tácticas Ranger, destinadas a desconcertar a los guerrilleros. Ocho nuevas compañías Ranger

aprenden en Nhatrang los secretos de este arte: trepan acantilados, marchan sin hacer ruido por entre las malezas de la selva y atacan velozmente. La vereda de Ho Chi Minh ya se ve recorrida en ambas direcciones, pues patrullas Ranger invaden Vietnam del Norte para hacer probar a Ho su propia medicina.

Los soldados de Vietnam también aprenden lecciones de sicología: se les enseña que no deben matar los cerdos de los campesinos ni violar a sus hijas, pues los desmanes de las tropas constituyen una de las principales quejas que tienen los aldeanos contra el gobierno. A fin de unir las poblaciones y darles la impresión de que están en contacto con Saigón, las aldeas dispondrán de trasmisores de radio que les permitan informar de los ataques de los guerrilleros. El Cuerpo Juvenil organizado por Diem va en aumento, y a sus miembros se les enseña a manejar los trasmisores y a actuar como un servicio secreto en todo el país.

Ya es algo tarde para salvar al Asia sudoriental y hacer retroceder a los rojos hasta más allá de sus fronteras; pero si se tiene resolución y voluntad de trabajar tenazmente, y se sigue contando con el viejo luchador anticomunista que habita el palacio amarillo de estuco, puede que no sea demasiado tarde.



Jubilaciones sin júbilo

Sir Sydney Smith, perito en medicina legal, alude así a su jubilación: "Antes de retirarse de una profesión, se propone uno realizar toda clase de planes, pero ya retirado, la mayor parte del tiempo se le va en diferirlos y al fin adopta un sistema destinado a posponer un plan tras otro, el cual ocupa todo el tiempo disponible". —M. C. P.

Un ex-ferrocarrilero, octogenario, no se ha retirado mental ni sentimentalmente de su profesión. Desde su casa, cercana a la vía ferroviaria, se dedica a contar los vagones de cada tren de carga que pasa. Cierto domingo se fue a una merienda campestre con toda la familia. Como su hijo notara que no hacía caso de un convoy que pasaba no lejos de ahí, le preguntó por qué no contaba los vagones. A lo que el veterano replicó: "Los domingos no trabajo".

—*Tribune*, de Minneapolis

El día en que mi tío anunció que se jubilaba, mi tía recibió una tarjeta de condolencia firmada por un grupo de amigas. No entendió el sentido del mensaje hasta que se dio cuenta de que todas las firmantes eran esposas de profesionales jubilados. —Sra. M. A.

La esperanza es vida

Por Manuel Komroff • *Condensado del libro**

No son las grandes expectativas las que hacen la vida interesante, sino las pequeñas. Y mientras las primeras están generalmente en manos del destino, las segundas dependen de mí y yo las puedo controlar.

El lector se reiría si le contase las cosas tontas que espero en este momento. Aguardo la llegada de unas camisas nuevas, y tengo la seguridad de que estarán aquí hoy o mañana. También compré un molinillo de café y lo instalé en la cocina, pues indudablemente el café recién molido sabe mucho mejor; mañana temprano lo probaré. Asimismo espero un paquete de herramientas que encargué hace una semana. Cuando lleguen, ensayaré las sierras y llaves en algo que deseo hacer en casa.

Espero recibir pronto noticias de un amigo de California y de otro de Inglaterra, con referencia a un pequeño negocio que tenemos entre manos. También deberán llegar otras cartas, que aguardo con curiosidad. La expectativa me domina a tal punto que me levanto temprano cada mañana para recibir el correo. Ninguna de esas cartas es trascendental, pero todas contribuyen a dar mayor interés a la vida.

Casi he olvidado dos cosas importantes: Mis vecinos del campo tienen una yegua Shetland y están esperando un potro, mas aún no sé si ha nacido. Y ando en busca de un frasco de barniz para mi caña de pescar. Cuando se posee una caña buena, conviene cuidarla y mantenerla en perfecto estado. Aunque ansío atrapar un pez grande, la sola perspectiva de ir a pescar basta para alegrarme.

La esperanza es vida. Es ésta una regla que, al menos en mi caso, da buen resultado. A veces me absorbe tanto mi trabajo que olvido las pequeñas cosas, mas si procedo así tengo poco que esperar, y me doy cuenta de que soy más feliz cuando espero mucho. Entonces doy pábulo a las expectativas.

En el mundo hay más cosas pequeñas que grandes, y yo creo que la verdadera felicidad se encuentra en las primeras, especialmente en aquéllas que se hacen desear, o sea en las pequeñas expectativas.

"Articles from Good Housekeeping", © 1943 por Hearst Corp.



Exploradores del átomo

A medida que la industria de la energía atómica va llegando a la mayoría de edad, necesita todos los trabajadores inteligentes y entusiastas que pueda obtener, de todos los niveles de educación y experiencia.

Por Robert O'Brien



L ESTALLAR la primera bomba atómica el 16 de julio de 1945 cerca de Alamogordo (Nuevo Méjico), el amanecer del desierto se vio opacado por el terrible resplandor de aquel sol hecho por el hombre. La nube radiactiva en forma de seta que se elevaba 13 kilómetros hacia el cielo anunciaba el alborear de la era atómica. Hoy la producción y perfeccionamiento de la energía nuclear constituye en los Estados Unidos una pujante industria en la que se llevan invertidos más de 25.000 millones de dólares y que proporciona empleo a más de 200.000 personas.

Esos individuos forman un ejército entusiasta de hombres y mujeres altamente preparados: mineros de casco metálico que excavan mineral de uranio en las mesetas de Colorado; científicos nucleares que ponen a funcionar desintegradores de átomos en los laboratorios de Brookhaven y Berkeley; ingenieros mecánicos, albañiles, soldadores y fontaneros que construyen reactores atómicos en Minnesota y en Puerto Rico; médicos, biólogos y especialistas que se valen del átomo para luchar contra las enfermedades y dolencias humanas, mientras los ingenieros de aerodinámica sueñan con motores nucleares que algún día impulsarán hasta Marte una nave espacial.

En una gira que hice recientemente por algunas de las principales instalaciones atómicas de los Estados Unidos, hablé con muchas de esas personas, desde jóvenes operarios de reactores que hace pocos años salieron de la escuela de enseñanza secundaria hasta físicos nucleares poseedores de tres diplomas

universitarios. Todos tienen la sensación de que están profundamente comprometidos en algo nuevo, grande: una fuerza tremenda que trae consigo enormes responsabilidades pero que anuncia las maravillas que están por venir.

El rápido crecimiento de esta nueva y gigantesca industria ha afectado profundamente la vida norteamericana. El año pasado la sola Comisión de Energía Atómica gastó 2735 millones de dólares para la producción de materiales y armas atómicas, el perfeccionamiento de reactores nucleares y otras obras relacionadas con éstos. Hay florecientes poblaciones, como Oak Ridge, en Tenesí, y Richland, en el estado de Washington, que viven de las instalaciones y los laboratorios de energía atómica.

Las relucientes cúpulas de los reactores para producir energía eléctrica forman ya parte del panorama en los suburbios de Chicago, Detroit, Pittsburgo y otras extensas zonas metropolitanas. Dentro de unos cinco a diez años, estos reactores y otros que están actualmente en proyecto o en construcción en un programa que costará 700 millones de dólares, producirán suficiente electricidad para dar abasto a las necesidades de ocho millones de personas.

Los radioisótopos, sustancias bombardeadas en los reactores con neutrones de uranio 235 hasta volverlas radiactivas, están usándose en miles de hospitales, laboratorios y fábricas para descubrir y tratar enfermedades, aumentar la producción de las granjas y mejorar docenas de productos básicos, desde anillos de émbolos hasta pinturas.

¿Quiénes son los trabajadores que emplea la energía atómica? Un reciente estudio estadístico que comprendió a unos 126.000 trabajadores empleados en 158 de las principales instalaciones contratadas por la Comisión de Energía Atómica, mostró que 24.600 de ellos, o sea un 20 por ciento, son ingenieros y científicos. Los ingenieros son principalmente especialistas en los ramos de la mecánica, la electricidad, la electrónica y la química, mientras que los científicos son en su mayoría especialistas en física, química, matemáticas y metalurgia. Más de la mitad de los ingenieros, y más de ocho de cada diez científicos, se dedican a la investigación y perfeccionamiento de métodos y aparatos.

Hay además 24.000 obreros especializados (mecánicos, operadores de equipo para procesos químicos, soldadores, etc.) y unos 14.600 técnicos, la mayoría educados en escuelas secundarias, institutos técnicos o colegios universitarios, y con adiestramiento práctico en el trabajo. Los demás trabajadores se emplean en actividades administrativas, minería, producción de combustible atómico y otros ramos de la industria.

Sean cuales fueren sus ocupaciones, estas personas las consideran como una actividad de gran trascendencia. En el Laboratorio Nacional de Oak Ridge vi a un apues-

Acción es vida. ¡Reténgala en película!

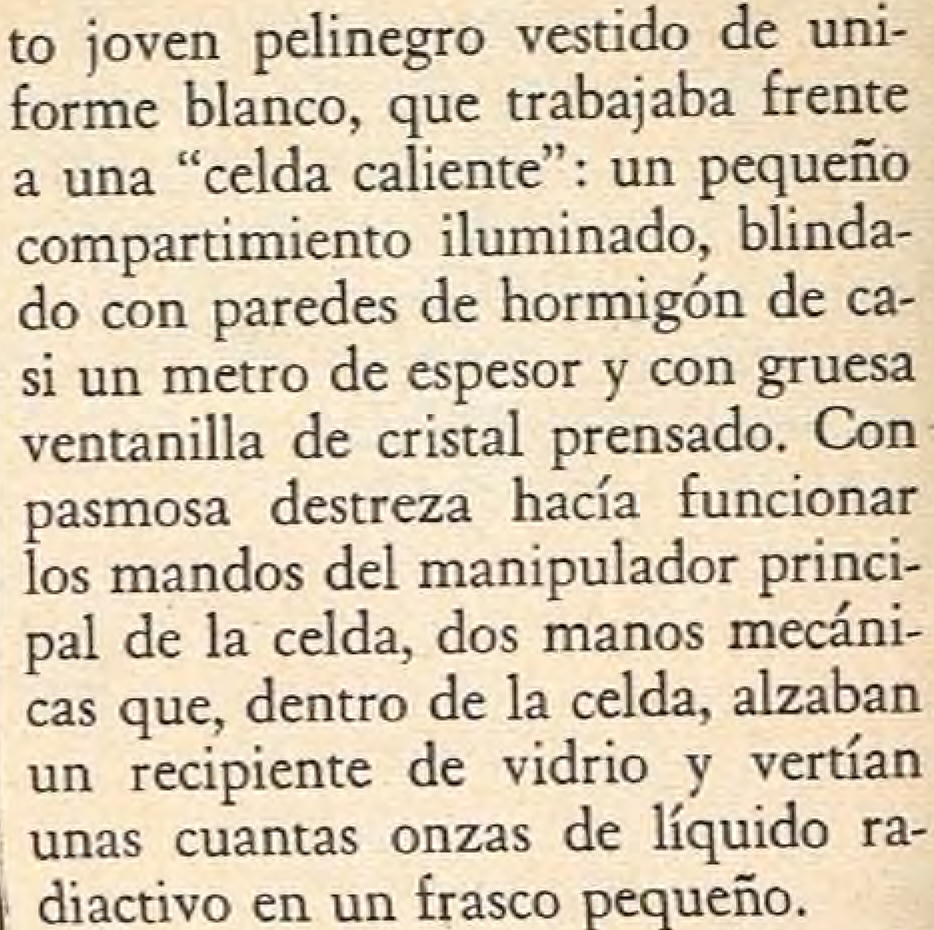
"Recuerdas sus primeros chapoteos...?"

ólo la magia del cine puede brindarle a Ud. l permanente regalo de la infancia de sus hijos, ernizada en toda la vívida sugestión del moimiento y el color! Ahora, para grabar sus ecuerdos con la máxima exactitud, a Ud. le onviene usar la **Nueva** Película en color odachrome **II** que, por su **doble velocidad** mejor **saturación de colores,** le proporcioará una **insuperable nitidez** en la captación e escenas al aire libre o en interiores.





Pídasela hoy mismo al revendedor Kodak más cercano.



to joven pelinegro vestido de uniforme blanco, que trabajaba frente a una "celda caliente": un pequeño compartimiento iluminado, blindado con paredes de hormigón de casi un metro de espesor y con gruesa ventanilla de cristal prensado. Con pasmosa destreza hacía funcionar los mandos del manipulador principal de la celda, dos manos mecánicas que, dentro de la celda, alzaban un recipiente de vidrio y vertían unas cuantas onzas de líquido radiactivo en un frasco pequeño.

Después de servir tres años en la marina, había trabajado como guardalíneas de telégrafos y teléfonos y luego como soldador. En la sección de isótopos de Oak Ridge había comenzado en la sala de despachos y luego había sido seleccionado para recibir adiestramiento especial como técnico químico. "Los radioisótopos con que trabajo se emplean en la terapia del cáncer y en la investigación científica —me dijo— y esto me hace sentir que mi labor ayuda al prójimo".

En el Laboratorio Científico de la Comisión de Energía Atómica en Los Álamos, una dama vivaz de unos 60 años ayuda a manejar un potente reactor atómico del tipo de agua a presión. "No fue para mí cosa fácil aprender el manejo de un reactor —dice—. No tenía ni asomo de preparación para estas faenas, pero es un trabajo maravilloso y deseo permanecer en él lo más que pueda".

Un químico de 30 años que trabaja con materiales magnéticos en

Oak Ridge, me dijo: "Lo maravilloso es que en este ramo todos los quehaceres son cosa nueva. Los jefes de cada obra nos animan a que probemos ideas originales. Entramos y salimos del laboratorio cuando nos place, pero la mayoría trabajamos de 50 a 60 horas a la semana, y hasta nos pesan las horas que dedicamos al sueño".

Es probable que para 1970 haya por lo menos 275.000 obreros de la energía atómica. Aun ahora, casi todos los ramos de la industria se quejan de la escasez de individuos preparados para hacerse cargo de las tareas docentes, la investigación científica fundamental y las operaciones industriales.

"Con toda seguridad, hay trabajo constructivo y bien remunerado para los artesanos diestros y los graduados de escuelas secundarias y preparatorias que sean capaces de desempeñar las funciones de técnicos y ayudantes de laboratorio", dice R. L. Wells, director de los servicios de personal técnico y administrativo de la Westinghouse, cuya sección de energía atómica cuenta con más de 6000 empleados. "Muchos de estos jóvenes encuentran buenas oportunidades en esta industria nueva y de rápido crecimiento. Si tienen aspiraciones, se les dará toda clase de oportunidades para que continúen su educación a fin de que puedan llegar a puestos mejor pagados y más satisfactorios".

Unos 75 colegios y universidades de los Estados Unidos conceden

ahora grados avanzados en ciencia e ingeniería nuclear. Las becas que concede la Comisión de Energía Atómica para hacer estudios superiores en institutos y universidades, y los laboratorios de dicha comisión, preparan anualmente nuevos especialistas en energía atómica. Pero éstos no alcanzan, ni con mucho, para solucionar la grave escasez de personal preparado.

Se necesitan físicos para efectuar investigación científica fundamental. Los metalúrgicos tendrán que crear nuevos materiales capaces de resistir el calor y fuerza increíbles de la fisión atómica. A los ingenieros mecánicos les tocará proyectar nuevos sistemas para trasmitir el calor. Los ingenieros electrónicos se ocuparán de idear instrumentos radicalmente nuevos para medir y analizar. La energía atómica tendrá que ser controlada y regimentada para proteger la salud del público, lo cual requerirá una nueva clase de científicos —físicos sanitarios— que protejan a los obreros de la energía atómica contra los riesgos de la irradiación, y que se ocupen de resolver los crecientes problemas que trae consigo la eliminación de los residuos radiactivos.

Una necesidad particularmente urgente es la de científicos que sean competentes en dos ramos a la vez. El Dr. Albert Crewe, físico inglés de 34 años, que tiene a su cargo la construcción de un nuevo desintegrador de átomos en Argonne, que costará 42 millones de dólares, dice: "Existe una grave escasez de personal de este tipo: ingenieros con conocimientos de física, o físicos que sepan algo de ingeniería. Las oportunidades que existen para tales individuos son ilimitadas".

Maravillas no igualadas por cuanto hayan concebido los novelistas seudocientíficos están aún por descubrir en el ramo de la energía atómica. Un científico ha dicho: "Estamos pelando una cebolla, capa por capa, y debajo de cada capa descubrimos un universo nuevo: inesperado, complicado y, a medida que lo vamos entendiendo, extrañamente bello".

Así pues, no sólo hay mucho trabajo por hacer, sino que aún faltan muchos descubrimientos que exigirán mentes de capacidad superior, de gran imaginación, arrojo y perseverancia. El gerente general de la Comisión de Energía Atómica, Alvin Luedecke, ha declarado: "No es exageración decir que la necesidad de obtener individuos adiestrados en el ramo de las artes y ciencias atómicas puede a la larga ser la más importante de todas".



Sepamos esperar

¡Cuán pobres son aquellos que no tienen paciencia! ¿Hay herida que sane de otra manera que no sea poco a poco? — Shakespeare, en *Otelo*


Otto Furrer

Mi personaje inolvidable

Por Edwin Muller

CONOCÍ A Otto Furrer el mismo día, y casi a la misma hora, en que contemplé por primera vez el Matterhorn, o monte Cervino; y así quedaron unidos en mis recuerdos uno de los grandes guías suizos y el majestuoso picacho que era parte de su vida. En Zermatt, el lugar de su nacimiento, todos lo llamaban "Matterhorn Furrer". Era probablemente el hombre que había escalado mayor número de veces la gigantesca y desafiante mole; se sabía al dedillo, según corría la voz, cuanto punto de apoyo ofrecían al pie o a la mano los casi perpendiculares riscos del picacho. Consideraba el monte un antagonista digno de respeto, que lo atraía tanto como lo amenazaba. Y la última vez que hombre y picacho se enfrentaron, fue del picacho la victoria.

En el verano de 1928 hice una excursión a pie a los Alpes. Era mi punto de destino Zermatt, el famoso centro de alpinismo, desde donde me prometía escalar la base del Matterhorn. Una noche, a hora avanzada, llegué con mi mochila a la espalda a Nicolai Thal, el valle que me acercaba al término del viaje. Me hospedé en la posada de St. Niklaus. En la mañana tomé el ferrocarril de cremallera que me dejaría en Zermatt.

Al cabo de un recorrido de varias horas, el sinuoso valle encajonado entre empinadas laderas vestidas de pinares y por el cual corre un tumultuoso arroyuelo, se ensancha de súbito y aparece el Matterhorn. Por conocida que nos sea la figura del coloso, su presencia despierta una emoción cercana al sobresalto. Hay algo de amenazador en la riscosa vertiente, en la especie de cornisa que sobresale cerca de la cima, como si lo defendiese de todo intento de hollarlo. Piensa uno al verlo en los muchos hombres a quienes la ambición de escalar la cumbre costó la vida.

En el andén de la estación de Zermatt esperaban la llegada del tren unos cuantos hombres de rostro atezado y de recia contextura. Por los rollos de cuerda y los picos que todos llevaban entendí que eran guías. Uno de ellos me saludó con un movimiento de cabeza cuando tropezaron nuestras miradas. Le eché un vistazo. Era cenceño, pernilargo, más o menos de un metro con 90 centímetros de estatura. Nunca había visto yo nadie tan ancho de espaldas. Me quedé mirándolos alternativamente a él y a la cumbre del Matterhorn.

—¿La escalaremos, eh? —me dijo sonriendo.

Me cayó en gracia el timbre de la voz y la actitud del hombre.

—Otto Furrer —dijo él haciendo su propia presentación a tiempo que con alegre presteza se echaba al hombro mi equipaje.

Tomamos por la calle principal en dirección al Monte Rosa. En ese hotel se habían planeado buen número de las ascensiones al Matterhorn, entre ellas, la memorable que en 1865 fue la primera en escalar la cima. De los cuatro ingleses que hasta ella llegaron, solamente uno volvió.

Antes de emprender a la mañana siguiente la proyectada ascensión, Otto me llevó de compras. En una zapatería hizo agregar unos cuantos clavos a los que guarnecían la suela de mis botas de alpinista. Fuimos después a comprar una piqueta, en cuya pala hizo grabar mi nombre. Muy alegre salí llevándola bajo el brazo, como llevaba Otto la suya.

A eso de las 11 avanzábamos por herboso camino en dirección a la base del Matterhorn. Queda ésta 1675 metros sobre Zermatt. La jornada fue larga y fatigosa. Al principio anduve a paso vivo, pero Otto moderó mi ardor indicándome que adoptase el paso acompasado de los montañeses. Zigzagueando por campos de heno, dejamos atrás pintorescas aldeas de casitas de madera de alerce ennegrecida por los años. Allá arriba, en la distancia, veíamos de continuo la cúspide del Matterhorn de la cual surgía vaporoso penacho.

—Véalo cómo fuma su pipa —dijo Otto dirigiendo al gigante una mirada cariñosa—. Mañana estaremos allá.

Me estremecí de entusiasmo al oírlo.

Con las primeras sombras del

anochecer llegamos a Belvedere, pequeña posada sobre la cual señorea el formidable obelisco negro del picacho, todavía a 1200 metros de altura sobre ese lugar. El estado del tiempo, favorable para la ascensión, había atraído a la posada numerosa concurrencia. Reunidos en torno de la estufa de azulejos, los guías hablaban animadamente en su dialecto gutural cambiando ideas acerca del orden en que saldrían a la mañana siguiente los grupos que intentaban escalar el Matterhorn. Noté que la opinión de Otto era tenida en mucho por sus compañeros.

Esa noche hizo mucho frío. Me acosté vestido, mas sólo dormí a trechos. Cada vez que despertaba iba a asomarme a la ventana para contemplar el Matterhorn bañado en la luz de la luna. Vistos así, los precipicios del picacho eran aún más aterradores que a la luz del día. Hubo momentos en que casi llegué a desear que el tiempo cambiara y nos obligara a desistir de la proyectada ascensión. Dicen que muchos alpinistas, aun los más esforzados, experimentan esa misma sensación de temor en las horas anteriores al amanecer.

Otto llamó a la puerta de mi cuarto a las tres de la mañana. Nos desayunamos frugalmente con café y unas rebanadas de pan negro. Otto me afianzó bien la cuerda que nos mantendría unidos y empezamos a subir la riscosa ladera, Otto delante y yo a la zaga, avanzando con penosa lentitud.

—Ánimo y arriba, que esto no es muy pendiente —me dijo Otto.

Bueno, para mí la ladera parecía venírseme encima. Con mucho esfuerzo me izaba hasta afianzar el pie en la grieta donde antes afianzaba la mano.

—No, así no —me dijo—. Fíjese cómo hago yo.

Cualquiera hubiese creído que ascendía suspendido en el aire. Adelantaba los pies uno tras otro y sólo de cuando en cuando se ayudaba con las manos a tiempo que subía con el cuerpo apartado de la pendiente. Esta "subida compensada" es el gran secreto del alpinismo moderno.

Aunque empecé a hacerlo mejor, a menudo la pendiente era demasiado empinada para mí. Entonces le gritaba sin reparo:

—¡Hale!

Sonreía él burlonamente y con un vigoroso tirón de la cuerda me llevaba un trecho vertiente arriba.

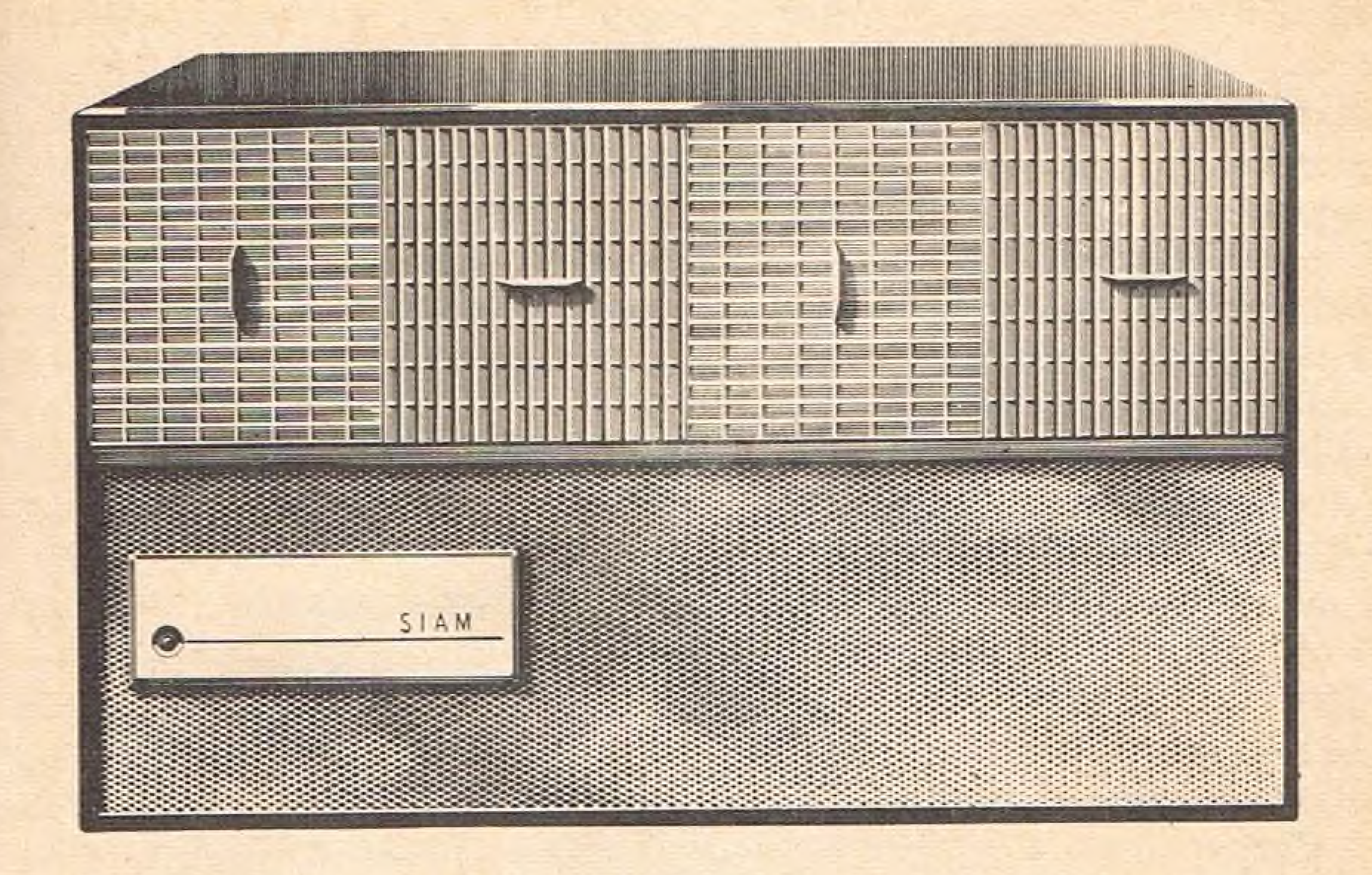
A veces me encontraba abierto de brazos y piernas contra un risco, sin saber en dónde afirmar pie ni mano para seguir subiendo.

—Un metro a la derecha —me decía Otto desde arriba, sin siquiera volver a mirar; y al buscar yo el asidero, lo encontraba precisamente en el lugar indicado.

A las cuatro horas estábamos cerca de la cumbre del Matterhorn.

Forma ésta una angosta plataforma de 4482 metros de altitud. El tramo final de la subida ofrece poca dificultad relativamente. Cuando estábamos a punto de llegar, Otto se apartó para que fuese yo el


aire sano
aire regulado
aire deshumedecido
aire filtrado
aire renovado
MOBILAIRE SIAM



El Mobilaire SIAM es fácil de instalar... y fácil de transportar. Posee cuatro rejillas regulables, con las cuales se controla a voluntad la dirección de salida del aire, hacia cuatro orientaciones distintas Su potente equipo blindado no requiere lubricación ni engrase; prácticamente, tampoco servicio mecánico. Regula adecuadamente la temperatura del ambiente, durante el verano y el invierno, y controla el porcentaje de humedad, que es enviada al exterior de las habitaciones.

primero en coronar la cima. Mientras erguidos en ella saboreábamos el triunfo, Otto me estrechó la mano y lanzó con voz vibrante un típico *yodel* de victoria. ¡Yo había escalado el Matterhorn!

Antes de emprender el descenso, Otto me invitó a que nos asomásemos al borde del precipicio que cae al valle de Valtournanche, en Italia. Miré hacia abajo y aparté al instante la vista. Más allá de ese abismo, al que se derrama en vertiginosa caída el Matterhorn, divisé el verdeante valle italiano en que blanquean como casitas de muñeca las viviendas. Pensé que a buen seguro ningún hombre habría intentado siquiera escalar una vertiente tan aterradora, cuando reparé en la cuerda que, afianzada a poca distancia del borde del precipio, descendía hacia el fondo del abismo. La habían puesto allí los guías italianos.

—Por esa cuerda se baja —me aseguró Otto. Se trataba efectivamente del famoso descenso hacia Italia, en el cual han perdido tantos hombres la vida. Sacudió la cabeza y agregó: "No me gusta". Acaso presentía oscuramente lo que el mañana le reservaba.

Encaminándonos a la vertiente del lado de Zermatt dimos principio al descenso. Cerca del anochecer pasamos por Belvedere. Llegados al Monte Rosa, nos despedimos con un cordial apretón de manos. Le bailaba a él la malicia en los ojos cuando me dijo:

—Algún día lo veremos a usted hecho todo un montañés, *Mein Herr*.

En los años siguientes escalé, llevando siempre a Otto por guía, varios picachos del gran cinturón de montañas que rodea a Zermatt. Uno de esos picachos fue el Zinal Rothorn, que emula al Matterhorn con la desafiante escabrosidad de sus vertientes y lo majestuoso de su cumbre.

Era Otto hombre reservado, casi taciturno. Hubo ocasiones, sin embargo, en que se franqueó conmigo. Un día que hicimos alto para merendar cerca de la cima del Zinal Rothorn, me contó que su padre, de quien se sentía muy orgulloso, había sido jefe de guías del distrito de Zermatt. Pasó en seguida a hablar de su familia: mujer y cuatro hijos, a quienes estaba dándoles las primeras lecciones de alpinismo. Más adelante conocí esa familia de montañeses, sanos como manzanas, que llevaba en Zermatt una existencia tranquila y dichosa. Otto era católico practicante. Más de un domingo hube de renunciar a una excursión a la montaña porque él tenía que oír su misa.

Lo que más vivamente recuerdo de Otto es el don que poseía para despertar en los demás esa fascinación que las cumbres tenían para él. Un buen guía procura siempre que su cliente esté lo más cómodo posible, pero en Otto había mucho más: su actitud para con el cliente revelaba al hombre que se complace en infundir en otros su propia pasión por el alpinismo, sus conoci-

mientos de las montañas. Antes que guía, hallaba uno en él un amigo. Así lo sentí yo, y no fui el único. En Londres, en Nueva York, dondequiera se hablase de montañismo, nunca faltaban quiénes mencionasen con elogio a Otto Furrer; y eran muchos los que llegaban a Zermatt resueltos a no contar con ningún otro guía en su temporada de alpinismo.

Entre los muchos clientes de Otto que lo fueron por mediación mía se contó Alice Kiaer. A más de ser muy aficionada al alpinismo, era notable esquiadora, y había sido directora de dos equipos olímpicos femeninos estadounidenses de esquí. Durante uno de los inviernos en que estuvo en Zermatt, invitó a Otto a St. Anton, el famoso centro austriaco de esquiadores que hay en Arlberg. Allí le presentó a Hannes Schneider, probablemente el mejor instructor de esquí de esa época. Adiestrado por Schneider, no tardó Otto en posesionarse de la técnica de Arlberg y en figurar a poco de esto entre los esquiadores de mayor nombradía. En las competencias olímpicas del invierno de 1932 en Cortina d'Ampezzo conquistó el campeonato mundial. Ganó después el Kandahar, el Parsenn y, posteriormente, las grandes carreras suizas. Más adelante dirigió en Zermatt la escuela de esquiadores, en la que instruyó personalmente a muchos de los que luego sobresalieron en este deporte.

En todos esos años, sin embargo, no había disminuído su entusiasmo por lo que siempre fue el encanto de su vida: la afición a escalar montañas; conque, dando por concluída su carrera de esquiador, volvió en Zermatt a su antiguo oficio de guía. La señora Hilda Erlanger, de Nueva York, cerró la extensa lista de las personas a quienes acompañó en excursiones de alpinismo. Habían pasado ambos la mayor parte del mes de julio de 1951 practicando el deporte en los alrededores de Zermatt. El 26 de dicho mes subieron al Matterhorn por el mismo camino en que Otto me llevara años atrás. Una vez en la cumbre, propuso Otto que efectuasen el descenso por la vertiente del Matterhorn que mira a Italia. La señora de Erlanger aceptó al instante.

Hacía un tiempo ideal. Ni una nube en el panorama que desde la cumbre se abarcaba. La señora de Erlanger dio principio al descenso a lo largo de aquella cuerda fija de la que Otto me había hablado con tan escaso entusiasmo. Sentado al borde de la vertiente, Otto iba largando poco a poco y con gran cuidado la otra cuerda que lo unía con la señora de Erlanger, que de este modo, y guiándose por la cuerda fija, tomó pie en un saliente. Empezó entonces Otto a descender a su vez.

En esto aconteció lo imprevisto. La cuerda se rompió a poca altura de donde Otto se hallaba. Cayó él 80 metros, rebotando dos veces contra la riscosa vertiente. La señora de Erlanger, amarrada con la cuerda al cuerpo del despeñado guía,

fue arrastrada 15 metros abajo, mas se salvó de la muerte al engancharse la cuerda en una roca saledіza. Los dos quedaron suspendidos sobre un precipio de 600 metros.

Otto se fracturó el cráneo y falleció a los pocos minutos, mientras que la señora de Erlanger sufrió graves lesiones y perdió el conocimiento. Un grupo de alpinistas que fueron testigos del accidente creyeron que los dos habían muerto. Bajaron la montaña y dieron aviso de la tragedia que acababa de suceder. Una partida de salvamento compuesta por guías italianos llegó al lugar de los acontecimientos durante la noche, en la creencia de que tendrían que trasportar dos cadáveres. Se quedaron de una pieza al oír los gritos que profería la señora de Erlanger, que había recobrado el conocimiento. La llevaron al pueblo de Cervinia y andando el tiempo se repuso de sus lesiones. El cadáver de Otto también fue llevado al pueblo italiano, para luego trasladarlo a la frontera suiza al día siguiente.

Todo el domingo y la mañana del lunes viajaron a Zermatt en el angosto ferrocarril de cremallera los amigos de Otto Furrer. Hubo que diferir el funeral varias horas a fin de dar tiempo a que llegasen todos los que, por la poca cabida del tren, no pudieron tomarlo en viajes anteriores. El ataúd, llevado en hombros por otros guías, fue conducido al cementerio de Zermatt en donde dormían el último sueño muchos de los que perecieron en el Matterhorn. Detrás del ataúd marchaban delegaciones de sociedades de guías y de clubs de esquiadores, las autoridades del municipio y del distrito, antiguos clientes de Otto y todos los vecinos de Zermatt. Fue el entierro una de las mayores manifestaciones de duelo que ha presenciado la pequeña población alpina.

Sobre la tumba del famoso guía desaparecido proyecta el Matterhorn su formidable sombra, al amparo de la cual duerme Otto Furrer el último sueño frente al picacho majestuoso que fue causa de su muerte después de haber sido estímulo y gozo de su vida.

Pecado de omisión

Los PLANOS arquitectónicos para el edificio de administración de la Universidad Jesuíta de San Luis (Misurí), debían ser sometidos a la aprobación de Roma, antes de iniciarse las obras. A los pocos días fueron devueltos a la institución con un solo comentario del Vaticano: *"Suntne angeli?"* que significa "¿Son ángeles?"

Los arquitectos y administradores de San Luis no acababan de entender el alcance de este comentario, hasta que por fin alguien descubrió que en los planos no se habían proyectado retretes. — W. P. B.

Qué sabemos sobre las enfermedades hereditarias

Recientes investigaciones médicas revelan que gran parte de nuestras creencias se han fundado en cuentos de viejas ... y que muchos de nuestros temores son injustificados.

Por Helen Hammons

Directora de "Eugenics Quarterly"

Condensado de "Parents' Magazine"

CUANDO el médico reveló a los Jiménez* que su primer hijo había nacido con un grave defecto cardiaco hereditario, decidieron, horrorizados, no volver a tener otro niño. "El próximo podría heredar también este defecto", dijo la señora de Jiménez. Pero, como muchos otros padres que temen las afecciones hereditarias, se equivocaba respecto a los mecanismos de la herencia.

El estudio científico de la herencia, la genética, ha avanzado a pasos agigantados en los últimos años. Los genetistas pueden hoy prever los riesgos de ciertas enfermedades y defectos que se presentan en las familias.

Los Jiménez, enviados por su médico a un especialista en la herencia, descubrieron que el riesgo de que se repitiera el defecto cardiaco de su hijo era únicamente de cinco por ciento.

Hasta hace pocos años la mayor parte de las enfermedades hereditarias se predecían conforme a los índices establecidos en el siglo XIX por el monje agustino Gregorio Mendel. La fórmula mendeliana dice que si los genes —las partículas que trasmiten la herencia— son de tipo recesivo simple en el caso de una enfermedad, el riesgo para los descendientes es de uno a cuatro. Si se trata de un gen dominante, el riesgo se eleva a uno por cada dos.

*Todos los casos comentados en este artículo son auténticos, pero los nombres son ficticios.

Hoy, por el contrario, la mayor parte de los genetistas están de acuerdo en que la mayoría de las enfermedades y defectos comunes de origen hereditario también tienen causas ambientales. Ahora se sabe que sólo las enfermedades poco comunes tienden a seguir el patrón mendeliano, mientras que en la mayoría de las afecciones hereditarias más frecuentes los riesgos son probablemente mucho menores. Además, nuestros genes pueden actuar con irregularidad y a menudo intervienen varios conjuntamente, no uno solo. En otras palabras, la herencia y el ambiente prenatal ejercen su efecto simultáneamente para producir muchas de las afecciones llamadas hereditarias.

Así, la mayoría de los defectos de nacimiento no están en absoluto predeterminados. Pueden ser el resultado de la exposición de la madre a los rayos X durante el embarazo, a mala alimentación materna, a accidentes en la matriz o durante el parto y a muchos otros factores. Por ejemplo, el pie contrahecho puede deberse a una irregularidad en el desarrollo inicial del embrión o a una afección genética. La rubéola, durante los primeros meses del embarazo, puede ser causa de defectos cardiacos, ceguera, sordera o retardo mental del niño.

Aunque muchos defectos de nacimiento casi nunca se presentan más de una vez en la progenie de los mismos padres, otras anormalidades, como por ejemplo el paladar hendido, el labio leporino, el pie contrahecho y la malformación de la columna vertebral llamada espina bífida, presentan una franca tendencia a repetirse. Por ejemplo, los genetistas calculan que el labio leporino ofrece una probabilidad de repetirse de cuatro por ciento. En el caso del pie contrahecho, el riesgo es de tres a ocho por ciento si ya nació un niño con ese defecto.*

En raras ocasiones llega a producirse una anormalidad hereditaria aunque no haya habido signos previos de ella en la familia. Tal fue el caso de los Suárez, que tuvieron la mala suerte de que un hijo suyo resultara albino. Su médico les informó que el albinismo —un extraño defecto de la pigmentación que deja blancos la piel, los ojos y el pelo— es una afección hereditaria.

Al principio se negaron a creerlo porque ya habían tenido dos niñas con color normal y no sabían que hubiese albinismo en sus familias. Pero, como se informó a los esposos Suárez, los genes recesivos suelen producir albinismo. Ambos padres deben llevar el mismo gen y trasmitirlo para que resulte un niño afectado. Los caracteres recesivos pueden permanecer ocultos durante muchas generaciones; y como la fórmula de Mendel —una en cuatro probabilidades de que haya repetición— se aplica al albinismo, no todos los hijos de ese matrimonio han de ser albinos.

---

*Cuando se presentan malformaciones, la ciencia médica puede corregirlas en muchos casos. Véase *La ciencia trabaja para los niños*, en SELECCIONES de mayo de 1961

Cualquiera que tenga dudas sobre problemas de herencia debe ver a su médico. Si éste no puede absolverlas, consultará a un genetista o enviará a éste a su enfermo.

¿Qué se sabe de las enfermedades mentales como la esquizofrenia o el síndrome maniaco depresivo? Pueden presentarse factores hereditarios en las dos. Cuando ambos padres padecen esquizofrenia, sus descendientes tienen un 50 por ciento de probabilidades de presentarla también. Porque lo más probable es que todos los hijos de padres esquizofrénicos tengan los genes que permiten que la enfermedad aparezca si la situación ambiental la favorece.

¿Se hereda el retardo mental? Sus causas constituyen todavía uno de los mayores rompecabezas de la medicina, pero ciertas formas de retardo indudablemente son heredadas.

¿Qué se sabe acerca de la personalidad y la inteligencia? Los niños propenden a parecerse a sus padres en inteligencia, pero por ahora es muy poco lo que se sabe sobre la genética de la capacidad mental para hacer predicciones precisas. Menos todavía sabemos acerca de la genética de la personalidad y el temperamento, aunque probablemente los genetistas no se sorprenderían si lo que se conoce por "la disposición neurótica" resultara trasmisible de una generación a la siguiente.

¿Pueden prevenirse las enfermedades hereditarias? Cada vez las perspectivas son más prometedoras. Por ejemplo, en el caso de la diabetes, se hereda la susceptibilidad, pero no la enfermedad misma. Es por tanto posible tomar medidas preventivas en familias susceptibles, con lo que se aumentan sus perspectivas de escapar a la enfermedad. Todo aquel que tenga antecedentes familiares de diabetes debe conservar bajo su peso y evitar la obesidad, pues el exceso de peso parece a menudo desencadenar la enfermedad. Un examen periódico puede descubrir una tolerancia anormal a la glucosa, signo de diabetes latente. Aun si la enfermedad no puede prevenirse por completo, el diagnóstico temprano y el tratamiento oportuno pueden hacer mucho para prevenir complicaciones más graves.

Otro ejemplo es la anemia perniciosa, enfermedad hereditaria que solía ser mortal, pero que hoy puede tratarse con éxito. Antes de iniciarse presenta una alteración en el jugo gástrico, de modo que los parientes de una víctima de anemia perniciosa pueden tomar medidas preventivas mediante exámenes médicos periódicos; y, si aparecen síntomas de esa alteración, puede administrarse el tratamiento antes de que se haya producido un daño irreparable.

Las perspectivas de prevenir este tipo de enfermedades "heredadas" mejorarán conforme las familias aprendan a plantear a los médicos sus problemas de herencia en lugar de ocultarlos.



EN LAS ARENAS DE DUNKERQUE

Condensado del libro de* RICHARD COLLIER



Basándose en seis años de investigación y más de un millar de entrevistas con testigos de la evacuación, Richard Collier ha reconstruído los dramáticos detalles de aquella semana memorable, hace más de 21 años, en que el derrotado ejército británico logró escapar milagrosamente del continente. Con vívidos detalles relata la infernal y caótica retirada hacia el mar, el implacable bombardeo de la Luftwaffe, el heroico comportamiento de soldados y marinos para rescatar un tercio de millón de hombres. Es una obra intensa, llena del heroísmo, el terror y hasta la ironía que marcan los acontecimientos más trascendentales de la historia moderna.

SE APAGABA el día con un silencio extraño sobre el norte de Francia. En toda la campiña cruzada de canales, semejante a un verde tablero de ajedrez, sólo se oía el ladrido de los perros hambrientos o el débil mugido de las vacas que los campesinos dejaron sin ordeñar en su precipitada huída al sur. Triste presagio de un enorme desastre militar. Los ejércitos británicos, franceses y belgas, desplega-

"The Sands of Dunkirk", © 1961 por Richard Collier. Editores: E. P. Dutton & Co., Inc., 300 Park Ave. So., Nueva York 10, N. Y.

dos en un frente de 240 kilómetros, que convergía como un semicírculo sobre el canal de la Mancha, habían quedado rendidos y atrapados por los alemanes. Y las tropas, exhaustas, rechazadas metódicamente por los *panzers* enemigos, no hacían más que empuñar sus fusiles y esperar en medroso silencio.

La retirada era inevitable. En efecto, aquella misma mañana —domingo, 26 de mayo de 1940—, el ministro de la Guerra, Anthony Eden, había autorizado el repliegue hacia la costa. Pero ¿sería posible lograrlo? El vizconde Gort, corpulento y campechano general en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica (FEB), tenía sus dudas. "No debo ocultarle a usted que, en el mejor de los casos, una gran parte de la FEB y su armamento se perderá", cablegrafió a Eden. Luego, en un raro momento de intimidad en su vida de viejo soldado, le decía a uno de sus ayudantes:

—¿Sabe usted? El día que senté plaza nunca pensé que sería yo el general que llevaría al ejército inglés a la derrota más grande de su historia.

La perspectiva de la derrota se presentaba con desconcertante y aterradora brusquedad. Durante ocho meses los 390.000 hombres del ejército de Lord Gort se habían divertido de lo lindo. Confiados en la ilusión de que los 400 kilómetros de la Línea Maginot hacia el sur eran inexpugnables, construyeron cuarenta y tantos fortines de hormigón, los armaron de ametralladoras, cavaron estrechas trincheras al estilo de las de la primera guerra mundial; abrieron zanjas antitanques y se sentaron a esperar a que atacaran los alemanes. Por las noches, en los interminables meses de aquella "falsa guerra", bebían y cantaban en los cafés de los villorrios y trababan amistad con las chicas lugareñas. Los alemanes fomentaban esa despreocupada alegría. Cierta vez que las mujeres de Lila se quejaron por la prensa de que ya no se podían conseguir cosméticos, los alemanes contestaron con un bombardeo de cajitas de polvos para la cara y frascos de perfume.

De pronto, el 10 de mayo, la segunda guerra mundial hizo erupción de veras. Diez divisiones alemanas blindadas y 117 de infantería irrumpieron en Holanda y luego en Bélgica y Luxemburgo, todos países neutrales. Poco después siete divisiones de tanques traspasaron las filas del ejército francés en Sedán, avanzando fácilmente a través de las boscosas colinas de las Ardenas, brecha en las defensas aliadas que los expertos creían infranqueable.

Los ingleses corrieron a prestar ayuda: cruzaron a Bélgica con los cascos coronados de flores de lila en marcha triunfal hacia Bruselas. Gort confiaba en que sus soldados realizarían grandes hechos. Mas la campaña se convirtió pronto en pesadilla y la posición de los aliados se tornó desesperada.

Tanto ingleses como franceses es-

taban dotados como para pelear en la primer guerra mundial. Contra los 2700 modernos tanques alemanes, Gort solamente podía alinear pesados carromatos blindados, tales como las "Matildas", armados de un cañoncito de 37 mm. Los tanques franceses, también lentos y pesados, servían de apoyo a la infantería, y muchas veces se quedaban sin combustible en medio del combate. Tan anticuada era la artillería británica que sus mejores cañones apenas tenían algo más de la mitad del alcance que los de último modelo usados por los alemanes.

En diez días los alemanes se apoderaron de tres cuartas partes de Bélgica, y el ejército belga, armado con fusiles viejos y cañones tirados por caballos, comenzó a desmoronarse. Los tanques alemanes habían pasado veloces a través de Francia hacia el Canal y atacaban entonces el puerto de Calais. La única esperanza de escape que tenía Gort era Dunkerque. Mas para llegar allá tendría que abrirse paso por un corredor de 80 kilómetros de largo por 25 de ancho, corriendo el riesgo de que más de 300.000 hombres, la flor y nata del ejército inglés, cayeran prisioneros antes de terminar la semana.

No obstante, eran pocos los que sabían esto; las unidades británicas que apostaban sus centinelas en un centenar de centros de estacionamiento de vehículos, en las aldeas y en los castillos, sólo podían confiar en que sus altos jefes supieran lo que estaban haciendo. Un veterano de la otra guerra le decía al joven Tomás Nicholls, cabo del destacamento de artillería antitanque que defendía a Wormhoudt:

—Mi amigo, lo de Mons se repite. Pronto nos lanzaremos a la carga y los desalojaremos de todo el territorio que han ocupado.

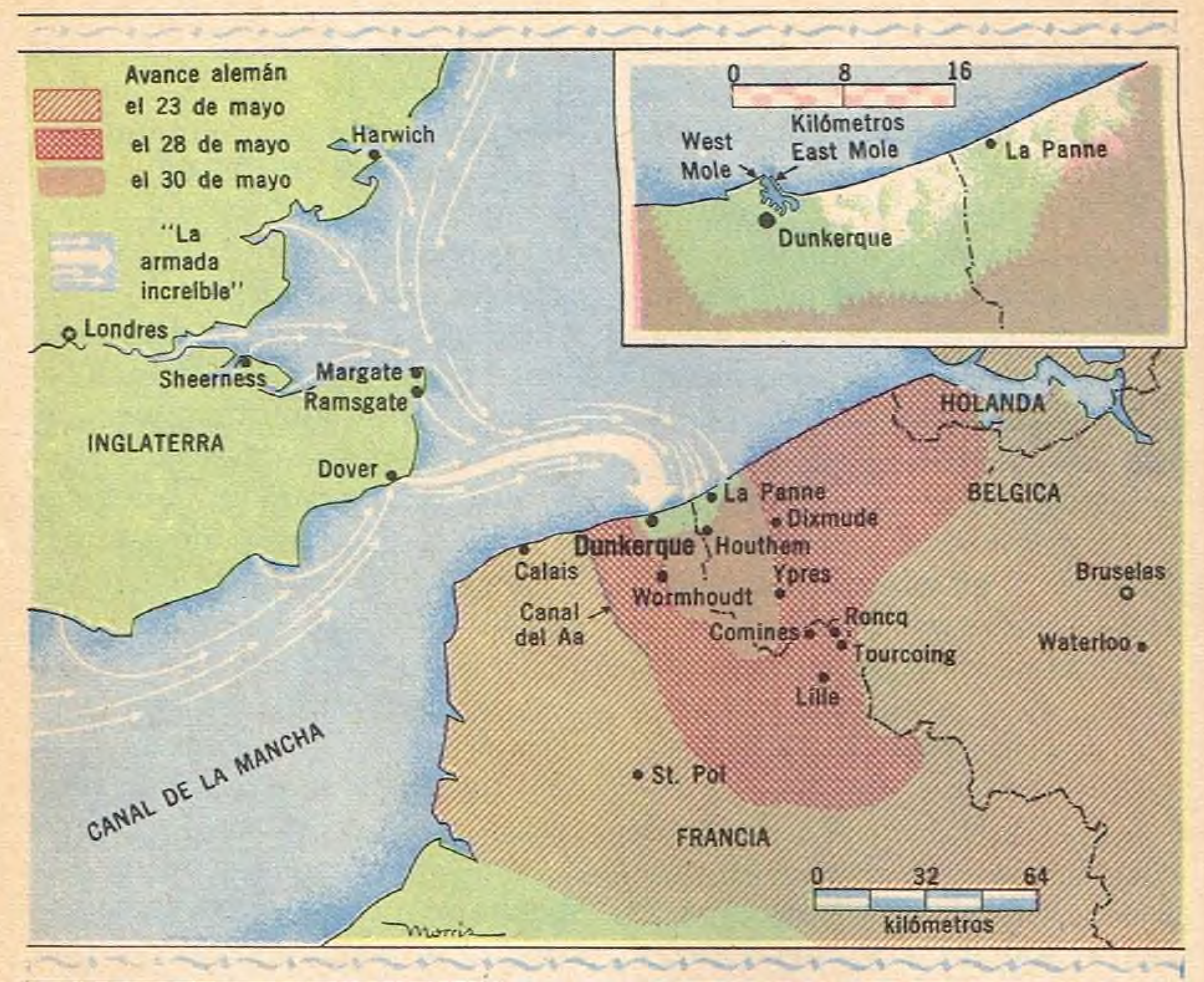
Pero en Ypres, el comandante Cyril Huddlestone, del 4º batallón de East Yorks, abría un telegrama del Ministerio de la Guerra dirigido a todas las unidades, y después de leer ante las tropas reunidas: "Hemos consagrado este día a rogar por vosotros", lo estrujaba entre las manos bufando:

—¿Por qué no nos mandan artillería pesada en vez de rezar?

Al sur de Houthem, donde vivaqueaba el 43º de Infantería Ligera, el cabo John Linton, veterano con 11 años de servicio, se esforzaba por salvar a su gente, a pesar del cansancio y de las órdenes que daban los oficiales. Ofreciendo fuerte resistencia en ocasiones, retrocediendo en otras, el batallón había venido batiéndose en retirada desde Bruselas. A cada parada los oficiales daban las mismas órdenes macabras: "A los rezagados y los heridos hay que dejarlos atrás. Los alemanes vienen pisándonos los talones".

Cuando el soldado Curtis, acometido de un ataque de apendicitis, hubo de ser llevado en hombros por sus compañeros y éstos protestaron porque el peso era ya insoportable, Linton convino:

—Está bien, dejadlo —pero a po-



Obligado a retirarse de Francia en las negras jornadas de mayo de 1940, el ejército británico se vio frente a "la derrota más grande de la historia"; pero los tommies *sobrevivieron y volvieron a la carga.*

co, alzando la voz y mirándolos fijamente a los ojos agregó—: pero, ¿quién se va a atrever a dejarlo?

Los soldados cargaron de nuevo con Curtis hasta que encontraron un camión de carga que más tarde lo llevaría hasta Inglaterra.

La novia va de uniforme

Un domingo, bien avanzada la noche, el capitán Harry Smith, acuartelado en las afueras de Roncq, despertó bruscamente a sus hombres del East Surrey. Ya se había propagado la noticia del desastre y apenas acabó de formarse la aprensiva compañía, les notificó:

—Estamos efectuando una retirada general hacia la costa. Nuestro objetivo es regresar a Inglaterra... para volver a Francia más tarde.

La noticia le cayó al soldado Bill Hersey como un jarro de agua fría. Apenas oyó la orden de romper filas se acercó al capitán Smith y cuadrándose le dijo:

—Mi capitán: ¿no podría usted hacer algo por mi esposa?

—Vaya usted y tráigala —fue la respuesta lacónica.

Sin hacérselo decir otra vez, Hersey tomó una bicicleta y pedaleó tres kilómetros hasta Tourcoing, en busca de la joven francesa con quien se había casado hacía 39 días. Aquellos amores descabellados habían comenzado un buen día en que Bill entró en el café L'Epi d'Or durante la "falsa guerra". Se había abrasado una mano en una estufilla de su campamento y, cuando el propietario vio la quemadura, insistió en que su hija se la curara. Para eso estaba aprendiendo Augusta a practicar primeros auxilios.

Los métodos de Augusta eran quizá algo primitivos, pues el alcohol que derramó sobre la herida le hizo dar a Bill un salto hasta el techo. No obstante, después del primer tratamiento, al mozo le pareció que su herida requería cambio de vendajes por lo menos una vez al día... No había mejor pretexto en el mundo para cogerse de la mano.

Como Augusta no hablaba una palabra de inglés, Bill se dio a la tarea de requebrarla con la ayuda de un diccionario de bolsillo. Con ser un apuesto tarambana que había servido como soldado en todas las guarniciones de la India, durmiendo no pocas noches en el calabozo, secretamente suspiraba por una esposa y un hogar. Poco tardó el amor en hacer presa de ese par de tiernos corazones.

Una noche se acercó Bill al padre de Augusta y señalándole en el diccionario la palabra *matrimonio*, le dijo sencillamente:

—Su hija.

El papá estalló.

—¡Imposible, Augusta! Este tipo no sirve. ¡Gasta mucho en coñac!

—Él cambiará —respondió Augusta confiadamente.

El párroco del lugar tampoco era partidario del casorio, pero el capellán de la brigada intercedió en favor de los enamorados y se casaron.

Contra todos los vaticinios, el matrimonio marchó muy bien desde el principio. Los nuevos cónyuges compartieron deliciosos momentos en el café con los amigos de Bill: cantos, juegos de cartas, competencias de tiro al blanco entre civiles y soldados, en las que Augusta disparaba con tanta maestría como cualquier hombre.

Mas ahora, mientras pedaleaba furiosamente hacia el café, Bill iba pensando que aquellas alegres tardes jamás volverían. Durante dos semanas habíanlos separado los azares de esa súbita e increíble guerra y en los últimos 10 días Bill había luchado en la fatigosa retirada de Bruselas. Esta noche su único pensamiento era el de llevar a Augusta sin novedad a Inglaterra. A las 11:30 llegó al café y golpeó la puerta furiosamente.

Ella misma salió a abrirle y con sólo verle la cara adivinó a qué había venido.

—Recoge tus cosas —fue su saludo—. Nos vamos.

Augusta se vistió de prisa y preparó una maleta. Su padre ya se ha-

El automóvil completo...

RENAULT

Dauphine

IKA

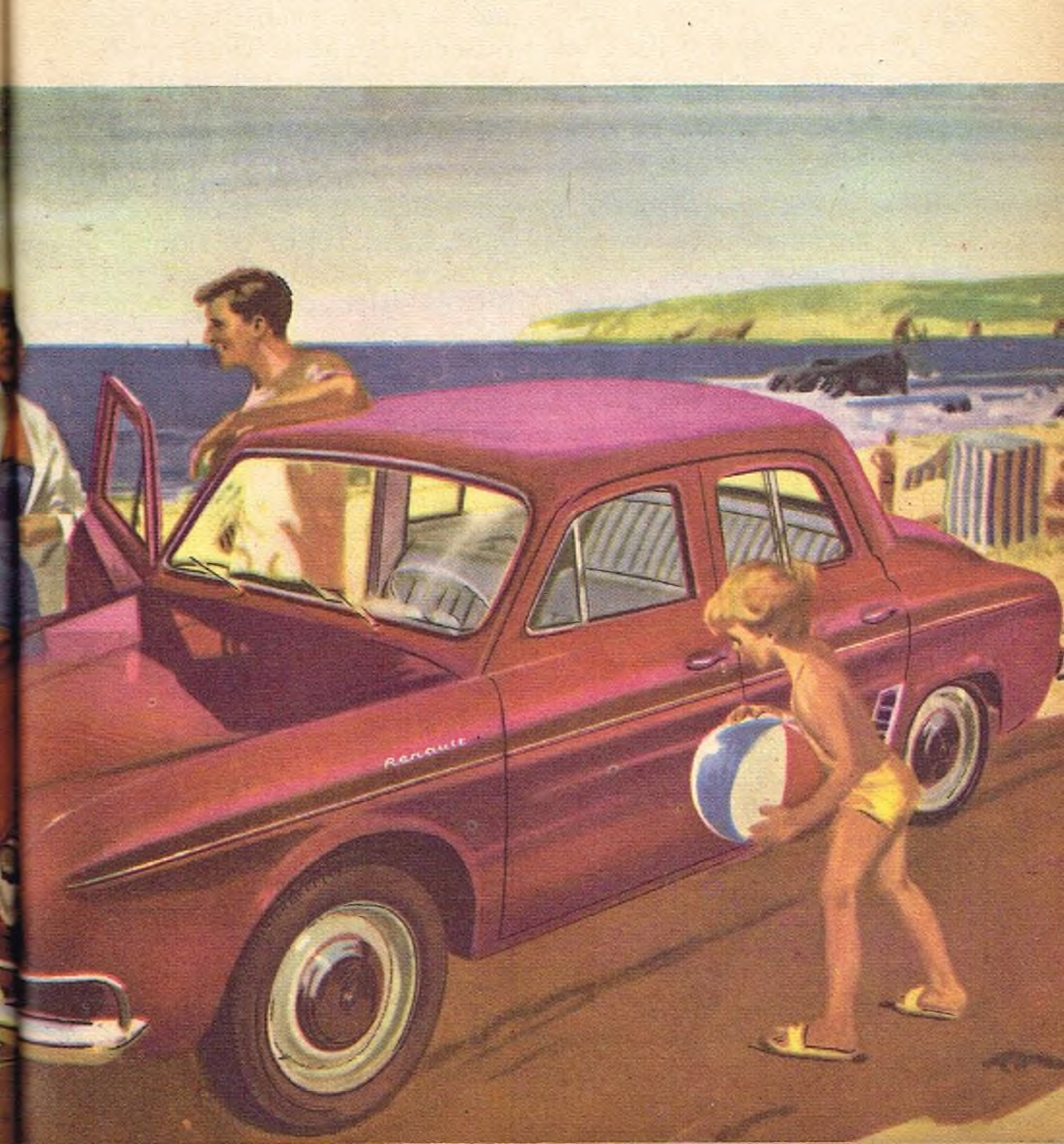


que más gente puede tener

¡Tenga el gusto de viajar a gusto! ...¡Aproveche plenamente sus vacaciones con la comodidad total del Renault DAUPHINE-IKA! Todas las cualidades del Renault DAUPHINE-IKA lo hacen **más accesible y más conveniente** para usted. Su excelente motor "Ventoux" consume sólo 5,9 litros cada 100 kilómetros, lo cual le permitirá viajar **sin preocuparse por gastos mayores.** Mediante 4 puertas, baúl delantero de gran capacidad y suspensión "aerostable", el Renault DAUPHINE-IKA le proporciona **el confort y la practicidad** que usted necesita, para que sus viajes sean viajes de verdadero placer, para sus paseos, para el trabajo cotidiano. Para sus viajes de negocios... ¡Adquiera rendimiento por poco dinero y para muchos años!

Y SI ADEMAS DE TRANSPORTE, SUS NECESIDADES DE TRABAJO REQUIEREN UN VEHICULO FUERTE Y RUDO, APTO PARA TODA TAREA, IKA LE OFRECE LA LINEA MAS COMPLETA DE VEHICULOS UTILITARIOS.

CONSULTE AL CONCESIONARIO I. K. A. DE SU ZONA ADQUIERALO CON LAS FACILIDADES DEL PLAN I. K. A. DE PERMANENTE S. A. C. y F.



bía marchado al sur en busca de vivienda más segura para la familia y la madre estaba tan afligida que no pudo hablar cuando Augusta la despertó para despedirse. Bill Hersey le explicó:

—Augusta es ciudadana británica ahora; solamente así puede estar segura.

—*Dépêchez, dépêchez* (date prisa)—, apremiaba Bill mientras ella sacaba su bicicleta.

No estaba la noche para perder tiempo. Se alcanzaba a percibir el martilleo de las ametralladoras en el este y los zapadores minaban las orillas del camino cuando pasaron pedaleando hacia Roncq. Las tropas ya habían comenzado a evacuar el pueblo. El capitán Smith decidió al momento:

—Tu esposa puede ir con el chofer en la cabina de mi camión, pero es preciso que vaya equipada.

Bill, que era uno de los almacenistas de la compañía, prontamente le consiguió un equipo de *Tommy* inglés, completo con fusil, casco de acero y grueso capote caqui. Apenas Augusta subió al camión, el capitán dio impaciente la orden de marcha. Aunque Bill Hersey tendría que marchar a pie, la extraña situación hizo que apenas sintiera el dolor de la separación.

Un panorama negro desde los blancos acantilados

Al otro lado del Canal, en una oficina tallada en la húmeda roca caliza a 150 metros sobre el mar, el almirante Sir Bertram Ramsay, jefe de la escuadra de Dover, estudiaba un plan descabellado: la Operación "Dinamo" para evacuar las tropas inglesas de Francia, que se le presentaba con escasas posibilidades de éxito.

Dunkerque, último reducto que quedaba en manos británicas, hacía una semana que sufría los bombardeos de la Luftwaffe; su magnífico puerto, que fuera el tercero de Francia, estaba inservible. Sus 40 kilómetros de tortuosa costa, sembrada de bancos de arena y conocida como el "cementerio de los navíos", era inaccesible para embarcaciones grandes. La evacuación tendría por tanto que hacerse en barcos pequeños.

Con la serenidad con que se examina un caso clínico, el almirante discutió la situación con el capitán William Tennant, recién nombrado oficial naval superior en Dunkerque, quien había sido enviado a toda prisa para ayudarlo. Solamente quedaban 40 destructores de los 202 que tenía la marina al comenzar la guerra; además, tales navíos, estrechos como tanques ligeros, atestados de cañones y soportes para cargas de profundidad, no eran apropiados para trasportar hombres. Así que el grueso del trasporte tendría que hacerse en pequeños buques mercantes ligeramente armados: barcos de cabotaje, trasbordadores del Canal y barcazas holandesas de fondo plano. Sólo había disponibles 129 unidades de esa clase aquella cálida mañana de mayo, aunque muchas otras se ha-

bían puesto ya en camino desde diversos puertos.

Para dirigir la evacuación —que continuaría mientras las tropas de Gort pudieran tener a raya a los alemanes— el taciturno Tennant dispondría de 12 oficiales navales y 150 marineros como ayudantes. Pocos eran los tripulantes que conocían el proyecto, pero toda la marinería sentía cierto placentero y expectante hormigueo: si se preparaba algo extraño, la armada estaba pronta.

Algunos recibieron la noticia en forma por demás extraña. El suboficial Wilfred Walter, notificado en una cantina de North Shields sobre el río Tyne, y ahora rumbo a Harwich a bordo del barreminas *Ross*, tenía la romántica idea de que navegaban en socorro de la familia real holandesa. El teniente Víctor de Mauny, que mandaba el guardacostas *Ocean Breeze*, pensaba que su misión se relacionaba con los refugiados belgas, hasta que un oficial de la Guardia Escocesa lo puso al corriente. Mientras tomaban juntos el desayuno en la base naval de Ramsgate, le aclaró la situación con estas palabras:

—¿Refugiados? ¡Hombre de Dios! No se trata de refugiados sino de la Fuerza Expedicionaria Británica.

Nadie esperaba que la operación tuviera mucho éxito. Al salir Tennant del despacho de Ramsay, el almirante agregó como de paso:

—Cuando mucho se podrán salvar 45.000 hombres...

Extraña decisión de Hitler

La posibilidad de evacuar cierto número de tropas inglesas era de por sí algo asombroso, pues Dunkerque no había caído en las manos del enemigo debido solamente a un giro extraordinario de la estrategia alemana. El 23 de mayo, cuando sus tanques llegaban a 20 kilómetros del puerto, el general Gerd von Rundstedt dio una orden de rutina: "Hacer alto en la línea del Canal del Aa y consolidar las posiciones".

A diferencia de otros temerarios generales de las divisiones *panzer*, como Rommel, este cauteloso patricio de 65 años desconfiaba del nuevo concepto de hacer la guerra a base de tanques. Repetidas veces en la campaña de las Ardenas había dado durante breves períodos la orden de "alto" por temor de que los tanques se alejaran demasiado de la infantería exponiéndose a ser rodeados. Mas, en esta ocasión, el mismo Hitler, que había visitado el cuartel general de Rundstedt y había discutido con él la situación, decidió que el alto fuera permanente. Dispuso que los tanques no debían avanzar más hacia Dunkerque porque el terreno cenagoso de Flandes no era apropiado; podrían atascarse en los pantanos y esto haría peligrar el plan de atacar el corazón de Francia con sus divisiones motorizadas.

—Creo que pronto llegaremos a un arreglo con la Gran Bretaña —le había dicho a Rundstedt una

semana antes. Y tras un apasionado elogio del Imperio Británico había añadido—: Albión dominará los mares. Yo mandaré en Europa.

La anécdota, que circuló rápidamente entre la plana mayor, inspiró al general Hans Jeschonnek, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, el siguiente comentario:

—Hitler no deja llegar los tanques a Dunkerque porque quiere salvar a los ingleses de una derrota vergonzosa.

Es posible que Hermann Goering, el vanidoso comandante en jefe de la fuerza aérea, influyera en la decisión de Hitler, pues dicen que cuando supo que los tanques estaban llegando a Dunkerque, dio un puñetazo sobre la mesa y exclamó:

—Tengo que hablar con el Fuehrer inmediatamente. ¡Este trabajo le corresponde a la Luftwaffe!

Y sin perder tiempo se comunicó por teléfono con Hitler, quien al cabo de pocos minutos convino: Dunkerque correría a cargo de la Luftwaffe.

Llegaron protestas de los altos jefes alemanes de todos los sectores.

—Es indispensable que los tanques ataquen cuanto antes. Si no tomamos a Dunkerque, los ingleses podrán trasportar su ejército al lugar que les plazca —dijo el general Fedor von Bock echando lumbre por los ojos.

—¿Qué significa esa orden tan descabellada? —preguntó airado el general Greiffenberg, jefe de operaciones del cuartel de Hitler—. ¿Es que vamos a poner al enemigo puentes de plata para que huya?

Desde Bruselas, el mariscal de campo Albert Kesselring, jefe de la Segunda Flota Aérea, telefoneó a Goering para protestar. ¿No se daba cuenta Goering que tres semanas de guerra aérea habían reducido algunas unidades de la Luftwaffe a la mitad? ¿No sabía que la mayor parte de los bombarderos disponibles se hallaban aún en campos de aviación situados a 500 kilómetros de Dunkerque? Y como Goering no diera su brazo a torcer, Kesselring colgó bruscamente el teléfono diciendo *"Nicht lösbar"* (no dará resultado).

Tres días duró la discusión, en tanto que los ingleses reorganizaban sus fuerzas para defender el puerto. El lunes 27 de mayo, Hitler había convenido en que se emplearan los tanques en un sector limitado, pero no directamente contra el puerto. Dunkerque seguiría reservado para la Luftwaffe.

Casta de Bulldogs

A DESPECHO del apuro en que se hallaban —y los rumores alarmantes corrían por un frente de 160 kilómetros— los flemáticos ingleses no permitieron que el pánico los desconcertara. Al amanecer del lunes, 600 hombres del Segundo de East York, que se retiraban por el norte de Waterloo, recibieron del cielo una lluvia de hojas sueltas invitándoles a rendirse. En las hojas había dibujado un mapa que mostraba la posición del ejército britá-



Novísimo modelo de sobremesa de 23″, de fino estilo. Chasís trabajado a mano y Selector "Guarda Visión" de Contornos de Oro, que garantiza visión nítida — aún en zonas de señal débil difíciles de fijar.

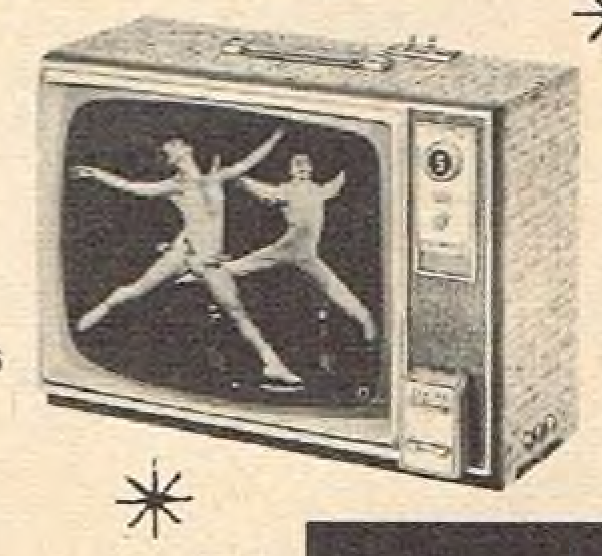
Modelo H2717

TELEVISORES ZENITH

¡El regalo
ue distingue
quien lo da
y a quien
lo recibe!

Televisor portátil de 19″, convenientemente angosto, como para colocar sobre un anaquel o mesita. Parlante frontal potente. Asa para llevar. Antena dipolo que se introduce en el aparato cuando no está en uso.

Modelo G2110



Modelo G2215

Televisor portátil de 19″, de novísimo estilo. Visión clara de calidad Zenith. Sintonía con Unidad "300" de Mando Supersónico Zenith. Sencillamente, presiona Ud. un botón para encender o apagar el aparato . . . ajustar el volumen . . . cambiar de canal en una dirección.





Zenith Radio Corporation
División Internacional
Chicago 39, Illinois

Fabricados, distribuidos y garantizados en Argentina por Telesud S.A., Buenos Aires.

ZENITH®

Respaldado por 43 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente

nico dando la espalda al mar y encerrado por una monstruosa herradura. El texto era para poner los pelos de punta: "¡Soldados británicos —decía—: mirad este mapa en que está pintada vuestra verdadera posición! Estáis completamente cercados. ¡Es inútil seguir peleando!"

El mayor Eric Rippingille, después de echar un vistazo a su alrededor, preguntó:

—Bueno, muchachos ¿qué vamos a hacer con esto?

Alguien propuso servirse de aquellas hojas de una manera práctica y, como hacía largo tiempo que la compañía carecía de papel higiénico, la proposición mereció un unánime murmullo de aprobación. Alentados con este incidente, los soldados continuaron su marcha.

Entre tanto, las tropas que sostenían el perímetro de la herradura combatían, indiferentes a su desventajosa posición, contra las fuerzas alemanas que intentaban cerrar el paso del ejército británico a Dunkerque. En una altura sobre el canal La Bassée, por ejemplo, el batallón de Escoceses de la Reina se hallaba casi rodeado y durante dos días sostuvo la imposible tarea de detener los 400 tanques de las divisiones *panzer* 7ª y 8ª de Rommel. Mas un batallón que había desafiado la ira del mismo Gort, jamás cedería el paso a los alemanes. (Meses antes Lord Gort había prohibido a los escoceses usar sus tradicionales faldas en servicio activo, y todavía las llevaban.)

Desde su puesto de mando, instalado en el sótano de una alquería, el teniente coronel Peter Rose-Miller había telefoneado en vano pidiendo el apoyo de la artillería,



Burbujas que Perfuman...



JABON DE TOCADOR

LANCASTER

PERFUMADO A LA LOCION COLONIA, LAVANDA Y PINO

y cañones antitanques. No los había. Luego, al contemplar los 400 tanques que se reunían en masa en la planicie que tenía a sus pies, tuvo una súbita inspiración. Reunió una veintena de sus mejores tiradores y les ordenó poner el ojo, y la bala, en todos los huecos negros que divisaran en los tanques. A otro grupo lo armó de granadas de mano y lo despachó diciendo: "Salid, a ver cuántos podéis cazar".

El resultado fue aun mejor de lo que esperaba. Cuando avanzaron los tanques los escoceses hacían tan certera puntería en aquellos resquicios negros, que los comandantes de los tanques fueron cerrando sus periscopios y visores, uno tras otro. Privados de visión, los tanques daban vueltas como borrachos, y hasta el artillero que quisiera respirar una bocanada de aire fresco se exponía a recibir una granada por el boquete de la torrecilla blindada del cañón. "No había buenas perspectivas para continuar el ataque hasta el otro lado del canal", escribió Rommel después. "La situación era por demás crítica".

Durante 36 horas sostuvo Rose-Miller esa acción dilatoria hasta que los *panzers* se abrieron paso al fin y comenzó a arder el techo del cortijo que lo protegía. Después de evacuar los heridos hasta lugar seguro, Rose-Miller salió del sótano lleno de humo y cruzó a nado el canal para seguir peleando del otro lado. Sus escoceses de faldellín habían destruído 21 tanques de Rommel.

Se embarcan las primeras tropas

El capitán Tennant partió para Dunkerque al atardecer del lunes 27 de mayo a bordo del destructor *Wolfhound*. No acababa el barco de salir de Dover cuando fue atacado desde el aire y durante dos horas navegó haciendo continuos virajes, sin dejar de disparar sus cañones antiaéreos, mientras trataba de escapar de la lluvia de bombas. Tennant dio sus últimas órdenes con dificultad: el capitán Jack Clouston se encargaría de recibir a los barcos que llegasen; el capitán Renfrew Gotto dirigiría el embarque desde el muelle; el capitán Harold Conway reconocería las playas; cada uno de los tres oficiales sería asistido por una docena de marineros.

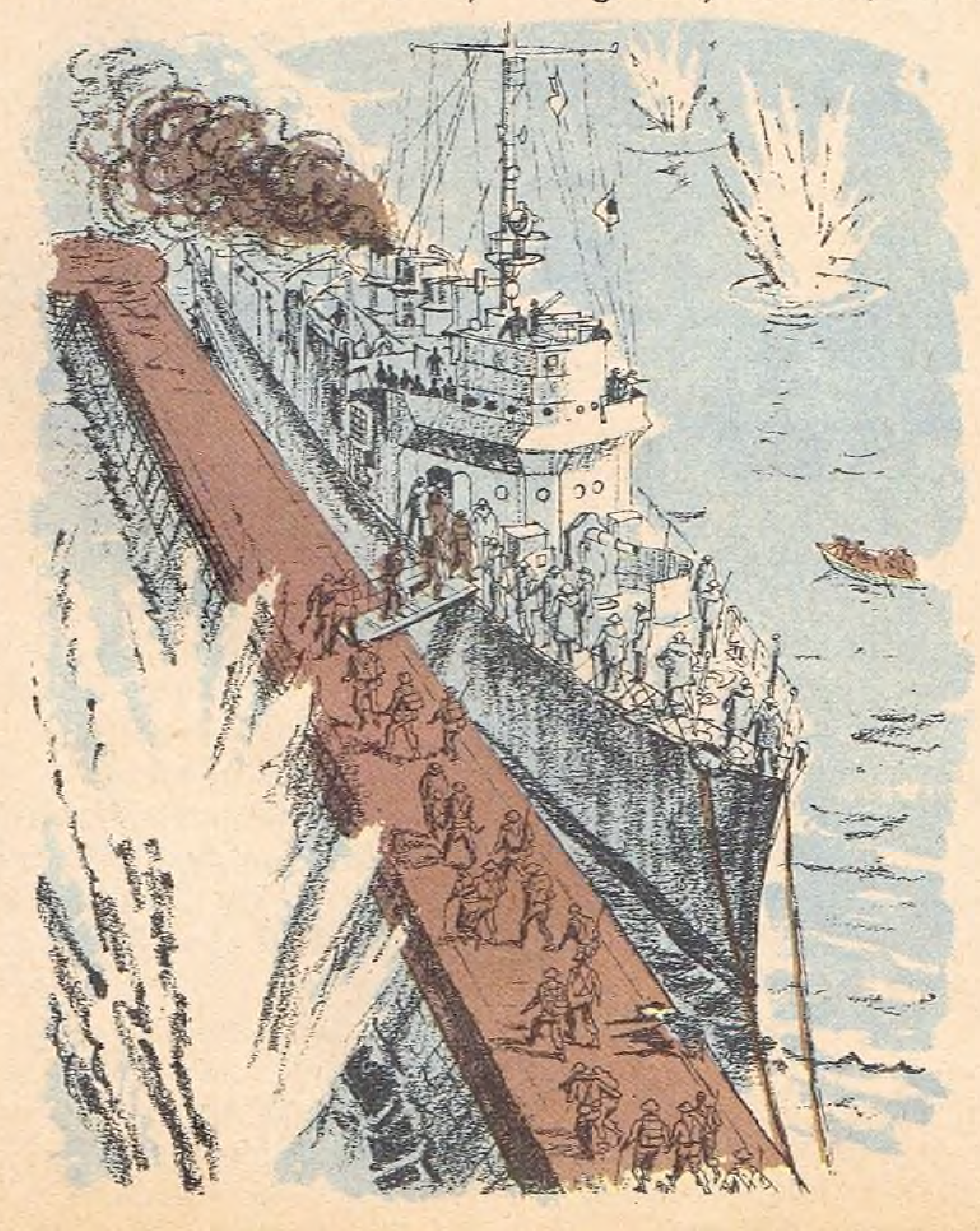
Pero apenas divisó a Dunkerque, Tennant se sintió abatido. Nunca había imaginado encontrar tanta desolación. Nubes de humo negro salidas de las refinerías de petróleo envolvían el puerto; kilómetros de muelles y almacenes ardían de un extremo a otro. Arriba, en el cielo, pirueteaban sin cesar los bombarderos lanzando en picado sus mortíferos proyectiles. Ante sus propios ojos cayó una andanada de bombas junto al muelle más cercano levantando al aire bloques de hormigón y cataratas de agua.

—¡Valiente bienvenida! —murmuró el capitán Gotto.

Eran exactamente las seis de la tarde cuando desembarcó Tennant y procedió a hacer un rápido reconocimiento. La situación era espan-

tosa. Hacía cuatro días que faltaba el agua potable. Sólo una línea telefónica quedaba abierta con Londres. Debido a la mala interpretación de una orden se habían destruído más de cien cañones antiaéreos pesados, y la ciudad había quedado casi inerme. Y ese lunes habían caído 30.000 bombas incendiarias y 15.000 explosivas. Algo así como 46 hectáreas de muelles y ocho kilómetros de embarcaderos quedaron reducidos a escombros y entre las ruinas de la ciudad yacían mil cadáveres de hombres, mujeres y niños.

La derrota y la vergüenza habían engendrado la anarquía y algunos grupos de soldados, al parecer abandonados por sus jefes, merodeaban y saqueaban con repugnante ferocidad. Al cruzar la ciudad en llamas, los recién llegados encontraron soldados ebrios, con las caras embadurnadas de lápiz labial, dando gritos y alaridos; un sargento,



completamente borracho, trastabillaba engalanado con una boa de plumas.

De pronto se oyó un disparo y una bala pasó silbando junto al grupo que formaban Tennant y sus oficiales. Una turba de soldados ingleses, con los fusiles listos a disparar, avanzaba hacia ellos en la semioscuridad. Al capitán Henderson le pareció oportuno retroceder, pero no así a Tennant, quien se acercó confiadamente al cabecilla y tranquilamente lo desarmó:

—Vamos, viejo —le dijo, pasándole su cantimplora— échate un trago y así te sentirás mejor.

Por un instante temió Henderson que la soldadesca abriría fuego. Pero el hielo se había roto. Convencidos de que la marina estaba allí para ayudarlos, los hombres se tranquilizaron y formaron filas con docilidad.

Entonces Tennant dio enérgicas órdenes a sus subordinados. Las tropas se alinearían en las dunas y avanzarían hasta la orilla del mar en grupos de a 50. Nadie se embarcaría sin llevar su fusil. La última recomendación del Almirantazgo había sido: "Cuidad de traer las armas". Si Inglaterra se iba a convertir en el último reducto para la defensa, los fusiles serían indispensables.

Fuera de las playas, que quedaban expuestas a los rugientes vientos del norte, los únicos medios de embarque eran los diques del este y del oeste: largas paralelas de madera que terminaban en una subestructura de hormigón que se internaba unos 1300 metros en el fondeadero. Tales armazones se habían construído para proteger el puerto y no para que atracasen los barcos. A la sazón subía la marea agitándose entre las pilastras de hormigón, lo que hacía en extremo difícil que se acercaran las embarcaciones.

Ya por la noche advirtió Tennant que las aguas se habían alejado casi un kilómetro con el reflujo. Algunos sanitarios, llevando camillas a la altura de la cabeza, luchaban por llegar al sitio donde se encontraban dos botes solitarios que a fuerza de remo habían llegado a 100 metros de la playa. Los barcos de donde procedían apenas se alcanzaban a ver borrosamente a la distancia, así que los botes de remos tenían que efectuar un penoso viaje de 20 minutos para que se embarcaran cuando mucho 25 hombres.

Acompañado de dos ayudantes, Tennant se encaminó pensativo al dique del este.

—Esto se haría con más presteza —dijo— si lográramos hacer arrimar los barcos. Ensayemos. Háganle señas al más próximo.

El *Queen of the Channel* respondió al llamamiento; los minutos que tardó en llegar parecían interminables. Fue preciso hacerlo entrar con gran cautela; luego sujetarlo por la proa con un cabo. Tennant se puso nervioso cuando viró y golpeó el muelle con la popa, pero al cabo de algunos minutos quedaba bien amarrado de proa y po-

pa, y cuando las tropas comenzaron a entrar en fila a bordo, exhaló un suspiro de alivio. La cosa por lo menos era factible . . . con un poco de suerte.

Más tarde se supo que durante ese primer día se trasportaron 7669 hombres a Inglaterra.

Los belgas se rinden

A LAS once de la noche de aquel lunes, el general Gort, que se hallaba en el bastión 32, recibió la alarmante noticia de que Bélgica había capitulado. El rey Leopoldo había pedido un armisticio que comenzaría a medianoche. Todo el flanco izquierdo del ejército británico quedaba expuesto en una extensión de 30 kilómetros hasta el mar. Gort se quedó silencioso con las manos sobre la mesa y la mirada perdida en el espacio.

Ya le habían advertido que la rendición se veía venir y él, en un brote de ira, le había dicho a George Gordon-Lennox, uno de sus oficiales de estado mayor:

—¡Vive Dios, Geordie! ¡Estos belgas son unos marranos!

Pero al recobrar la calma reconocía su injusticia. Veinticuatro horas antes de la rendición de Bélgica el mismo Gort ya había iniciado la retirada de su ejército . . . sin decírselo a Leopoldo. El Rey también tenía el deber de proteger a su pueblo.

A pesar de que la brecha que se abría en las líneas de los Aliados era desastrosa, los ojos azules del general brillaban de entusiasmo cuando se disponía a cerrarla. Si bien no era muy ducho en cuestiones políticas, la inminencia del peligro, la proximidad de la batalla, provocaban en él la misma reacción que el sonido del clarín en un escuadrón de caballería.

Aunque las noticias de la rendición belga no llegaron a Augusta Hersey hasta aquella noche, ya sabía ella que algo por el estilo estaba pasando. Un oficial francés de enlace trató de buscarle albergue en una granja cerca de Dixmude, mas a pesar de todos sus ruegos no consiguió ablandar el corazón del granjero belga: él no tenía camas para los ingleses ni para sus simpatizantes. Augusta tuvo que resignarse a dormir sobre un montón de paja en un corralón. A la mañana siguiente, cuando ella y el chofer Johnson fueron a buscar agua, hallaron que el campesino había condenado el pozo.

Augusta comprendió los motivos de su hostilidad. Siendo francesa sabía mejor que nadie de la angustia que atenazaba a esa tierra. Dos semanas antes los belgas ofrecían vino y flores a los ingleses y los párrocos bendecían las tropas a su paso. Mas ahora los libertadores se marchaban, Bélgica capitulaba y por segunda vez en su vida el pueblo iba a caer bajo el dominio de los alemanes.

Por todas partes aparecían los desesperados emblemas de la derrota: las banderitas blancas que flameaban sobre las bayonetas de los soldados; las sábanas blancas que col-



gaban de los balcones tan profusamente como si fuera día de lavado general. Un oficial belga se cambiaba a toda prisa el uniforme por un traje de paisano. Y en todos los villorrios las gentes miraban a los ingleses con el mismo rencor y hostilidad.

—¿Por qué se habrán vuelto contra nosotros? —preguntaba un sargento, sin saber que las tropas británicas habían emprendido el regreso a Inglaterra.

—Pregúntaselo a ellos —le respondía un compañero—. Lo único que sé decirte es que nadie sabe quién va a ganar esta maldita guerra.

Los belgas huían ante la invasión alemana. Ese martes, 28 de mayo, un caótico desfile de 800.000 refugiados colmaba y obstruía los caminos, desde Lila en adelante. Aumentaban la confusión los rumores que corrían por la campiña: decíase que había una infiltración de alemanes que hablaban inglés, y que vestidos de oficiales británicos, despistaban a los convoyes y propagaban el pánico. Cerca de Dixmude, una comunicación del cuartel divisional ponía sobre aviso contra los paracaidistas que, disfrazados de monjas, caían del cielo. Agregaba el despacho que era fácil reconocer a los intrusos por las marcas que les dejaban las correas del paracaídas en las posaderas.

El artillero William Brewer se había mofado de todo esto calificándolo de "cuentos de brujas". Pero una vez que se hallaba tomando té con cuatro camaradas cerca de una granja, llegó corriendo el bombardero Allen y les dijo:

—¿Sabían ustedes que las monjas se afeitan? ¿Quieren ver una?

Los cinco hombres se levantaron, cruzaron furtivamente un pastizal y vieron a dos paracaidistas alemanes que, habiendo dejado a un lado las blancas tocas y con el crucifijo colgado sobre los hábitos monjiles, se afeitaban tras de una gavilla de heno. Segundos después las "monjas" caían acribilladas a balazos.

Fue aquel un día en que todo el mundo parecía volverse loco, y no obstante los soldados, conmovidos por la desgracia de los refugiados, dejaban a un lado sus propias penas para socorrerlos. Un sargento estuvo horas enteras al lado del camino ofreciendo cubos de té recién hecho a las turbas que huían. Un enfermero acabó con todos los vendajes, ungüentos y las latas de leche con que estaba provista su ambulancia de campaña. Un capellán que llevaba pan a su batallón, no pudo resistir las miradas famélicas de los que huían ni el llanto de los niños y, aunque los soldados no habían probado el pan desde hacía varios días, no vaciló en repartir entre ellos las 50 hogazas que le quedaban.

La compasión adquiría distintas formas: para algunos era los perros . . . perros mostrencos que bullían por todas partes, y temblando de miedo seguían a los soldados que no los ahuyentaban por lástima. Para el teniente general Alan Brooke, que viajaba en automóvil por el camino de Ypres a Comines, fueron las estúpidas sonrisas de los lunáticos que se habían escapado de los manicomios, y se apiñaban en la carretera.

Noticias abrumadoras

En Londres no se ocultaban los hechos. A las 2:45 de la tarde, 600 miembros del Parlamento ocupaban los bancos forrados de cuero verde para escuchar en angustiado silencio al primer ministro, Sir Winston Churchill: Tras una brava y desigual lucha los belgas habían capitulado.

—El Parlamento —advirtió Churchill— ha de prepararse a oír penosas noticias.

Y en cuatro minutos exactos los puso al corriente de lo peor. Más tarde citó a 25 parlamentarios a su despacho del No. 10 de Downing Street y les expuso con toda franqueza sus negros temores. Al concluir su exposición les dijo casi con indiferencia:

—Naturalmente que, pase lo que pase en Dunkerque, seguiremos peleando.

Para sorpresa suya, después de medio segundo de silencio, el Primer Ministro oyó una ovación general. Aquellos juiciosos y serenos políticos aplaudían como un solo hombre: algunos daban entusiastas

puñetazos sobre la mesa, otros se ponían en pie para felicitarlo dándole palmadas en la espalda; el despacho se colmaba de manifestaciones de lealtad.

Aun cuando varias docenas de barcos habían llegado ya cargados de maltrechos sobrevivientes de Dunkerque, el proceso de salvamento era demasiado lento. El dique del este solamente podía dar anclaje a 16 barcos en la pleamar y el capitán Tennant envió un emisario al almirante Ramsay para que le comunicara la urgente necesidad que había de embarcaciones pequeñas: botes de motor, balleneras, chalupas, cualquier nave capaz de hacer el trasporte de la costa a los buques.

Ramsay puso en comunicación al emisario de Tennant, capitán Eric Bush, con el vicealmirante Tom Phillips, subjefe de operaciones navales.

—Aquí lo tiene, háblele usted mismo— le dijo pasándole el teléfono.

Después de escucharlo breves momentos, Phillips preguntó a Bush:

—Muy bien, ¿cuántos botes quiere . . . unos cien?

Al oír esto le pareció a Bush que nadie se daba cuenta de la gravedad de la situación y con la voz temblando de emoción le respondió:

—No señor, no queremos cien botes . . . necesitamos *todos* los botes que haya en el país . . . es la única salvación.

El Almirantazgo, que ya había comenzado a matricular embarcaciones particulares hacía dos semanas, convino en pedir la cooperación de todos los botes pequeños de Inglaterra.

Entre tanto, las tropas británicas más aguerridas luchaban por mantener abierta la ruta de escape. La infantería de von Bock, que había cruzado el canal en Comines, trataba en vano de desalojarlas de sus posiciones. Cuando los mismos alemanes comenzaron a retroceder, sus pundonorosos oficiales desafiaron abiertamente el fuego de los ingleses.

Entre ellos el teniente Georg, al mando del 176 de infantería, se mantuvo en pie, siguiendo la batalla con los binóculos. A poco lo derribó una bala disparada por el cuerpo 3º de Granaderos Británicos, y Georg, soldado hasta el fin, sintiose compelido por el deber a dar su último parte. Los hombres que lo rodearon, estupefactos, lo vieron incorporarse y le oyeron decir: "El teniente Georg da parte de su muerte en el campo de batalla". Hizo un saludo militar y cayó muerto, de espaldas.

El 3º de Granaderos logró sostener aquel sector vital valiéndose de medios poco comunes. Después de rechazar sucesivos ataques alemanes se encontró casi sin municiones. Cuando el capitán Stanton Starkey, comandante de una de las compañías de vanguardia, abrió las últimas cajas de pertrechos que les quedaban, sus soldados se quedaron fríos: las cajas contenían luces de señales.

No obstante, Starkey había observado que los alemanes atacaban sin salirse de una rígida pauta: con el objeto de acosar a los Granaderos ordenaban primero una tremenda descarga de morteros por medio de una luz roja, blanca y roja. Al cabo de algún tiempo otro disparo de luz señalaba a los artilleros que suspendieran sus descargas para que a la infantería le fuera posible seguir avanzando.

Starkey resolvió jugarse el todo por el todo. En medio de una nueva embestida de la infantería alemana, levantó su pistola y disparó un cohete de luz, roja, blanca y roja. Inmediatamente los morteros alemanes hicieron llover sus proyectiles contra sus mismas tropas de asalto, causando en ellas gran confusión.

De las filas delanteras alemanas salió entonces la señal luminosa de parar y en pocos segundos los artilleros suspendieron el fuego. La infantería se rehizo y siguió avanzando. De nuevo disparó Starkey la señal de bombardeo y otra vez los infantes alemanes lanzaron al cielo la contraorden. Pero Starkey seguía disparando y la noche se llenaba de órdenes y contraórdenes luminosas, rojas, blancas y rojas, hasta que los alemanes se dieron por vencidos y cesó por completo el fuego de los morteros. Por el momento quedaba segura la línea Ypres-Comines. Y el martes, segundo día de la evacuación, se habían embarcado en Dunkerque 17.804 soldados.

Tragedia en la mar

CRECÍAN las bajas de barcos y hombres, pues los peligros de la travesía del Canal eran incontables. Consideremos el caso del destructor *Wakeful*.

Era un estrecho y mustio barco de guerra, construído 23 años antes para una época ya ida, que se había despojado de todos sus torpedos y cargas de profundidad con el objeto de dar cabida al mayor número posible de soldados. En su primer viaje trasportó 600 hombres hasta Dover. Luego, sin esperar a reabastecerse de combustible, volvió a salir al cabo de una hora y llegó a Dunkerque después de haber escapado el impacto de 70 bombas en la travesía.

A las 12:30 de la madrugada del miércoles, el *Wakeful* regresaba de nuevo a Inglaterra llevando a bordo 640 soldados. Su capitán, Ralph Fisher, escrutaba el mar desde el puente. El almirante Ramsay había advertido que las aguas se hallaban infestadas de submarinos y destructores alemanes y, para maniobrar más fácilmente, Fisher ordenó que las tropas se mantuvieran bajo cubierta.

De pronto divisó dos listas luminosas que venían derecho hacia el barco.

—¡A babor todos! —grito el capitán.

Pero ya era demasiado tarde. Un torpedo alcanzó al *Wakeful* en la mitad del casco. El viejo destructor se abrió en dos. La proa y la po-

pa se voltearon hacia arriba como dos torres de acero que brotaran del agua. Más de 600 hombres quedaron encerrados bajo cubierta, como en una ratonera, esperando la muerte, que tardó en llegar algunas horas. No obstante, el capitán Fisher y algunos sobrevivientes fueron recogidos por el barco escocés *Comfort*, y otros por el dragaminas *Gossamer*.

A estos dos barcos se unieron el destructor *Grafton* y el dragaminas *Lydd*. A las 2:50 de la madrugada, dos torpedos hicieron blanco en el *Grafton* y, aunque no lo echaron a pique, uno de los proyectiles pasó por el cuarto de oficiales y mató a 35 de ellos.

La confusión fue completa y, en medio de la oscuridad, el *Lydd* abrió fuego contra lo que le pareció ser un torpedero alemán. Los cañones del *Grafton* dispararon sobre el mismo objetivo, en tanto que su tripulación vitoreaba entusiasmada, creyendo que castigaban al asesino del *Wakeful*. Pero ¡oh trágico error! Ambos cañoneaban al *Comfort*.

Para los sobrevivientes del *Wakeful* albergados bajo la cubierta del *Comfort*, fue aquel un momento de angustioso terror. Desnudos —pues habían puesto a secar las ropas en el fogón— trepaban por las escalerillas para recibir sobre cubierta andanada tras andanada de proyectiles. El capitán Fisher gritaba enloquecido:

—¡Por amor de Dios, paren el fuego . . . que somos ingleses!

Pero nadie le oía. El *Lydd* embistió al *Comfort*, y solamente cuando su tripulación se fue al abordaje a coger prisioneros —y encontró sólo dos sobrevivientes— se dieron cuenta de la enormidad de su equivocación.

Pocas horas después terminó la tragedia. Rumbo a Dunkerque a bordo del *Ross*, un suboficial de marina divisó entre la bruma mañanera la proa y la popa del *Wakeful* que se alzaban sobre el mar como las aletas descomunales de algún grotesco monstruo marino. Del interior del casco salían apagados clamores de ultratumba de hombres atrapados sin esperanza de salvación.

Al cabo de un momento de horror, el capitán James Follington se dirigió a los artilleros del *Ross* y les dijo:

—No voy a darles orden de hacer fuego, pero si alguno de esos cañones se dispara por accidente . . . tampoco diré nada.

Tronaron los cañones compasivos, su eco repercutió como el de un rayo del cielo y entre un torbellino de burbujas el *Wakeful* se perdió de vista.

¡A la playa!

Poco ANTES del amanecer del miércoles y habiendo cumplido su misión de abogar por el envío de barcos pequeños, regresaba el capitán Eric Bush a la zona de evacuación a bordo del barreminas *Hebe*. En las aguas costeras de La Panne —donde Gort tenía su puesto de

...el transporte aéreo de médicos pacientes más solitarios del mundo

de emergencia, tiene que volar en misión, y posiblemente la vida de aéreo. Por eso todos los aviones del ...las mejores para su auto también.



La red de transceptores usada por este servicio abarca cerca de 1600 poblados apartados, ofreciendo pronta y eficiente asistencia médica a más de un millón de sus habitantes.



2. Se improvisa una pista de aterrizaje para la llegada del doctor. Con manteles y sábanas se marcan sus límites y una lámpara de petróleo encendida le indica la dirección del viento al piloto que se acerca. En casi todos los poblados de estas regiones hay facilidades de aterrizaje y radios transceptores. Este sistema fue organizado por el Reverendo John Flynn.





3. En dos horas, este paciente estará en la cama de un hospital de la ciudad. ¡Por tierra el viaje hubiese tomado semanas! ¡Para salvar vidas, el sistema de servicio aéreo médico en Australia es único! Hasta los vaqueros que viajan con el ganado llevan siempre consigo sus radios transceptores portátiles.

Las famosas bujías de encendido Champion son hechas por especialistas usando las más vastas y modernas facilidades de la ingeniería para producir sólo un producto superior y eficiente. Ésta es una de las razones por las cuales en Australia, las ambulancias aéreas usan Champion . . . al igual que millones de automóviles en el mundo. La próxima vez que compre bujías de encendido, exija el producto de calidad comprobada, hecho por especialistas: ¡las nuevas bujías plateadas Champion!



Las bujías favoritas en tierra, mar y aire

AUSTRALIA • IRLANDA • FRANCIA • MÉXICO • BRASIL

mando, a 15 kilómetros de Dunkerque— Bush percibió algo extraño.

—¿Qué cree usted que son esas manchas negras que se ven allá? —preguntó al teniente John Temple, pues la neblina de la madrugada no permitía ver bien.

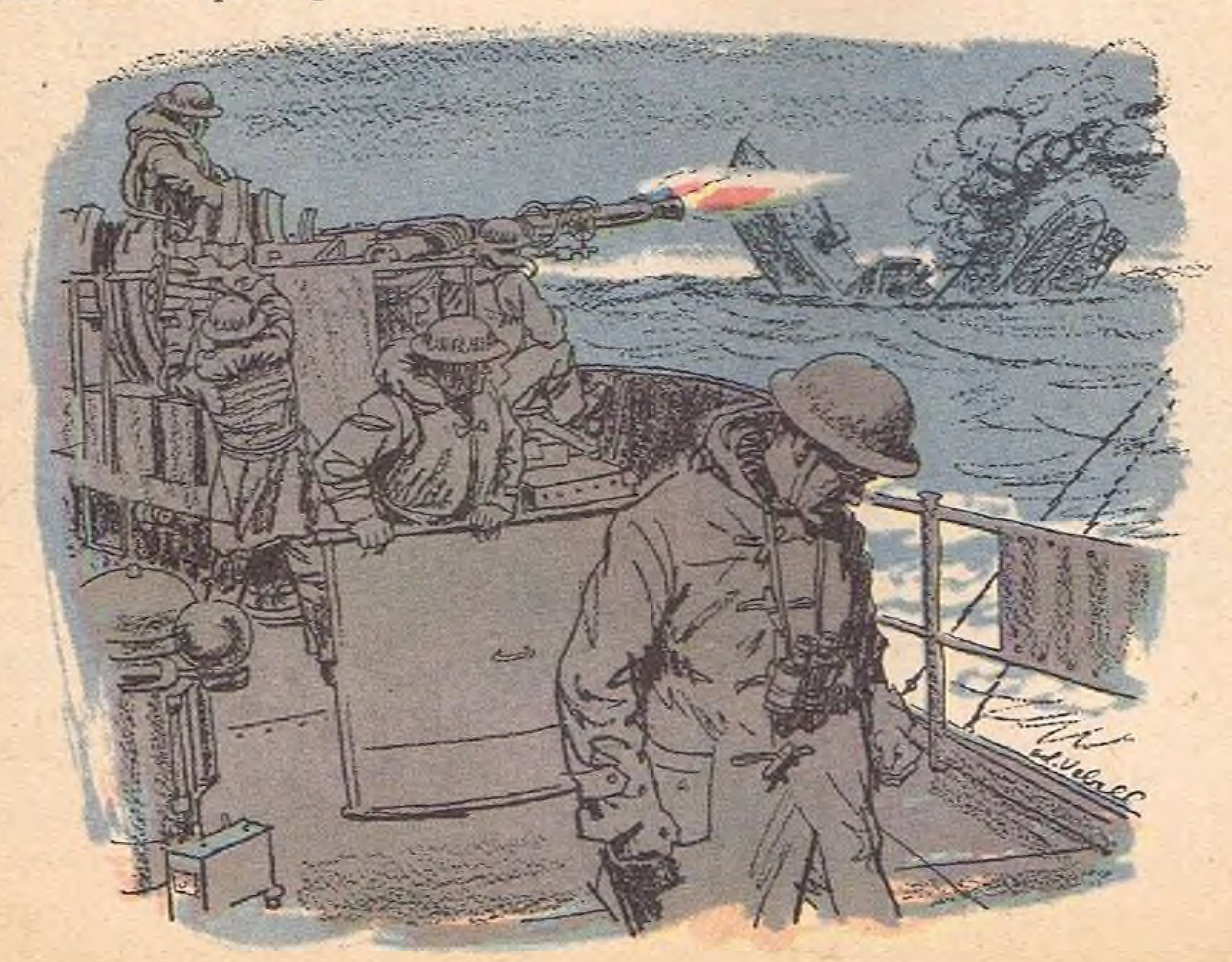
—No se me ocurre qué pueda ser . . . tal vez las sombras de las nubes.

Pero no había nubes; el cielo estaba completamente despejado. A poco se levantó la neblina y se vio con claridad.

—¡Cielo santo! ¡Son soldados! —exclamó el capitán Bush.

Y así era, en efecto. Densos pelotones de soldados llenaban las playas; otros bajaban por las arenosas colinas en filas interminables, como serpientes negras. En el trecho de 15 kilómetros que separaba La Panne de Dunkerque, parecían muelles que se internaban en el mar cada pocos metros: eran "muelles" humanos, formados por soldados que, metidos hasta el cuello en las aguas borrascosas y heladas, esperaban pacientemente las embarcaciones.

Y seguían llegando más, millares más que fluían de los campos en dirección a Dunkerque en la más extraña retirada que se haya visto en los tiempos modernos. Unos venían en patinetas y bicicletas de niños; otros llevaban a los heridos en carretillas; un sargento montaba un caballo blanco de gran alzada; un artillero conducía un tractor con un cañón a remolque; un grupo había bajado en un camión de la basura de Bruselas; otros llegaban a horcajadas sobre las vacas lecheras. A una docena de fusileros de Lan-



cashire, que llegaron en un camión, se les había secado en el camino el agua del radiador. ¿Qué hicieron? Pasaron en ruedo el cubo donde satisfacían sus necesidades fisiológicas, llenaron el radiador con el líquido que alcanzaron a recoger y... adelante. "Sigan en dirección del humo negro", les decían cuando se extraviaban en el camino, pues la terrible conflagración de Dunkerque era visible a 50 kilómetros de distancia.

Muchos lograron llegar por milagro. Un granadero cayó en poder de los alemanes y se pasó tres días mondando patatas, hasta que logró escapar. Un chofer, que anduvo toda la noche siguiendo la lucecilla trasera de un convoy, alcanzó a ver a la claridad del amanecer la cruz gamada en la culata del tanque que seguía. Dio la vuelta y se alejó a toda velocidad.

Mientras las tropas, hambrientas, febriles por las picaduras de los mosquitos, y muertas de cansancio, se movían hacia Dunkerque en una retirada de pesadilla que nunca olvidarían, recibían papeletas invitándolas a rendirse; en ellas se les aseguraba que sus generales se habían marchado a Inglaterra. Cuenta un chofer que, atormentado por el hambre y la sed, acabó por comerse una boñiga mojada en nauseabunda agua de ciénaga. Y un sargento recuerda cómo lloraban sus hombres mientras cavaban la fosa común para enterrar a unas monjas y un grupo de chiquillos destrozados por una emboscada de ametralladoras. Los miles que llegaron a pie nunca olvidarán sus dolores. Marchaban con los pies deformados por las ampollas, vendados los empeines con cañamazo, y las botas rezumando sangre. Un solo pensamiento los sostenía a todos: si lograban llegar a Dunkerque la marina los pondría del otro lado.

Lluvia mortífera

Para el capitán Tennant y su plana mayor, el ritmo de la evacuación era angustiosamente lento. La marea dificultaba el embarque en el dique del este y el oleaje impedía la llegada de los botes a las playas. El miércoles por la tarde había 11 barcos frente al malecón y en las aguas interiores pululaban los destructores, los trasbordadores y otras embarcaciones. Con el cielo limpio de nubes, aquello era una invitación para el barón von Richthofen que mandaba una fuerza de 180 bombarderos Stuka desde su cuartel general de St. Pol, a 80 kilómetros de distancia.

Serían las cuatro de la tarde cuando se desencadenó el ataque. Se oscureció el cielo por el oeste y en pocos minutos la primera oleada de Stukas se fue acercando hasta formar una nube negra. Richthofen había equipado los aviones y sus proyectiles con silbatos de modo que, cuando descendían, un estridente ruido de sirenas helaba la sangre en las venas de los soldados que aguardaban en las playas. Los bombarderos se abrieron en forma de abanico sobre la bahía dejando



caer sus bombas en picado entre Dunkerque y La Panne.

La Real Fuerza Aérea, aunque trató de proteger con valentía suicida al sitiado ejército, no estaba preparada aún para habérselas con las tácticas de la Luftwaffe. Imposible salvar los barcos que se apiñaban frente al dique. No obstante, mientras alguno quedaba a flote, los soldados seguían subiendo a bordo, a despecho de las bombas. Desde el *Canterbury*, el capitán Bernard Lockey los contemplaba cerrar gallardamente sus filas de tres en fondo a medida que aumentaban las bajas.

A corta distancia, los Stukas picaron sobre el destructor *Grenade*. Tres bombas silbantes dieron en el blanco, una de ellas entró por la chimenea; los marineros quedaron dando traspiés en las cubiertas tapizadas con una película resbaladiza de sangre y aceite. Luego, ardiendo de proa a popa como una antorcha, el *Grenade*, sin gobierno, viró hacia el canalizo. Por unos segundos se temió que se fuera a pique y que, bloqueando la entrada a la bahía, impidiera la evacuación. Pero el capitán Jack Clouston pidió un rastreador que lo sacara a remolque y, lentamente, el averiado barco fue saliendo del canalizo. A los pocos segundos el fuego inflamó la santabárbara y con una violenta detonación volaron por el aire 1000 cartuchos de munición.

En las playas, los proyectiles de los Stukas levantaban surtidores de agua de 30 metros de altura a me-

dida que intensificaban el ensordecedor ataque. Toneladas de arena caían sobre las trincheras provisionales y enterraban a los que allí se refugiaban. Un hombre salió de uno de esos agujeros como loco, con solo un taparrabo, diciendo que era Mahatma Gandhi. Otros, que habían saqueado un almacén de juguetes para obsequiar a sus chiquillos, vagaban aturdidos abrazando ositos de felpa y llorando. La bahía quedó hecha un infierno de llamas; chorreaba el metal derretido de las grúas encorvadas y, para completar el dantesco cuadro, los cazas alemanes volaban bajo ametrallándolo todo. Cadáveres de soldados flotaban en el agua por todas partes.

Para muchos lo más horripilante fue el bombardeo e incendio del vapor de ruedas *Crested Eagle*. Con las planchas calientes al rojo y el maderamen de la cubierta levantado como el caparazón de una tortuga, los tripulantes, convertidos en antorchas vivientes, bailaban como derviches locos hasta que se lanzaban al mar.

En medio de todo ese horror, viéronse actos de valor sobrehumano. A bordo del guardacostas *Bullfinch* un valiente se quitaba un momento el clarín de los labios, le daba un sopapo a un compañero presa de pavor, y seguía tocando el himno religioso *Tierra de esperanza y gloria*, sin perder una nota. En la costa, un oficial francés, a quien le pareció insoportable la furia del bombardeo, aconsejó a un comandante inglés que se pusieran a cubierto. El inglés, que flemáticamente se arreglaba las uñas, no quiso: tenía que vigilar unos morteros, según dijo. Más tarde regresó el francés y encontrando el cuerpo de su amigo cruelmente destrozado, volviose a su gente y les dijo:

—Los ingleses son valientes. Este oficial murió con las manos bien cuidadas: pero, miradlo ahora: hasta las uñas le volaron en pedazos.

A bordo del *Oriole*, fondeado en la bahía, el teniente Edwin Lacey Davies tomó una resolución repentina. Las tropas que veía amontonadas en la playa necesitaban de un muelle, y el único de que podía disponer era su mismo *Oriole*, viejo barco de ruedas de 432 toneladas, convertido en dragaminas.

—Sólo hay una cosa que hacer —le dijo a su ayudante—: lo haré encallar hasta que suba la marea. Así podrán otros enviarme sus botes.

Con mucha calma maniobró el *Oriole* hasta poner la proa a la playa; una vez en esa posición las paletas batieron el agua y, dejando una estela de espuma, se precipitó a toda máquina hasta que el casco se detuvo sobre la arena.

Gracias a este gesto valeroso, más de 2500 soldados pasaron aquella tarde por las cubiertas del *Oriole* para embarcarse en los botes salvavidas que allí enviaron otros barcos. Y aunque la Luftwaffe continuaba el bombardeo, ni una sola bomba llegó a tocarlo.

Con la pleamar flotó de nuevo el *Oriole* y se encaminó a Inglaterra con 600 hombres a bordo. Allí Da-

vies dirigió el siguiente parte al almirante Ramsay: "Intencionalmente encallé el *Oriole* con el objeto de apresurar la evacuación de tropas. Volvió a flotar, sin daño aparente. Volveré a encallar si las circunstancias lo requieren".

Ramsay resumió en su respuesta el espíritu de Dunkerque: "Su actuación queda aprobada sin reservas". Y a pesar del furioso ataque de los Stukas, 47.310 soldados fueron trasportados a Inglaterra ese miércoles. Eran muchos más de los que la marina esperaba rescatar; hasta ese momento se habían salvado ya 72.783.

Lord Gort recibe una orden rigurosa

El almirante Jean Abrial, comandante francés de Dunkerque, había creído que los ingleses retiraban únicamente parte de sus fuerzas, pero el jueves, cuarto día de la evacuación, supo la verdad desconcertante: el ejército de Gort se retiraba en masa. Abrial pidió una explicación de semejante desafuero, pues según la organización de los Aliados, se suponía que Lord Gort estaba a las órdenes del alto mando francés.

Gort le respondió sin ambages que ese era un asunto que incumbía a los gobiernos de sus países respectivos. La respuesta enfureció tanto al almirante francés que amenazó con cerrar el puerto y arrestar al almirante inglés, si fuera preciso.

—¿Qué clase de personaje se ha creído que es este Lord Gort? —preguntaba furioso el almirante Abrial al capitán Henderson, oficial británico de enlace naval.

Henderson rogó al almirante que se abstuviera de proceder precipitadamente e inmediatamente llamó a Ramsay en Dover.

—Mire usted —le dijo—: hace días que se está efectuando la evacuación y nadie le ha dicho una palabra al almirante francés. Por lo menos su gobierno debía ponerlo al corriente y también es justo que a los soldados franceses se les dé igual oportunidad de escapar.

Ramsay convino al instante y prometió hablar personalmente del asunto con Winston Churchill.

Henderson se sintió algo más tranquilo cuando colgó el teléfono. La evacuación continuaría —ingleses y franceses hombro a hombro— aunque nunca olvidaría el amargo reproche del almirante Abrial:

—Comprendo que usted debe ser leal con su país, pero también es oficial de mi estado mayor. ¿No habría podido tener la lealtad suficiente para hacerme saber lo que estaba pasando?

Mas Gort, sumergido como estaba en las dificultades sin tregua de mandar un ejército en plena derrota, no abrigaba dudas acerca de quién merecía ante todo su lealtad. Hasta entonces el fiero batallar de sus tropas de primera línea había impedido que los alemanes le cortaran la retirada. Ese día se encontraban cerca de 200.000 hombres dentro de la cabeza del puente de

Para los que les ha madurado la barba

Como es natural, para las primeras afeitadas casi cualquier cosa sirve . . . ¡hasta jabón de tocador! Pero si la barba se le ha endurecido y quiere afeitarse cómodamente y a ras, usted necesita una crema de afeitar para hombres... ¡la Crema de Afeitar



Williams, rica en extracto de lanolina! Suaviza la barba como la toalla caliente del peluquero... ¡usted obtiene una afeitada de lujo . . . completamente a ras y tan suave que es una delicia! Pruebe la Crema de Afeitar Williams

CON O SIN
MENTOL



Dunkerque —50.000 listos a embarcarse— y él estaba decidido a correr con ellos la misma suerte.

—Dígales usted allá, que nadie ni nada en el mundo me hará regresar a Inglaterra. Aquí me quedaré hasta quemar el último cartucho —había dicho a su joven ayudante, el vizconde Lord Munster, que se había embarcado para Dover la noche anterior.

Lord Munster sabía, no obstante, que para salvar a la Gran Bretaña se necesitaban hombres del calibre de Gort en la lucha que estaba por venir y, apenas llegado a Londres, fue a ver a Winston Churchill, el único hombre en Inglaterra capaz de hacer cambiar de parecer a Lord Gort.

El Primer Ministro acababa de desayunarse y estaba en pijama debajo de una bata negra recamada de oro cuando llegó Munster. Al momento llamó a su *valet* y le ordenó traer ropa interior seca para su huésped, que había andado en el mar un buen trecho la noche anterior para embarcarse, y estaba hecho una sopa.

Con todo, el joven lord no perdió tiempo en rendir su informe: el general en jefe estaba empeñado en sacrificar su propia vida, dijo, y había que traerlo a casa.

Churchill, que no era hombre que se desviara de la rutina, se disponía en ese momento a tomar su baño.

—Supongo que usted no se escandalizará, mi joven amigo.

—Oh, no, en absoluto.

Momentos después, metido en una combinación de lana que lo envolvía como un saco, Munster se sentó en el borde de la bañera donde Churchill chapoteaba feliz. "Sólo le faltaba un rosado patito de celuloide para completar el cuadro", recuerda Munster afectuosamente.

El viejo luchador compartió la opinión de Munster: sería imperdonable permitir que Gort pereciera al frente de sus tropas.

—Debemos impedirlo —gruñó y, apenas salió del baño, escribió con mano firme la orden para que Gort nombrase un sucesor y regresara inmediatamente a Inglaterra. "Esta orden es terminante —decía—. Su captura supondría un triunfo gratuito para el enemigo".

La armada increíble

YA HACÍA dos días que venían reuniéndose pequeñas embarcaciones a lo largo de la costa. Llegaban de Margate y Dover, de Portsmouth y Sheerness, de todos los puertos del país, y formaban ya una flotilla de casi mil unidades, entre balandros, remolcadores, lanchas de motor, gabarras, chalupas, yates y balleneras. El jueves por la tarde los oficiales encargados de las pequeñas embarcaciones recibían las últimas instrucciones en el puertecito pesquero de Ramsgate, cerca de Dover. "Ya podéis salir ¡y buena suerte! Poned la proa hacia donde truenan los cañones". Y hacia aquel inconfundible concierto de explosiones de Dunkerque enderezaron el rumbo.

Jamás hubo flota igual. Tripulada por ricos y notables, por pobres y desconocidos, por viejos y jóvenes, era una armada de socorro internacional: verdaderamente las Naciones Unidas en barcos y hombres. Un fraile dominicano iba como patrón del yate *Gulzar*. Un empleado del Banco de Inglaterra se presentó a cumplir con su deber a bordo de una ballenera, con paraguas, sombrero hongo y pantalones rayados. El mayordomo chino Ah Fong hacía el té a bordo del *Bideford* y el conde de Craven servía como tercer maquinista en el remolcador *St. Olave*. El californiano John Fernald mandaba uno de los 12 botes que arrastraba el remolcador *Racia*. Una dotación de irlandeses maniobraba en el dragaminas *Fitzroy* recibiendo órdenes a través de un intérprete que les hablaba en su lengua gaélica.

Algunos lograron alistarse a fuerza de labia, a pesar de los escrúpulos oficiales. La camarera Amy Goodrich, única mujer que se ganó una condecoración en Dunkerque, había jurado que mientras viajaran enfermeras en el barco hospital *Dinard*, ella no lo abandonaría. Y así fue.

Cuando la marina de guerra quiso expropiar la motonave *Bee*, de 70 toneladas, excluyendo su tripulación, el maquinista Fred Reynard protestó tan violentamente que fue llevado a presencia del almirante Sir William James, comandante en jefe en Portsmouth.

—Perdone usted, señor almirante —le dijo Fred—. ¿Pero qué saben sus jóvenes oficiales de motores suecos? Yo vengo lidiando con ellos desde 1912.

—Es que no podemos garantizarle el regreso —le respondió el almirante—. ¿Se ha hallado usted alguna vez en un bombardeo?

Fred, que era veterano de la primera guerra mundial, le respondió:

—¿No ha oído hablar de Gallipoli?

El almirante se dio por vencido y Fred Reynard y su tripulación hicieron rumbo a Dunkerque... a pesar de que nunca habían cruzado aguas más anchas que las del canal del Solent de 6400 metros que separa a Portsmouth de la isla de Wight.

Centenares de aquellas embarcaciones, construídas para cortos trayectos de navegación fluvial, jamás se habían hecho a la mar hasta entonces. Pocas disponían de protección contra minas y casi todas carecían de provisiones y armamento adecuados. Una de ellas salió con una sola lata de tabletas de leche malteada como alimento para toda su dotación. Una patrulla de enfermeros, a bordo de un remolcador, advirtió la escasez de vendajes quirúrgicos y, sin más ni más, desgarraron sus ropas interiores. Para no quedarse atrás, el capitán ordenó a la tripulación que rasgaran toda sábana o funda que hallaran, incluso sus propias camisas.

Y la flotilla de barquichuelos seguía cruzando las aguas del Canal de la Mancha. Entre ellos iba el

Count Dracula, antigua lancha de un almirante alemán hundida en Scapa Flow en 1919 y rescatada años más tarde; el *Jacinta*, pesquero, hediondo a bacalao; el famoso yate de regatas *Endeavour*; el cañonero *Mosquito*, artillado todavía para perseguir piratas chinos en el río Yangtze, y el costero *Dumpling*, construído en tiempo de Napoleón y mandado por un anciano patrón de 70 años.

Cuando la flota se aproximaba a Dunkerque, hasta los más avezados marinos sintieron un nudo en la garganta; aquella proeza absurda y magnífica no tenía precedentes en la historia naval de la humanidad. Sobre el puente del destructor *Malcolm*, el teniente Ian Cox casi lloraba de emoción al ver los barcos conducidos por el *Woolton*, viejo carcamán que hacía el trasbordo de automóviles en la isla de Wight y, con voz alterada, recitó los clásicos versos de Shakespeare en *Enrique V*, que hablan de otra batalla en Francia:

"And gentlemen in England, now
 abed,
Shall think themselves accursed
 they were not here;
And hold their manhoods cheap,
 whilst any speaks
That fought with us upon St.
 Crispin's Day".*

*"Y en Inglaterra los caballeros que se quedaron en cama se sentirán malditos por no haberse hallado aquí; y se avergonzarán de su poca hombría cuando hable alguno de los que pelearon con nosotros el día de San Crispín".

El infierno de Dunkerque

La flotilla de rescate se acercaba a un infierno indescriptible. Bramaban las llamas del incendio de dos millones de toneladas de combustible que se escapaba de los depósitos del puerto, despedazados por las bombas, elevándose a una altura de 3000 metros en un perímetro de kilómetro y medio de extensión. El aire apestaba a humo, a carne de caballo podrida, a cordita, a tabaco viejo, a ajo y a aceite rancio. Una multitud de sonidos discordantes ensordecían los oídos: el silbido de las bombas, el continuo lamento del claxon atascado de una ambulancia abandonada; los bufidos y relinchos de los caballos de la brigada francesa que se revolvían llenos de pánico; y, cosa incongruente, el lejano quejido de las gaitas escocesas que salía de las dunas.

A lo largo de 30 kilómetros de nebulosa costa, interminables filas de soldados se extendían aún por la arena. A veces la aparente proximidad de los barcos surtos en la bahía los hacía olvidar toda precaución y entraban resueltamente en el agua donde con frecuencia hallaban la muerte. Desde la cubierta del destructor *Impulsive*, el fogonero Walter Perrier fue testigo de un espectáculo horrendo, a cámara lenta: un grupo de soldados con el equipo completo avanzaba hacia su barco con el agua al pecho llevando el fusil en alto sobre las cabezas. Cada vez se iban metien-

do más adentro como hipnotizados, hasta que al fin las olas los cubrieron por completo y desaparecieron.

A veces, tras de chapotear en el agua, los soldados se metían en los botes tan precipitadamente que no daban tiempo de maniobrar a los remeros. Después de arrostrar un fuerte oleaje, una ballenera logró llegar a la costa, sólo para ser volcada por el ímpetu de 20 *tommies* que quisieron abordarla al mismo tiempo. Antes que la tripulación lograra enderezarla, los soldados se habían ido al fondo como las balas de plomo entre las aguas borrascosas.

Por entonces millares sufrían las torturas del hambre. Con el ferrocarril destrozado por el bombardeo, Dunkerque había quedado privado de casi todo abastecimiento desde hacía días y las gentes, desesperadas, buscaban toda clase de desperdicios que se dejaran clavar el diente. La sed era otro tormento. Por todas partes vagaban los soldados con los labios partidos y cubiertos de arena chupando piedrecillas o lamiendo el agua de lluvia recogida en las canales de las casas.

Con todo, no faltaba una nota de buen humor. Desde un montículo en las dunas contemplaba un sargento, sin dejar de reír, a seis marineros de agua dulce que, metidos en un bote salvavidas, remaban con todas sus fuerzas sin lograr avanzar. Fue preciso que unos marinos de verdad se acercaran en una lancha y les advirtieran que el bote estaba anclado por ambos extremos.

Otro sargento, con el agua a la cintura, hacía pruebas de prestidigitación con cartas y monedas. Por allí cerca otros escuchaban embelesados, en corro, a un concertista que tocaba la armónica. Cuatro motociclistas de los Zapadores Reales daban una función acrobática con sus ruidosos aparatos y un soldado, montando un caballo castaño, imitaba un acto de circo cosaco. Más allá, 22 hombres jugaban una partida de *cricket*. Cada vez que algún avión enemigo se cernía sobre ellos para ametrallarlos, se dispersaban y volvían a reanudar el juego cuando pasaba el peligro.

Apretando el paso

Gort había dado la orden de destruir todos los vehículos que no fuesen indispensables, con el objeto de no dejar atrás nada que pudiera ser útil a los alemanes. Los oficiales entendieron que debían quemar y hacer añicos todo cuanto perteneciera a la Gran Bretaña y los soldados, armados de mandarrias y sopletes, se dedicaban a la tarea destructiva con entusiasmo de vándalos. Se llevaban los camiones a un sitio determinado y allí se desmantelaban y quemaban en grandes piras funerarias. El general Harold Alexander concibió el plan de destruir los vehículos y utilizarlos al mismo tiempo. Si la flota tenía tan urgente necesidad de muelles, razonó, ¿por qué no formar diques metiendo los camiones lo más adentro posible del mar?

¿Se le ocurrió a Vd. alguna vez pensar en la vida que hacen las hormigas en sus subterráneos?

Estrategia de la Química contra las Hormigas . . .

UNA VIDA de hormigas, naturalmente! ¿Trató el lector alguna vez de comparar la impresionante organización de esa minúscula especie con algunas de las actividades humanas?

¡La organización social de las hormigas en su habitación subterránea es comprobadamente una de las más perfectas del reino animal!

Basta decir que, de entre las 5.000 especies y variedades existentes en el mundo, una gran parte tiene métodos de plantación y cultivo semejantes, en muchos aspectos, a los del mejor agricultor. Las hormigas se alimentan exclusivamente de hongos que ellas mismas cultivan sobre las plantas por ellas recogidas y almacenadas. Hay hormigas "soldados", cargadoras, obreras y segadoras, las cuales, con tareas definidas, cuidan de ese cultivo de hongos en el subsuelo, a costa de la Labranza, que, a través de los tiempos, ha tenido en ellas su enemigo más común. Ese es uno de los más grandes problemas actuales de la agricultura.

La ciencia ha desarrollado los más diversos recursos para combatir esos seres diminutos, organizados en sociedades subterráneas de destrucción. El uso del gas fué el que logró los resultados más alentadores como defensa definitiva contra las hormigas. Sin embargo, ellas consiguen una manera de evitar la contaminación de los hormigueros, aislando hábilmente las galerías ya dominadas por el gas.

Conociendo el eficaz instinto de defensa de las hormigas, un equipo de técnicos, químicos y biólogos brasileños estudió, durante años, la fabricación de un formicida infalible y de empleo sencillo y económico.

La química ha dado, por fin, con una estrategia: *cebos* recubiertos de una capa de esencias vegetales de olor y sabor específicos para las hormigas que se conservan, aun después que haya sido abierto el paquete. Seducidas por esa atracción, las hormigas fatalmente llevan los cebos al núcleo de los hormigueros, donde, 24 horas después, la humedad y temperatura propias del hormiguero provocan la emanación de un vapor de acción fulminante, violentamente tóxico, incoloro, que permanece en el interior de la colonia recorriendo todos sus laberintos y haciendo imposible la supervivencia del "nido". Gracias a ese descubrimiento de los técnicos de la NITROSIN S. A., iniciadora de los cebos formicidas, el Brasil tiene hoy uno de los más perfectos formicidas del mundo: ISKATOKS –el único que reúne todas las estratagemas eficaces para neutralizar totalmente al viejo enemigo: la hormiga.

Datos y muestras: calle Montevideo 527. Buenos Aires.

Y así se hizo: un chofer encabezaba el desfile y los camiones se fueron internando tras él hasta quedar casi cubiertos por las aguas. En seguida otros se ocuparon de aserrar planchones y de colocarlos sobre los techos hasta que fueron tomando forma los diques compuestos de 20 vehículos, uno tras otro. A poco desfilaban sobre los planchones las tropas, de tres en fondo, y así llegaron a los botes salvavidas, que de otro modo nunca hubieran podido alcanzar.

Cada hora se complicaba más el tráfico en las líneas de retirada. Los carromatos que había utilizado el ejército como trasporte de emergencia se descomponían y obstruían todos los caminos. Los franceses abrieron las esclusas de Watten y Moeres e inundaron la campiña plana en una extensión de 20 kilómetros. Y aunque esto fue un factor decisivo para detener el avance de los alemanes, habían formado una laguna que obstaculizaba el paso de las tropas británicas que huían.

Un soldado raso se hallaba tan desconcertado que se fue derecho al general Alexander y le preguntó sin miramientos:

—Usted, que parece ser uno de los que aquí mandan, ¿no me podría decir en dónde hay un barco que me lleve a Inglaterra?

A pesar de la indignación de sus ayudantes de campo, Alexander le respondió imperturbable:

—Sigue a ese grupo que va por allá, hijo.

—Gracias —le contestó el soldado—: usted es el mejor amigo que he encontrado en 100 kilómetros.

En cambio, el capitán Edward Bloom dio, por desgracia, con un general muy apegado aún al reglamento. Antes de que sus 380 hombres pudieran entrar en el puerto debía presentarle una lista por triplicado, en cierto formulario rosado que se usaba en tiempo de paz. Naturalmente, Bloom no tenía tal formulario, así que entró en una casa desocupada y, encontrando un rollo de papel higiénico, escribió en él con mucho trabajo los nombres de los soldados de su compañía y le llevó la lista al general.

—¿Se quiere usted burlar de mí, capitán? —tronó el superior.

—No, mi general —contestó imperturbable—: he cumplido sus órdenes lo mejor que he podido, pero no tengo papel carbón.

Por más que refunfuñó el general, Bloom y sus hombres ganaron la partida, y aquel rollo de papel higiénico, debidamente inscrito, les sirvió de pasaporte para entrar en Dunkerque.

Entre todos los jefes de la playa de La Panne, el comandante Valdes Gates era quizás el que más compenetrado estaba con su gente. Muchas veces, a la cabeza de la fila presenciaba con el agua al cuello el embarque de sus soldados para regresar de nuevo a las dunas. Él les tenía cariño y ellos le pagaban en la misma moneda. Mas no siempre había sido así. Cuando su unidad estuvo acantonada en Lievin du-

rante la "falsa guerra", Gates se desesperaba con las broncas que armaban sus muchachos en los burdeles y los cafés del poblado; y para combatir ese mal organizaba desfiles para ir a misa y largas marchas con el equipo completo. Con esa guerra contra el pecado se había hecho odiar de la tropa, pero el resentimiento se desvaneció cuando, al comenzar la retirada, su gente se sintió capaz de aguantar largas y penosas marchas, en tanto que otras unidades se quedaban rezagadas a la vera de los caminos.

Ahora, uno de los sargentos se le acercaba y le decía tímidamente:

—En mi nombre y en el de mis compañeros quiero decirle esto, mi comandante: cuando usted inventó esos desfiles y esas marchas, todos creímos que eran ganas de fastidiar. Pero ahora le damos la razón.

Gates se sintió invadido por un torrente de afecto. Sabiendo que su gente no necesitaba ya de disciplina, sino de consuelo, se levantó de pronto y gritó:

—¡Todos de rodillas! El padre va a pedir a Dios Todopoderoso que tenga piedad de nosotros.

Mientras el capellán entonaba una plegaria en voz baja, Gates miró en derredor y su corazón palpitó de emoción. No sólo los 500 hombres que mandaba sino varios centenares más se habían arrodillado en la arena: era un mar de cabezas descubiertas inclinadas en silenciosa oración.

Aquel jueves fue el mejor día de la evacuación. Con la ayuda de los innumerables barquichuelos que hacían el trasbordo de las tropas entre la playa y los buques de más calado, fue posible rescatar 53.823 hombres.

Continúa el milagro

Pero las pérdidas eran horripilantes. El viernes todo el distrito de Dover contiguo a los muelles se había convertido en inmenso astillero donde carpinteros, ingenieros y buzos trabajaban febrilmente en la reparación de barcos averiados; y cada viaje a Dunkerque era una pesadilla; al llegar al puerto se veía una selva de mástiles y chimeneas emergiendo del agua. Un viento fuerte sopló esa mañana y, al aumentar el oleaje en las aguas bajas, docenas de barquichuelos zozobraron y encallaron en la arena. Para colmo de males, las líneas de defensa se habían replegado tanto que ya los cañones alemanes hacían perfecta puntería sobre la bahía. Toda la mañana temblaron los muelles bajo el fuego de la artillería; en La Panne, caían los proyectiles al borde del agua en una extensión de un kilómetro.

Raras veces habían sufrido barcos y tropas un castigo igual; tanto Ramsay como Tennant creían que sólo un milagro podía salvar a los 100.000 hombres que todavía esperaban la llegada de botes para embarcarse.

Pero en Inglaterra se realizaban milagros. Las tripulaciones de los barquichuelos bregaban sin cesar; cada hora llegaban más. Tantos se



juntaban, que al capitán Toulouse-Lautrec del barco francés, *Sirocco*, le recordó los Campos Elíseos a la hora del tráfico más intenso. Todo el día estuvieron llegando: barcazas del río con remos gigantescos y velamen bermejo, una falúa de la Real Fuerza Aérea, la pinaza *Minotaur*, de la armada, tripulada por marinos adolescentes y hasta una balsa del cuerpo de bomberos de Londres.

Pocos tripulantes iban protegidos con cascos de acero contra la metralla. Los del pesquero de ostras *Vanguard* se habían cubierto la cabeza con peroles y cubos de cinc, mientras trasportaban soldados a un yate. Muchos botes iban y venían sin hacer caso del bombardeo. Entre ellos el *Prudential*, tripulado por civiles, estuvo maniobrando 30 horas seguidas entre la playa y los destructores, llevando a bordo 160 soldados en cada viaje, o remolcando otras embarcaciones averiadas, y así llegó a salvar un total de 2800 hombres.

Y las tropas, entusiasmadas ante el asombroso aumento de la flotilla, salían al encuentro de los botes. Muchos se habían ingeniado ya la manera de salir mar afuera. Uno navegaba sobre una puerta, otro flotaba sobre un escaparate de madera y otros en balsas fabricadas con barriles. Un pañolero del dragaminas *Ross* se quedó embelesado viendo a un soldado que, a bordo de un neumático de automóvil, remaba con el fusil a más no poder.

Así, a fuerza de valor y resolu-

ción, continuaba efectuándose el milagro de Dunkerque; luchando contra lo imposible se trasportaron ese viernes, 31 de mayo, 68.014 soldados a Inglaterra, el número mayor logrado en 24 horas durante toda la evacuación.

¡Parabienes!

A LAS cinco de la mañana del sábado, primero de junio, el vizconde Gort desembarcaba de mala gana de la lancha torpedera que lo había llevado a Dover. Un funcionario del gobierno que había salido a recibirlo en automóvil, se apresuró a manifestarle el alivio que sentía al ver que el general en jefe regresaba sano y salvo.

—El que yo regrese sano y salvo no hace al caso. ¡Lo que importa es el regreso de mi ejército! —le respondió Gort con ira.

Gran parte había sido rescatada ya. La mayoría de las Fuerzas Expedicionarias Británicas, como también varios miles de soldados franceses (que Churchill había convenido en evacuar), se hallaban ya en Inglaterra. Pero más de 65.000 ingleses, entre ellos la flor y nata de las defensas de retaguardia, quedaban todavía en Dunkerque . . . amén de 50.000 soldados franceses. Gort temía que los alemanes llegasen de un momento a otro a las playas e impidieran que continuara el éxodo.

No cabe duda de que la Luftwaffe hizo todo lo posible. A las 7:20 de la mañana Richthofen lanzó un ataque con todos sus elementos, que

habría de continuar el día entero. Mas esta vez sus aviones encontraron oposición más decidida por parte de la RAF, y cuando descendían para ametrallar a las tropas eran recibidos con nutrido fuego de fusilería por los rabiosos infantes. Hora tras hora estuvieron picando los Stukas sobre las tropas que, pacientemente, iban entrando en los barcos.

Ese día se trasportaron a Inglaterra 64.429 hombres, cifra increíble. Pero a las seis de la tarde el capitán Tennant vio que la marina estaba pagando demasiado cara la evacuación diurna; solamente quedaban nueve destructores; no había proporción entre las pérdidas de buques y el número de hombres que todavía quedaban por salvar.

En ese momento, ante sus propios ojos, seis Stukas acribillaban sin piedad al viejo destructor *Worcester*, que salió bamboleándose de la bahía, con una lista de bajas de 350 muertos y 400 heridos. Tennant se puso súbitamente de pie y le dijo al general Alexander, sucesor del vizconde Gort:

—Lo siento, mi general, pero esto no puede seguir así. Avisaré a Ramsay que suspenda el envío de barcos durante el día.

Irónicamente, los jefes de la Luftwaffe terminaron la jornada descorazonados y cabizbajos, pues cuando el último de los Stukas regresó a su base, el barón von Richthofen ya sabía que había concluído el bombardeo a Dunkerque: Hitler había ordenado cambiar de objetivo. Desde el lunes en adelante todos los aviones deberían aprestarse a hostilizar los aeródromos de los alrededores de París.

Cuando el dragaminas *Speedwell* entraba lentamente en Dover, el sábado por la tarde, un oficial le gritó al capitán desde el muelle:

—¿Cuántos vienen a bordo?

—Quinientos noventa y nueve hombres . . . y una mujer —contestó éste por el megáfono.

Al oír la sonora carcajada que recibió estas palabras, Augusta y Bill Hersey comprendieron que al fin estaban en casa, sanos y salvos.

Habían hecho un viaje lleno de peripecias. Por pura casualidad Bill alcanzó a su mujercita con tiempo de embarcarse juntos en el destructor *Ivanhoe*. Pero horas más tarde el *Ivanhoe* quedaba despedazado por las bombas y, también por pura suerte, Bill y Augusta lograron trasbordar al *Speedwell*, que había acudido al salvamento.

Y ahora, tras una travesía infernal, arribaban a una Inglaterra que se deshacía en entusiastas manifestaciones de bienvenida. Al ver que un continuo desfile de millares de soldados bajaba a tierra, se hacía evidente que la mayor parte del ejército británico se había salvado, y el puerto se llenaba de una alegre algarabía de carnaval.

Todo el domingo la multitud llenó calles y terraplenes a lo largo de 65 kilómetros entre Dover y Londres, vitoreando los trenes de tropas. Por todas partes había letre-

Qué pasa?...

Pasa... que hay

HESPERIDINA

en casa!

Un sillón... el diario... Y el bienestar en el hogar es completo con unos tragos de HESPERIDINA! No sólo los casados; también los solteros, y toda la familia, exclaman frecuentemente: "Cuando llego a casa, lo primero que hago es servirme una copa de HESPERIDINA"! Positivamente: la HESPERIDINA es, por excelencia, la bebida familiar en la Argentina. Ud., que sabe bien lo que es bueno, sabe muy bien que bien sabe la HESPERIDINA...

Con soda, hielo y limón: contra la sed, la mejor solución!

Gran aperitivo... exquisito licor!

Con caña, fernet o gin... formidable copetín!

HESPERIDINA



Gran aperitivo... exquisito licor!

ros de bienvenida, ondear de banderas, música de bandas. La prensa se hizo eco del sentimiento popular con grandes titulares que destacaban la magnitud de la increíble proeza.

Ese domingo por la noche regresaron 26.256 hombres más a gozar de esas lisonjas. Mas no habría ovación de bienvenida para otros 68.000: los muertos y los prisioneros de la retirada. En la estación de ferrocarril de Dover se repetía una y cien veces la misma escena: la esposa o la novia del soldado que, pálida y angustiada, se escurría entre la multitud entusiasta preguntando ansiosamente:

—¿Ha visto usted a mi Johnny?

—No sé, preciosa ¿de qué regimiento?

—Dorsets . . . Segundo de Dorsets . . .

—En el otro coche vienen unos de Dorsets; quizás esté allí.

Y si la suerte lo quería . . . quizás allí lo hallaba.

"Se acabaron los ingleses"

Aunque parece increíble, la evacuación, que en su fase final se efectuó de noche, continuó hasta las primeras horas del martes, 4 de junio. Durante esos últimos días los alemanes habían rectificado la puntería de sus cañones de modo que dominaban perfectamente la bahía y cada diez minutos, con toda precisión, disparaban una andanada sobre las embarcaciones que allí se apiñaban. Varios grupos de soldados que habían quedado sin jefes se escondían entre las ruinas de la ciudad temerosos de pasar bajo el castigo de fuego sin tener quién los guiara. Mas cuando no había soldados a la vista, la marina enviaba en su busca patrullas que recogían y juntaban a los rezagados con poca dificultad, pues la disciplina se mantuvo rígida e inquebrantable hasta el fin.

En esos últimos días se rescataron 52.921 soldados más, en su mayoría franceses. En total se había salvado el número casi increíble de 338.226 hombres, de los cuales 139.911 no pertenecían a las tropas británicas sino a las de otras naciones aliadas.

Pero "las guerras no se ganan con evacuaciones". Así lo había dicho el primer ministro, Winston Churchill. Y la Gran Bretaña había pagado un precio exorbitante por el rescate de su ejército. Había perdido más de 200 barcos y 177 aviones, entre éstos el 40 por ciento de sus bombarderos de primera línea. El equipo de diez divisiones yacía destruído o esparcido sobre los campos de Flandes: una pérdida de más de 2000 cañones, 60.000 vehículos, 76.000 toneladas de municiones y cerca de 600.000 toneladas entre bastimentos y combustible. Para hacer frente a las 200 divisiones alemanas, sólo quedaban elementos para equipar dos británicas, y en toda Inglaterra (así lo reveló Churchill más tarde), no había más que 500 piezas de artillería de 75 mm. y obuses, algunos recogidos en los museos.

El hombre que ha conquistado los continentes, no ha podido dominar ni cambiar los océanos.

RACHEL L. CARSON (1951)

Hoechst ayuda

Esta "isla de salvación" a base de tejido ®TREVIRA **de alta resistencia** impregnado de goma, queda en pocos segundos en condiciones de navegar. No zozobra y protege a los náufragos de las inclemencias del tiempo. Los tejidos a base de TREVIRA de alta resistencia no son atacados por el agua de mar, no se desgarran y son extraordinariamente ligeros. Se emplea TREVIRA de alta resistencia - la fibra poliéster de Hoechst - para lonas, cabos, cuerdas, redes de pescar, correas trapezoidales, cinturones de seguridad y otras muchas aplicaciones.

RA 23-Sp



FARBWERKE HOECHST AG.

FRANKFURT (M)-HOECHST · ALEMANIA

La vida de Inglaterra estaba en la balanza y, para muchos alemanes, su fin era cuestión de tiempo. Con las primeras luces del martes, el comandante alemán Hans Sandar y sus artilleros bajaron a la costa de Dunkerque y se detuvieron sorprendidos ante la multitud de vehículos esparcidos en desorden por las playas, los paseos o en las aguas del mar.

—Mira —dijo Sandar a su chofer—: exactamente lo que buscábamos. Tira mi coche a la basura, pesca ese Buick que está en el agua y ponlo a andar.

—Así que los ingleses han salido, ¿eh? —comentó el comandante de su regimiento, Oberst Priesz.

—Los ingleses se acabaron —le respondió Sandar, apuntando el dedo pulgar hacia los despojos.

La plana mayor alemana y el propio Fuehrer creían lo mismo.

—Muy poco o nada vamos a oír hablar de los ingleses en esta guerra —le decía Hitler días después al general Ewald von Kleist.

Al parecer, los ingleses eran los únicos que no se daban cuenta de que estaban totalmente derrotados. Winston Churchill era la voz de Inglaterra cuando habló en el Parlamento aquella tarde: "Ni flaquearemos ni abandonaremos la empresa. Seguiremos hasta el fin. Pelearemos en Francia, pelearemos en los mares y en el océano. Defenderemos nuestra Isla a cualquier precio. Pelearemos en las playas, pelearemos en los desembarcaderos, en los campos, en las calles, pelearemos en las colinas . . . No nos rendiremos jamás".

Y, así quedó escrito en la Historia.



Un amigo dijo a Jackie Gleason, el conocido cómico de la televisión, que parecía haber engordado; a lo que el aludido respondió: "Hace poco me fui a pesar a una de esas básculas que marcan el peso en una tarjetita, y en la mía venía este mensaje: Vuelva dentro de diez minutos, pero solo". —J. M. C.

Se vuelven locas

Una mañana, en la cama, pregunté a mi mujer:

—¿Qué hora es Matilde?

Y ella volvió, soñolienta, la cabeza hacia la pared diciendo:

—No puedo ver el reloj.

Entonces comenté:

—Matilde, eres la mujer más bella del mundo.

Al instante me comunicó:

—Son las ocho y cuarto.

Moraleja: Un piropo hace volver la cabeza a una mujer. —K. C.

La importancia de no tener experiencia

Por Clarence Randall
Director y ex-presidente de la Compañía Inland Steel



UN BUEN DÍA del año 1925 recibí una carta de una gran fábrica de acero, y me quedé de una pieza. "Tenemos trabajo para usted", me decían.

Era yo un novel abogado en una población minera y no había oído hablar de tal compañía. Mi asombro aumentó cuando llegué a Chicago para entrevistarme con los directores de la empresa. El propio presidente me recibió en su amplio despacho y me propuso que cerrara los códigos para siempre y me dedicara a administrar sus minas.

Le dije que jamás había puesto los pies en una mina, a lo que contestó: "Ya lo sabemos. Pero sólo queda un punto por decidir: ¿desea usted el empleo o no?"

Aunque no las tenía todas conmigo, acepté.

Años más tarde supe que me habían elegido no a pesar de mi inexperiencia, sino en parte *a causa de ella*. Mi sabio mentor me dijo: "Un técnico especializado habría hecho solamente aquello para lo que había sido adiestrado. A nosotros nos interesaba un hombre de amplia cultura, que estuviera dispuesto a meterle mano a cualquier tarea".

Entonces comprendí lo afortunado que había sido al no saber durante mis años de estudios que había de entrar en la industria del acero. Si lo hubiera sabido, me habría preparado para ello, lo cual hubiera sido una gran equivocación.

La educación es una labor que dura toda la vida. Para madurar espiritualmente, el hombre ha de tener una mente despierta, que busque nuevas ideas a lo largo de toda su existencia.

Precisamente para tales individuos fue concebido el READER'S DIGEST cuya selección asombrosa de informaciones de trascendental importancia, permite al lector gozar de conocimientos y experiencias de los que habría carecido de otro modo. Para millones de personas constituye una amena manera de conservar la mente en un saludable estado de estímulo intelectual.

m$n20.

Enero de 1962

Selecciones

del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Cubierta: Relojes antiguos — Museo Guildhall, Londres

Sección de libros